FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS

LA POBLACION DE AMERICA LATINA

LA SEMANA TRAGICA

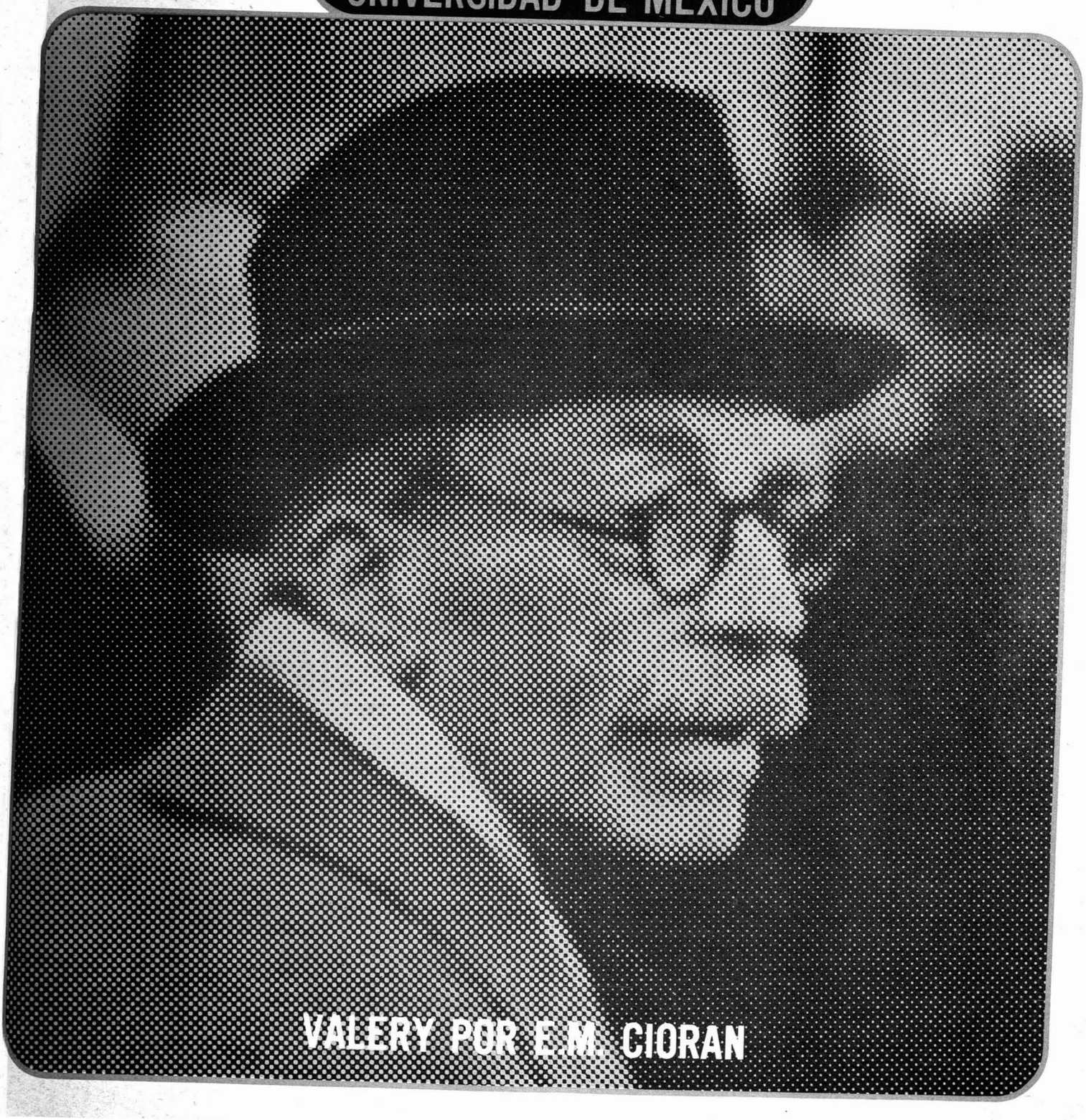
NOVALIS: HIMNOS A LA NOCHE

JOHN MILTON

SERGIO MONDRAGON

CARVALHO-NETO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO



VALERY POR E.M. CIORAN

SUMARIO

Volumen XXIX, número 3, noviembre de 1974

E. M. Cioran
Valéry de cara a sus ídolos, 1
Juan Comas
Fray Bartolomé, la esclavitud y el racismo, 9
Sergio Mondragón
Tres poemas, 13
Marco Polo
La montaña del paraíso, 15
Carlos M. Rama
La población de América Latina: mitos y realidades, 16

I Himnos a la noche, por Novalis

Paulo de Carvalho-Neto
La matanza de los ruiseñores, 25
Daigaku Joriguchi
La semana trágica, 27
(presentación y traducción de Atzuko Tanabe)
John Milton
El paraíso perdido, 32
(monografía de María Enriqueta González Padilla)
Olga Arias
Dos poemas, 39
Libros
Buenaventura Piñero Díaz
Los tecolotes de Arturo Azuela, 40
Miguel Angel Flores
Octavio Ianni: el colapso del populismo en Brasil, 43
Liborio Villalobos Calderón: Las materias primas en la encrucijada internacional, 44
Comedia
Vida de Santa María Egipciaca (Fragmento)
3a. de forros
Anónimo, (versión moderna de Manuel Núñez Nava)

Universidad Nacional Autónoma de México
Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo / Secretario General: Lic. Sergio Domínguez Vargas
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DE MEXICO / Organo de la Dirección General de Difusión Cultural
Director: Diego Valadés / Jefe de Redacción: Carlos Montemayor / Secretario de Redacción: Manuel Núñez Nava
Editores: Armida de la Vara y Joana Gutiérrez / Dirección artística: Vicente Rojo, Bernardo Recamier

Torre de la Rectoría, 10o. piso,
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.
Teléfono: 5 48 65 00, ext. 123 y 124
Franquicia postal por acuerdo presidencial
del 10 de octubre de 1945, publicado
en el D. Of. del 28 de oct. del mismo año.
Precio del ejemplar: $ 10.00
Suscripción anual: $ 100.00 Extranjero Dls. 12.00

Administración: María Luisa Mendoza Tello
Patrocinadores:
Banco Nacional de Comercio Exterior, S. A.
Unión Nacional de Productores de Azúcar, S. A.
Ingenieros Civiles Asociados [ICA]
Nacional Financiera, S. A.
Instituto Mexicano del Seguro Social
INFONAVIT

VALERY DE CARA A SUS IDOLOS

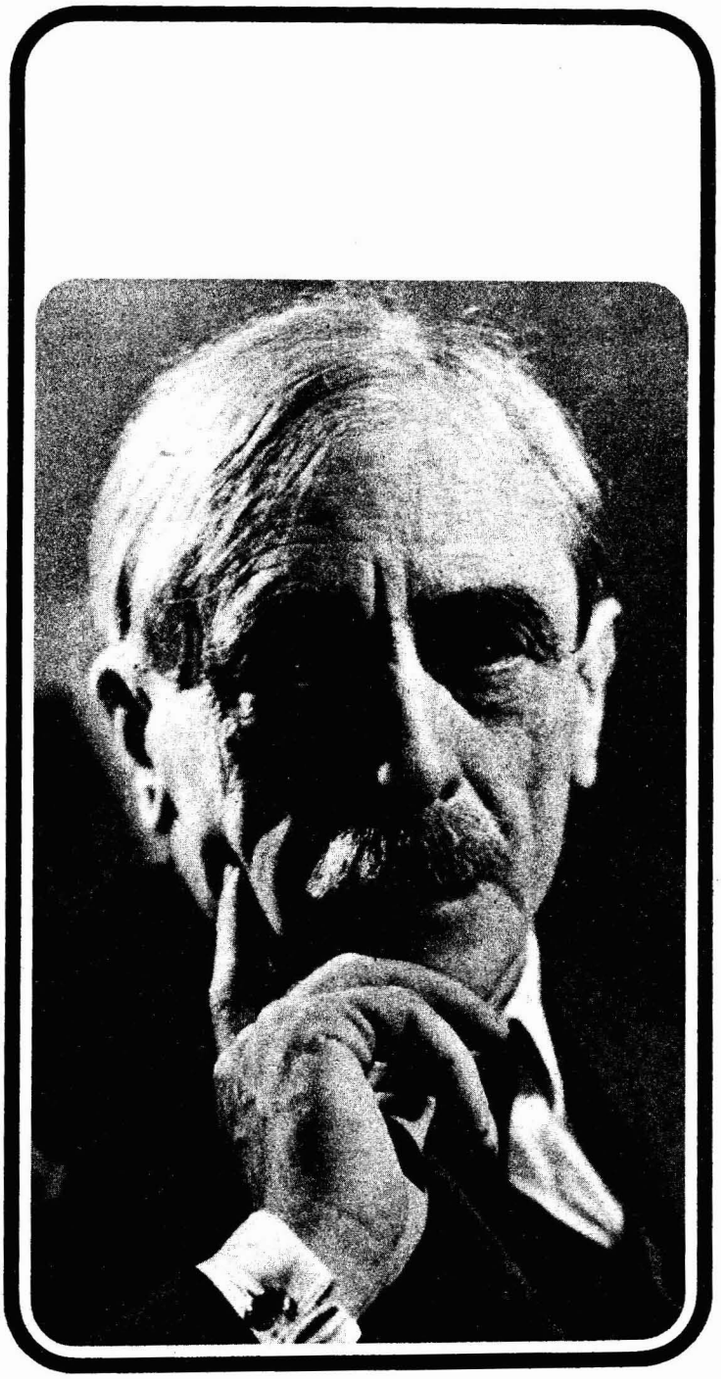
E. M. CIORAN

Es una verdadera desgracia para un autor ser comprendido; Valéry lo fue en vida, y después. ¿Era acaso tan simple, tan *penetrable*? Seguramente no. Pero tuvo la imprudencia de proporcionar demasiadas precisiones sobre sí mismo y sobre su obra: se reveló, se denunció, dio suficientes claves, disipó no pocos de esos malentendidos indispensables al prestigio secreto de un escritor. En lugar de dejar a otros el trabajo de adivinar ese secreto, Valéry lo asumió, y llevó hasta el vicio la manía de explicarse a sí mismo. Así, la tarea de los comentaristas se vio singularmente aligerada: al iniciarlos de lleno en lo esencial de sus preocupaciones y gestos, no los invitaba tanto a rumiar su obra como los propósitos que de ella tuvo. De ahí en adelante, la pregunta respecto a él tenía por objeto saber si, sobre algún punto que le concerniera, había sido víctima de una ilusión o, por el contrario, de una *excesiva* clarividencia, de un juicio desconectado de lo real en ambos casos. No sólo fue su propio comentarista, sino que todas sus obras son una autobiografía más o menos embozada, una sabia introspección, un *diario* de su espíritu, una promoción de sus experiencias –de cualquiera de ellas– al rango de acontecimiento intelectual, un atentado contra todo lo que podía haber en él de *irreflexivo,* una rebelión contra sus profundidades.

Saber desmontar el mecanismo de todo, ya que todo es mecanismo, suma de artificios, de trucos o, para emplear una palabra más honorable, de operaciones; atacar los resortes, convertirse en relojero, ver *dentro,* dejar de engañarse: eso es lo que cuenta. El hombre, tal como Valéry lo concibe, sólo vale por su capacidad de no-consentimiento, por el grado de lucidez que haya alcanzado. Esta exigencia de lucidez hace pensar en el grado de *vigilia* que supone toda experiencia espiritual, y que estará determinada por la respuesta que se dé a la pregunta capital: "¿Hasta dónde he llegado en la percepción de la irrealidad? "

Se podría seguir con detalle el paralelismo entre la búsqueda de la lucidez *más acá* del absoluto, tal como se presenta en Valéry, y la búsqueda de la vigilia con vistas al absoluto, que es la vía propiamente mística. En ambos casos se trata de una exacerbación de la conciencia ávida de sacudirse las ilusiones que arrastra. Todo analista implacable, todo delator de apariencias, y con mayor razón todo "nihilista", no es sino un místico *bloqueado,* y eso únicamente porque detesta darle un contenido a su lucidez, inclinarla hacia la gracia, asociándola a una empresa que la sobrepasa. Valéry había sido contaminado en demasía por el positivismo como para concebir otro culto que no fuera el de la lucidez *por sí misma.*

"Confieso haber hecho de mi espíritu un ídolo, pero es porque no encontré otro." Valéry no se repuso nunca del asombro que le causaba el espectáculo de su espíritu. Sólo admiraba a aquellos que divinizaban el suyo, y cuyas aspiraciones eran tan desmesuradas que, o fascinaban o descorazonaban. Lo que debió seducirle de

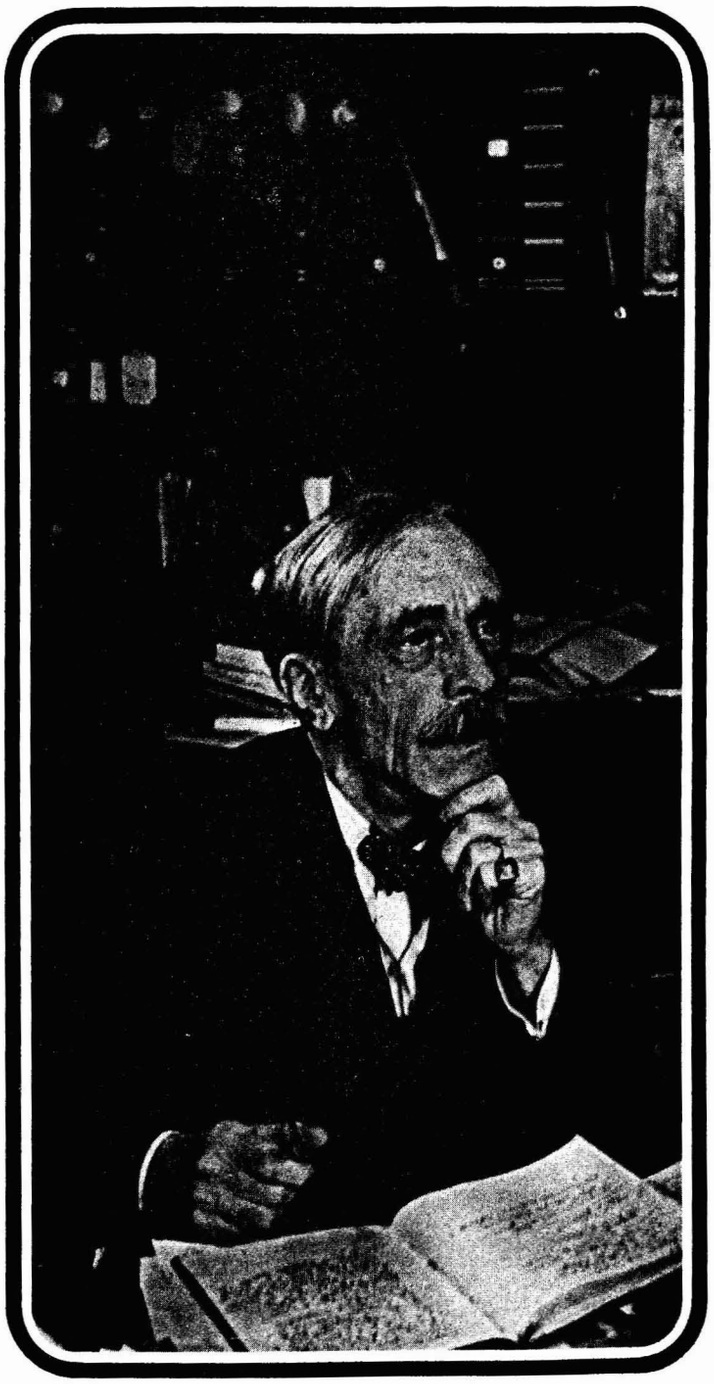


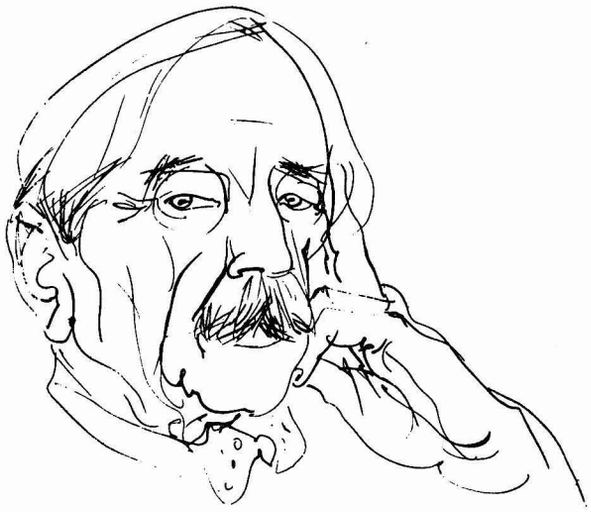
Traducción de Esther Seligson.

E. M. Cioran ■ *(Rumania 1911) Ha escrito* Syllogismes de l'Amertume *(1952).* Précis de décomposition *traducido al español, bajo el título de* Breviario de Podredumbre *(1962, Ed. Taurus), al igual que* La tentación de existir *(1973). Su último libro* De l'inconvénient d'être né *(Editions Gallimard, 1973).*

Mallarmé fue el *insensato,* aquél que en 1885 escribía a Verlaine: "...he soñado e intentado siempre otra cosa, con paciencia de alquimista, dispuesto a sacrificar vanidad y satisfacción, como se quemaba antaño el mobiliario y las vigas del techo para alimentar el horno de la Gran Obra. ¿De qué se trata? Es difícil decirlo: un libro, simplemente, en varios tomos, un libro que sea un libro arquitectónico y premeditado, y no un conjunto de inspiraciones debidas al azar, aunque fuesen maravillosas... Iría más lejos aún, diría: el Libro, persuadido de que en el fondo sólo hay uno..." Ya en 1867, en una carta de Cazalis, formulaba el mismo deseo grandioso y delirante: "...entraría en la Desaparición suprema con una verdadera opresión si no hubiese terminado mi obra, que es la Obra, la Gran Obra, como dicen los alquimistas, nuestros ancestros".

Crear una obra que *compita* con el mundo, que no sea el reflejo sino el doble; esta idea no es tanto de los alquimistas de quienes la toma, sino de Hegel, de ese Hegel que sólo conocía indirectamente a través de Villiers[2] quien apenas si la había practicado, lo justo, no obstante, para poder citarlo cuando convenía y llamarlo pomposamente "el reconstructor del Universo", fórmula que debió impresionar a Mallarmé, ya que el Libro tendía precisamente a la reconstrucción del Universo. Pero esta idea también pudo haberle sido inspirada por su inclinación hacia la música, por las teorías de la época derivadas de Schopenhauer y propagadas por los wagnerianos que hacían de ella el único arte capaz de traducir la esencia del mundo. Por otra parte, la misma empresa de Wagner tenía materia suficiente para sugerir grandes sueños e invitar a la megalomanía, igual que la alquimia o el hegelianismo. Un músico, y un músico fecundo para colmo, puede, en última instancia, aspirar al papel de demiurgo; pero un poeta, y un poeta delicado hasta la esterilidad, ¿cómo podría pretenderlo sin ridículo o locura? Todo esto peca de *divagation,* para utilizar un término que Mallarmé empleaba con particular afecto. Y es precisamente por ese lado que atraía, que convencía. Valéry lo continúa e imita cuando habla de esa *Comedia* del intelecto que se proponía redactar un día. El sueño de la desmesura lleva fácilmente hacia la ilusión absoluta. Cuando el 3 de noviembre de 1897 Mallarmé le mostraba a Valéry las pruebas corregidas del *Coup de dés* y le preguntaba: ¿"No le parece que es un acto de demencia? ", el *demente* no era Mallarmé, sino el Valéry que escribiría, en un acceso de sublimidad, que en ese poema de tan extraña disposición tipográfica, el autor había tratado "de elevar una página a la potencia del cielo estrellado". Asignarse una tarea imposible de llevar a cabo, e incluso de definir, querer el vigor cuando se está roído por la más sutil de las anemias, tiene algo de *mise en scène,* un deseo de engañarse, de vivir intelectualmente por encima de sus capacidades, una voluntad de leyenda y de fracaso: el fracasado, a un cierto nivel, es, sin comparación, mucho más cautivador que el que ha tenido éxito.





Nos interesamos, cada vez más, no en lo que un autor ha dicho, sino en lo que hubiera querido decir, no en sus actos, sino en sus proyectos, mucho menos en su obra real que en su obra soñada. Si Mallarmé nos apasiona, es porque llena las condiciones del escritor irrealizado, irrealizado con respecto al ideal fuera de proporción que se fijara, tan fuera de proporción, que uno se siente a veces inclinado a llamar *naif* o impostor a aquel que en realidad fue un alucinado. Sentimos fervor por la obra abortada, abandonada en el camino, imposible de terminar, minada por sus mismas exigencias. Lo extraño, para el caso, es que la obra ni siquiera se empezó, ya que del Libro, ese rival del Universo, no queda prácticamente ningún índice revelador: es dudoso que las bases se encontraran entre las notas que Mallarmé hizo destruir, pues las que sobrevivieron no merecen la pena. Mallarmé: una veleidad de pensamiento, un pensamiento que jamás se actualizó, que se entrampó en lo eventual, en lo irreal, despegado de la acción, superior a todo objeto, a todo concepto incluso... una tentativa de pensamiento. Y lo que él, enemigo de lo vago, expresó a fin de cuentas, fue esa tentativa, que es la vaguedad misma. Pero esa vaguedad, que es el espacio de la desmesura, trae consigo un lado positivo: permite imaginar *en grande.* E imaginando el Libro fue como Mallarmé desembocó en lo único: si hubiese sido más *sensato,* habría dejado una obra cualquiera. Lo mismo puede decirse de Valéry, quien es el resultado de la idea casi mitológica que se hizo de sus facultades, de lo que hubiera podido extraer de ellas si hubiese tenido la posibilidad o el tiempo de utilizarlas realmente. ¿No son acaso sus *Cahiers* el borrador del Libro que también él quería redactar? Valéry fue más lejos que Mallarmé, pero, como este último, no pudo llevar a cabo un propósito que exige obstinación y una gran invulnerabilidad contra el tedio, esa llaga que, según confesó, no dejaba de atormentarlo. Ahora bien, el tedio es la discontinuidad, la lasitud de todo razonamiento constante, fundamentado, la obsesión pulverizada, el horror del sistema (el Libro sólo hubiese podido ser sistema, sistema *total*), horror de la insistencia, de la *duración* de una idea; el tedio es todavía más: discurso sin ton ni son, fragmento, nota, *cuaderno,* diletantismo al fin, por falta de vitalidad, y también por miedo de ser o de parecer *profundo.* El ataque de Valéry contra Pascal podría explicarse por una reacción de pudor: ¿no es acaso indecente exponer sus secretos, sus desgarraduras, sus abismos? No olvidemos que para un mediterráneo como Valéry los *sentidos* eran de tomarse en cuenta, y que para él las categorías fundamentales no eran lo que es y lo que no es, sino lo que no es de ninguna manera y lo que parece existir, la Nada y lo Parecido; el *ser* como tal adolecía a sus ojos de dimensión e incluso de alcance...

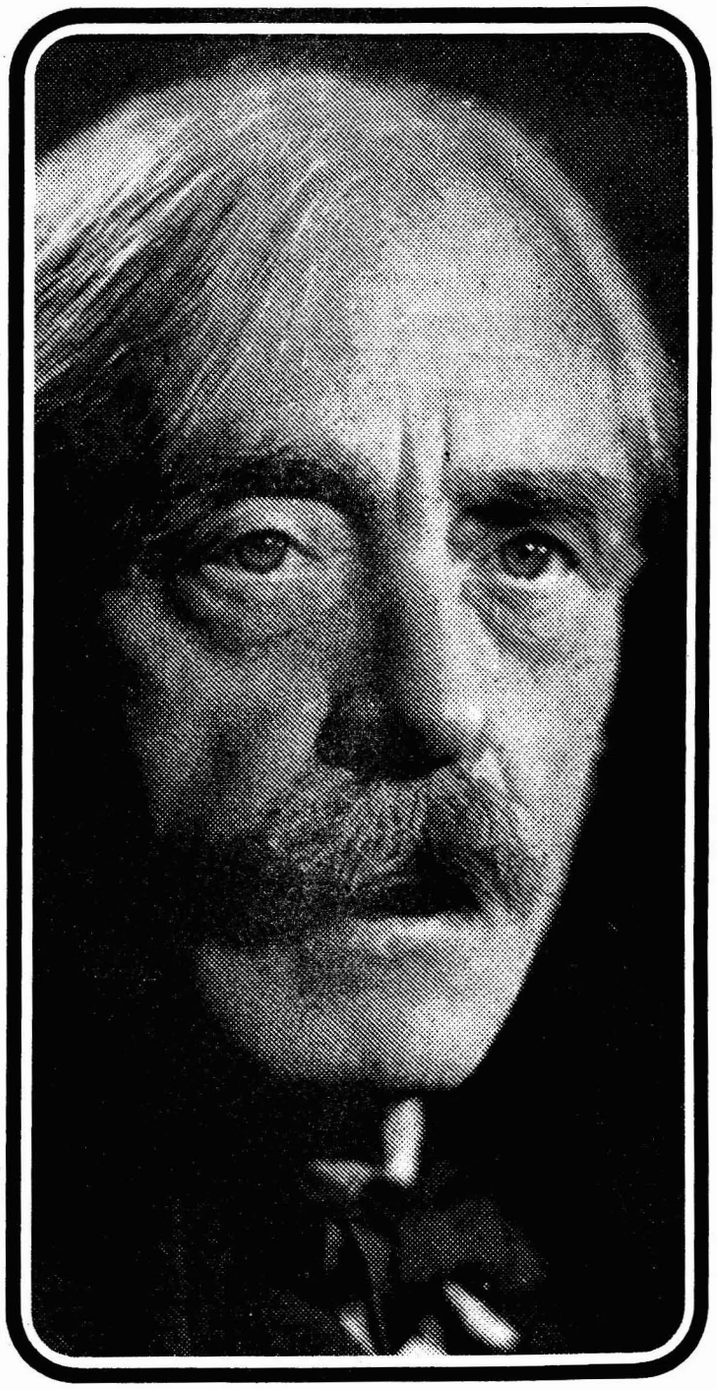
Ni Mallarmé ni Valéry estaban equipados para emprender el Libro. Antes que ellos, Poe estuvo a punto de concebir el proyecto y de llevarlo a cabo; y de hecho lo hizo, pues *Eureka* es una forma de obra-límite, de extremo, de fin, de sueño colosal *realizado.* –"He resuelto el secreto del Universo". "No tengo ya ningún deseo de vivir puesto que he escrito *Eureka*"–, son exclamaciones que Mallarmé hubiera querido hacer; pero no tenía derechos, ni siquiera después de ese magnífico *impasse*, el *Coup de dès.* Baudelaire había llamado a Poe "héroe" de las Letras; Mallarmé irá más lejos y lo llamará "el caso literario absoluto". Nadie ahora ratificaría tal juicio, pero poco importa: cada individuo, como cada época, sólo adquiere *realidad* dentro del marco de sus exageraciones, de su capacidad de sobreestimar, de sus dioses. La frecuencia de modas literarias o filosóficas certifica la irresistible necesidad de adorar, ¿y quién no ha sido hagiógrafo en un momento dado? Un escéptico encontrará siempre otro más escéptico que él para venerarlo. Incluso en el siglo XVIII, cuando el denigrar se convirtió en institución, la "decadencia de la admiración" no debió haber sido tan general como lo pensaba Montesquieu.

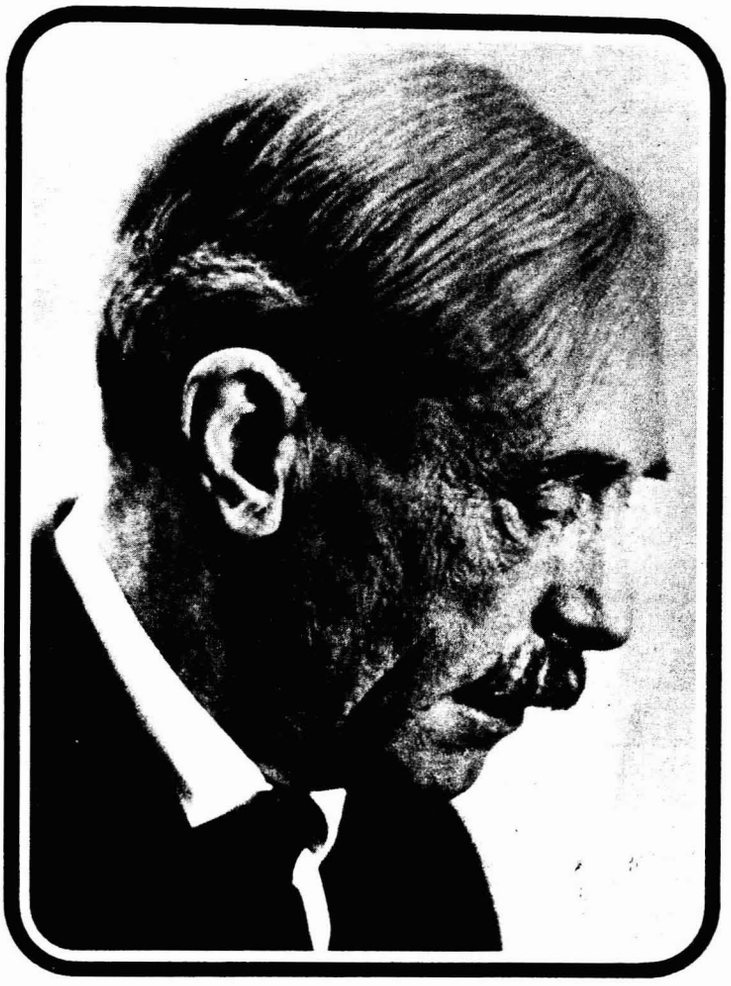
Para Valéry, el tema tratado en *Eureka* era del dominio de la literatura. "La Cosmogonía es un género literario de extraordinaria persistencia y de sorprendente variedad, uno de los más antiguos géneros existentes." Lo mismo pensaba de la historia y de la filosofía, "género literario particular, caracterizado por ciertos temas y por la frecuencia de ciertos términos y ciertas formas". Se puede sostener que, exceptuando las ciencias positivas, todo para Valéry se reduce a la literatura, a algo dudoso, si no despreciable. Pero, ¿dónde encontrar alguien más *literario* que él? , ¿alguien en quien la atención y la idolatría hacia la palabra estén cuidadas con mayor viveza? Narciso vuelto contra sí mismo, desdeñaba la única actividad acorde a su naturaleza: *predestinado* al Verbo, era esencialmente literato, pero a ese literato él hubiera querido asfixiarlo, destruirlo; y por no haberlo conseguido, se vengó sobre la literatura achacándole lo peor. Tal sería el esquema psicológico de sus relaciones con ella.

Eureka no dejó marca en la evolución de Valéry. La *Genèse d'un poème,*[3] por el contrario, es un acontecimiento mayor, un encuentro capital. Todo lo que a continuación pensaría sobre el acto poético se encuentra ahí. Es imaginable el deleite con que leyó que la composición de *El cuervo* no puede ser atribuida, desde ningún aspecto, al azar o a la intuición, y que el poema fue concebido con la "precisión y la rigurosa lógica de un problema matemático". Otra de las declaraciones de Poe, esta vez en *Marginalia* (CXVIII), debió causarle el mismo efecto: "La desgracia (para Valéry sería *la dicha*) de ciertos espíritus es la de no contentarse nunca con la idea de poder llevar a cabo una cosa, ni siquiera con la de haberla realizado; necesitan todavía saber y enseñar a los otros de qué manera lo consiguieron".

La *Genèse d'un poème*, era, de parte de Poe, una mistificación (*a mere hoax*): todo Valéry salió de una lectura *naïve,* del fervor

por un texto en el que un poeta se burlaba de sus crédulos lectores. Este entusiasmo juvenil por una demostración tan profundamente antipoética prueba que, originalmente, Valéry, en su interior, no era poeta, pues todo su ser debió haberse encabritado contra ese frío e implacable desmantelamiento del delirio, ante esa requisición en contra del reflejo poético más elemental, contra la razón de ser de la poesía. Pero tenía sin duda necesidad de esa astuta incriminación, de esa denuncia contra toda creación espontánea, para poder justificar, *excusar,* su propia falta de espontaneidad. Nada más tranquilizador que esta sabia manera de exponer los *hilos.* Se trata de un catecismo para versificadores, no para poetas, y que debió necesariamente halagar en Valéry ese lado virtuoso, ese gusto por sobrevalorar la reflexión, el arte de segundo grado, el arte *dentro*, del arte, esa religión del refinamiento meticuloso, así como esa voluntad de estar, a cada instante, fuera de lo que se hace, fuera de cualquier vértigo poético o de otro género. Sólo un maniático de la lucidez podía saborear esa cínica exploración hasta las fuentes del poema, contraria a todas las leyes de la producción literaria, esa premeditación infinitamente minunciosa, esa inaudita acrobacia que inspiró a Valéry el artículo primero de su credo poético. Elevó como teoría y propuso como modelo su incapacidad de ser naturalmente poeta, se aferró a una técnica para disimular sus lagunas congénitas, puso –crimen imposible de expiar– a la poética por encima de la poesía. También es legítimo pensar que todas sus tesis pudieron haber sido diferentes si hubiese sido capaz de producir una obra menos elaborada. Alabó lo difícil *por mera impotencia:* todas sus exigencias son las de un artista y no las de un poeta. Lo que en Poe no era sino juego, en Valéry es dogma, dogma literario, es decir, ficción *aceptada.* Como buen técnico, trató de rehabilitar el procedimiento y el oficio a expensas del *don.* De toda teoría, en arte, se entiende, se dedicó a sacar la conclusión menos poética y se aferraba a ella, seducido como estaba hasta la ceguera por el *hacer,* por la invención desprovista de fatalidad, de inelubilidad, de destino. Siempre pensó que se podía ser distinto de lo que se es, y siempre quiso ser diferente de quien era, así atestigua esa añoranza que le roía por no haber sido hombre de ciencia y que le hizo proferir no pocas extravagancias, en estética particularmente; es también ese anhelo secreto lo que inspira su condescendencia hacia la literatura: se diría que se rebaja cuando habla de ella, y que sólo se digna a darse a los versos. La verdad es que no se entrega a ellos, se *ejercita* en ellos, como él mismo lo dijo expresamente muchas veces. Por lo menos, el no-poeta en él, al impedirle mezclar prosa y poesía, querer hacer, a la manera de los simbolistas, poesía a toda costa y por todos lados, lo preservó del azote que es una prosa ostensiblemente poética. Cuando se aborda un espíritu tan sutil como el suyo, se experimenta una rara voluptuosidad al señalar sus ilusiones y fallas, que no por no ser evidentes son menos reales, siendo la lucidez



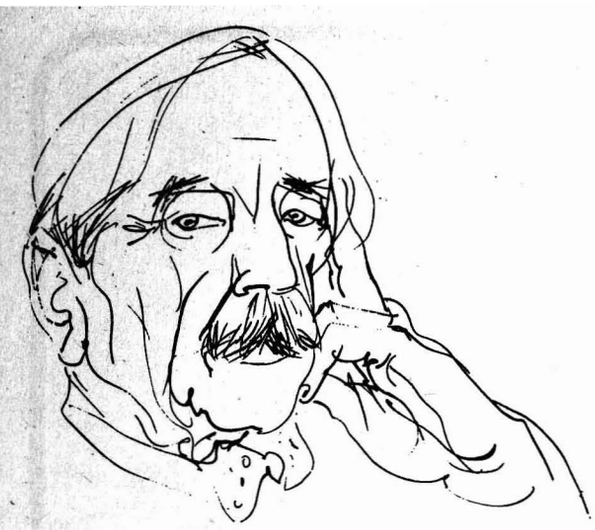


absoluta incompatible con la existencia, con el ejercicio del aliento. Y, hay que reconocerlo, un espíritu desengañado, cualquiera que sea su grado de emancipación del mundo, vive más o menos en lo irrespirable.

Poe y Mallarmé *existen* para Valéry; Leonardo, visiblemente, es sólo un pretexto, un nombre y nada más, una figura totalmente construida, un monstruo que posee todos los poderes que uno no tiene y quisiera tener. Responde a esa necesidad de verse realizado en alguien que uno ha imaginado y que representa el resumen ideal de todas las ilusiones que uno se ha hecho sobre sí mismo: héroe que ha vencido vuestras propias imposibilidades, que os ha liberado de vuestros límites, franqueándolos *en vuestro lugar*. . .

La *Introducción al método de Leonardo,* que data de 1894, prueba que Valéry, en sus inicios era perfecto, perfectamente maduro quiero decir, como escritor: el trabajo de superarse, de hacer progresos, le fue ahorrado desde el principio. Su caso no deja de parecerse al de su compatriota,[4] quien podía afirmar en Santa Helena: "La guerra es un arte singular: os aseguro haber librado sesenta batallas, pues bien, no aprendí nada que no supiese ya en la primera". Valéry, al final de su vida, hubiera podido sostener que él también lo sabía todo desde la primera tentativa y que, en cuanto a exigencias hacia sí mismo, y hacia su obra, no había ido más lejos que a los veinte años. A una edad en la que se tantea, en la que se imita a todo el mundo, él ya había encontrado su manera, su estilo, su forma de pensamiento. Sin duda sentía admiración, pero en calidad de *maître.* Como todos los espíritus perfectos era *limitado,* es decir, se encontraba confinado dentro de ciertos temas de los que no podía salir. Es quizá por reacción contra sí mismo, contra sus fronteras tan perceptibles, que le intrigó tanto el fenómeno que significa un espíritu universal, la posibilidad apenas concebible de una multiplicidad de talentos que se expanden sin estorbarse, que cohabitan sin anularse unos a otros. No podía no *encontrar* a Leonardo; no obstante, Leibniz se imponía mejor. Sin duda. Pero para abordar a Leibniz había que tener, además de una competencia científica y conocimientos que él no tenía, una curiosidad impersonal de la cual Valéry era incapaz. Con Leonardo, símbolo de una civilización, de un universo o de lo que sea, la arbitrariedad y la desenvoltura eran más fáciles. Si lo citaba de vez en cuando, era para mejor hablar de sí mismo, de sus propios gustos y aversiones, para arreglar cuentas con los filósofos invocando un nombre que, por sí solo, acumulaba facultades que ninguno de ellos ha reunido nunca. Para Valéry, los problemas que aborda la filosofía y su manera de enunciarlos, se reducían a "abusos de idioma", a falsos problemas, infructuosos e intercambiables, desprovistos de todo rigor, ya sea verbal o intrínseco; le parecía que una idea se desnaturalizaba desde el momento en que los filósofos se apoderaban de ella, más aún: que el pensamiento mismo se viciaba en su contacto. El horror que le causaba la jerga filosófica es tan convincente, tan contagioso, que uno termina compartiéndolo para siempre, y ya no puede leer a un filósofo *serio* sin desconfianza o asco, negándose en adelante a cualquier término falsamente misterioso o sabio. La mayor parte de la filosofía se reduce a un crimen de *lèse-langage,* a un crimen contra el Verbo. Toda expresión de *escuela* debería ser proscrita y considerada como delito. Es inconscientemente deshonesto aquél que, para acabar con una dificultad o resolver un problema, forja una palabra sonora, pretenciosa, o incluso una simple palabra. En una carta a F. Brunot, Valéry escribía: ". . .se necesita más *esprit* para omitir una palabra que para introducirla". Si se tradujeran las elucubraciones de los filósofos al lenguaje *normal* ¿qué quedaría? La empresa sería ruinosa para la mayoría de ellos. Pero hay que agregar de inmediato que casi lo sería también para un escritor, especialmente para Valéry: si se le quitara a su prosa el brillo, si se redujera tal o cual de sus pensamientos a contornos esqueléticos, ¿qué valor tendrían? El también era un engañado del lenguaje, de *otro* lenguaje, más real, más *existente,* es cierto. No forjaba palabras, es claro, pero vivía de una manera casi absoluta en su propio lenguaje, de modo que su superioridad con respecto a los filósofos era apenas la de participar en una menor irrealidad que la de ellos. Al criticarlos tan severamente, mostró que podía, él, tan alerta de ordinario, perder la cabeza, equivocarse. Por otra parte, un desengaño total hubiera matado en él no solamente al *homme de pensée,* como se nombraba a veces, sino también –pérdida más grave– al artesano, al histrión del vocablo. No alcanzó la "clarividencia imperturbable" que soñaba, afortunadamente, de otro modo su "silencio" se habría perpetuado hasta su muerte.

Pensándolo bien, su aversión por los filósofos tenía algo de impuro; de hecho, estaba *obsesionado* por ellos, no lograban serle indiferentes, los perseguía con una ironía cercana a la insidia. Toda su vida se cuidó bien de no construir un sistema; lo cual no impide



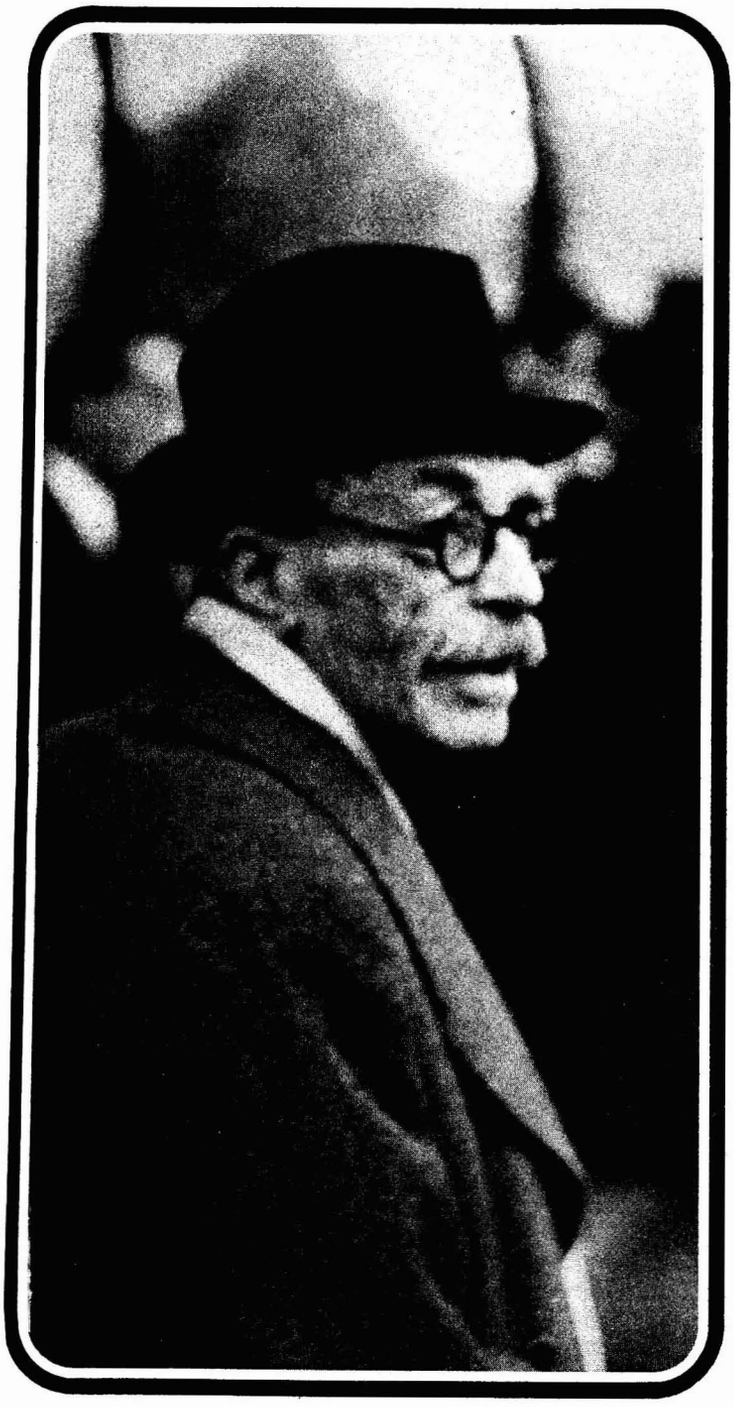
que tenga, como en el caso de la ciencia, una añoranza más o menos consciente del sistema que no pudo construir. El odio hacia la filosofía es siempre sospechoso: se diría que uno no se perdona el no haber sido filósofo y, para enmascarar ese resquemor, o esa incapacidad, se ataca a los que, menos escrupulosos o mejor dotados, tuvieron la suerte de edificar una doctrina filosófica bien articulada. Que un "pensador" se duela del filósofo que pudo haber sido, se comprende; pero es menos comprensible el que ese mismo sentimiento pese más sobre los poetas: pienso de nuevo en Mallarmé, ya que el Libro sólo podía ser obra de un filósofo. Prestigio del rigor, del pensamiento *sans charme.* Si los poetas son tan sensibles a él, es a causa de una cierta vergüenza de vivir descaradamente como parásitos de lo Improbable.

La filosofía de los profesores es una cosa, la metafísica otra. Uno hubiese esperado un poco de indulgencia de parte de Valéry hacia ella. De ninguna manera, la denuncia insidiosamente, y está a punto de tratarla, como lo hace el positivismo del que Valéry está tan cerca a veces, de "enfermedad del lenguaje". Consideró incluso una cuestión de honor ridiculizar la ansiedad metafísica. Los tormentos de Pascal le inspiran reflexiones de ingeniero: "En Leonardo no hay revelaciones. Ningún abismo se abre a su derecha. Un abismo le haría pensar en un puente. Un abismo podría servir para los ensayos de algún gran pájaro mecánico". Cuando se leen propuestas tan imperdonablemente desenfadadas, sólo puede ocurrírsenos una cosa: *vengar* a Pascal sin más ni más. ¿Qué sentido tenía reprocharle el haber abandonado las ciencias cuando ese abandono fue el resultado de un *despertar* espiritual de una importancia mucho mayor que los descubrimientos científicos que hubiese podido hacer? De hecho, las perplejidades de Pascal en los límites de la plegaria pesan más que cualquier secreto arrancado al mundo exterior. Toda conquista *objetiva* supone un retroceso interior. Cuando el hombre haya alcanzado el fin de lo que se propone –esclavizar la Creación– se encontrará completamente vacío: dios y fantasma. Valéry se adhiere sin reservas, sin segunda intención, al cientismo, a esa gran ilusión de los tiempos modernos. ¿Es acaso mera casualidad que en su juventud, en Montpellier, haya ocupado el cuarto que habitó, bastantes años antes, Augusto Comte, el teórico y el profeta del cientismo?

De entre todas las supersticiones, la menos original es la de la ciencia. Uno puede entregarse a la actividad científica, sin duda, pero el entusiasmo por ella, *cuando no se es del bando,* es bastante molesto. Valéry mismo creó su leyenda de poeta-matemático. Y todo el mundo la creyó, aunque él mismo haya reconocido, también, no ser sino un "amante desgraciado de la más hermosa de las ciencias", y declarado, a Frédéric Lefèvre, que de joven, no había podido entrar a la marina a causa de la "absoluta incomprensión de las ciencias matemáticas. No comprendía una jota. Era la cosa más extraña, más impenetrable, más desesperante del mundo. Nadie entendió nunca menos que yo en aquellos tiempos la existencia y hasta la posibilidad de las matemáticas, incluso las más sencillas". Que después les haya tomado gusto, es indudable; pero tomarles gusto y conocerlas a fondo son dos cosas distintas. Se interesó en ellas, o para crearse un grado intelectual fuera de lo común, para erigirse en héroe de un drama en el límite de los poderes del espíritu, o para entrar en un dominio en el que no se tropieza uno consigo mismo a cada instante. "No hay palabras para expresar la dulzura de sentir que existe todo un mundo del cual el Yo está completamente excluido." ¿Conoció acaso esta afirmación de Sofía Kowalevsky referente a las matemáticas? Fue quizá una necesidad análoga la que lo llevó hacia una disciplina tan alejada de cualquier forma de narcisismo. Pero si se pone en tela de juicio la existencia en él de esa necesidad profunda, sus relaciones con la ciencia hacen pensar en esas mujeres encaprichadas del siglo de las Luces de quienes habla en su introducción a las *Lettres Persanes,* y que iban de un laboratorio a otro apasionándose por la anatomía o por la astronomía. Hay que reconocer, para alabárselo, que, de la manera como habla de las ciencias, uno vuelve a encontrar el tono de un mundano de la gran época, el último eco de los salones de antaño. Se podría detectar también, en su búsqueda de lo inabordable, un cierto masoquismo, adorar, para inflingirse torturas, lo que no se alcanzará jamás; castigarse por no ser, en cuanto al Saber, más que un simple aficionado.

Los únicos problemas que como conocedor, como iniciado, afrontó, son los de la forma, o para ser más exactos, los de la escritura. "Genio sintáctico", esta frase de Claudel sobre Mallarmé le conviene mucho mejor a Valéry quien confiesa serle deudor al segundo del hecho de "concebir y poner por encima de *todas las obras* la posesión consciente de la función del lenguaje y el sentimiento de una libertad superior de la expresión para la cual todo pensamiento no es sino un incidente, un acontecimiento particular". El culto de Valéry por el rigor no va más allá de la propiedad de los términos y del esfuerzo consciente hacia un esplendor *abstracto* de la frase. Rigor de la forma y no de la materia. *La Joven Parca* habrá exigido más de cien borradores: el autor se enorgullece y cree ver en ello el símbolo de un riguroso proceso. No dejar nada a la improvisación o a la intuición (sinónimos malditos según él), vigilar las palabras, pesarlas, no olvidar nunca que el lenguaje es la única realidad: tal es esa voluntad de expresión, llevada tan lejos que se convierte en empecinamiento de nimiedades, en búsqueda agotadora de la precisión infinitesimal. Valéry es un galeote del Matiz.

Llegó hasta los límites del lenguaje, ahí donde, aéreo, peligrosamente sutil, ya sólo es *esencia* de encaje, último grado *anterior* a la irrealidad. No es posible imaginar una lengua más depurada que la suya, más maravillosamente exánime. ¿Por qué negar que a veces se le encuentre recargado o netamente preciosista? El mismo tenía



en gran estima a la preciosidad, según esta significativa confesión: "Quién sabe si Molière no nos haya costado algún Shakespeare al haber hecho caer el ridículo sobre los *preciosistas*." El pero que se le podría poner a la preciosidad es el de volver al escritor demasiado consciente, demasiado penetrado de su superioridad sobre su instrumento: a fuerza de jugar con él y de manejarlo con virtuosismo, acaba por despojar al lenguaje de todo su misterio y de todo su vigor. Ahora bien, el lenguaje debe *resistir,* pues si cede, si se pliega totalmente a los caprichos de un prestidigitador, se convierte en una serie de aciertos y de piruetas de las que sale victorioso y dividiéndose a sí mismo, a cada instante, hasta la anulación. La preciosidad es la escritura de la escritura: un estilo que se desdobla y que se convierte en el objeto de su propia búsqueda. No obstante, sería abusivo considerar a Valéry un preciosista; pero es justo decir que padecía *sobresaltos* de preciosismo. Lo que resulta natural en alguien que no percibía nada *detrás* del lenguaje, ningún sustrato o residuo de realidad. Sólo las palabras nos preservan de la nada, tal parece ser el *fondo* de su pensamiento, aunque *fondo* sea un término al que Valéry le negó tanto la acepción estética como la metafísica. Resulta entonces que apostó el todo a las palabras y que con ello probó que aún creía en algo. Si hubiese terminado por desinteresarse completamente, habría que tratarlo de "nihilista". De todas maneras no podía serlo: era demasiado sensible a la urgencia de la mentira para existir. "Se perdería el coraje si uno no estuviese sostenido por ideas falsas", dijo Fontenelle, el escritor al que, por la gracia que sabía prestarle a la idea más insignificante, Valéry se asemeja mejor.

La poesía se ve *amenazada* cuando los poetas le toman un interés teórico demasiado vivo al lenguaje y hacen de ese interés un sujeto constante de meditación, cuando le confieren un grado excepcional que tiene más relación con la teología que con la estética. La obsesión del lenguaje, siempre bastante viva en Francia, nunca ha sido tan virulenta ni tan esterilizadora como en nuestros días: no se está muy lejos de promover el medio, el intermediario del pensamiento como único objeto del pensamiento, como sustituto del absoluto, por no decir de Dios. No hay pensamiento vivo, fecundo, encajado en lo real, si la palabra se sustituye brutalmente a la idea, si el vehículo es más importante que la carga transportada, si el instrumento del pensamiento se asimila al pensamiento mismo. Para pensar de verdad, es necesario que el pensamiento se *adhiera* al espíritu; si se hace independiente, si se vuelve exterior, el espíritu se encuentra bloqueado, se vacía, y sólo le queda un recurso: él mismo, en vez de apegarse al mundo para extraer de ahí su sustancia o sus pretextos. Que el escritor tenga buen cuidado de no reflexionar más de la cuenta sobre el lenguaje, que evite a cualquier precio convertirlo en materia de sus obsesiones, que no olvide que las obras importantes se hacen *a*

pesar del lenguaje. Dante estaba obsesionado por lo que tenía que decir, y no por el decir *en sí.* Desde hace tiempo –desde siempre, está uno por afirmar–, la literatura francesa parece haber sucumbido al hechizo, al despotismo de la Palabra. De ahí su tenuidad, su fragilidad, su extrema delicadeza, y también su manierismo. Mallarmé y Valéry coronan una tradición y prefiguran un agotamiento; uno y otro son síntomas del fin de una nación *gramaticista.* Hasta un lingüista ha afirmado que Mallarmé trataba al francés como a una lengua muerta "que nunca hubiese oído hablar". Es conveniente agregar que había en él algo de la pose del "parisino irónico y astuto" anotada por Claudel, una sospecha de "charlatanería" de gran clase, y una lasitud de hombre que está de vuelta de todo, más marcadas que en el Valéry del "negarse indefinido a ser lo que sea", fórmula clave de su proceso intelectual, principio director, regla y lema de su espíritu. Y Valéry, en efecto, no estará nunca *entero,* no se identificará ni a los seres ni a las cosas, estará *a un lado,* al margen de todo, y eso, no a causa de algún malestar de orden metafísico, sino por exceso de reflexión en las operaciones, en el funcionamiento de la conciencia. La idea dominante, la idea que le otorga un sentido a todas sus tentativas, da vueltas alrededor de esa distancia que la conciencia toma con respecto a sí misma, alrededor de esa *conciencia de la conciencia,* tal y como se esboza principalmente en *Note et Digression* de 1919, su obra maestra "filosófica", donde, buscando entre nuestras sensaciones y juicios un *invariable,* no lo encuentra en nuestra personalidad cambiante, sino en el yo puro, "pronombre universal", "designación de eso que no se relaciona con un rostro", "que no tiene nombre", "que no tiene historia", y que no es, en resumen, más que un fenómeno de exacerbación de la conciencia, una existencia límite, casi ficticia, desprovista de todo contenido determinado y sin ninguna relación con el sujeto psicológico. Ese yo estéril, suma de rechazos, quintaesencia de nada, nada consciente (y no conciencia de la nada, sino nada que se conoce y que rechaza los accidentes y vicisitudes del sujeto contingente), ese yo, última etapa de la lucidez, de una lucidez decantada y purificada de cualquier complicidad con los objetos o los acontecimientos, está situado en la antípoda del Yo –productividad infinita, fuerza cosmogónica– tal como lo concibió el romanticismo alemán.

La conciencia sólo interviene en nuestros actos para estorbar su ejecución; la conciencia es un perpetuo poner en tela de juicio la vida, es quizá la ruina de la vida. *Bewusstsein als Verhängnis,* "La Conciencia como Fatalidad" es el título de un libro publicado en Alemania entre las dos guerras y cuyo autor, asumiendo las consecuencias de su visión del mundo, se suicidió. Hay, sin lugar a dudas, en el fenómeno de la conciencia, una dimensión dramática, funesta, que no se le escapó a Valéry (pensemos en la "lucidez asesina" de *L'Ame et la Danse*), pero él no podía insistir demasiado en ello sin contradecir sus habituales teorías sobre el papel benéfico, en la creación literaria, de la conciencia en oposición al carácter dudoso del trance: ¿qué es toda su poética si no la apoteosis de la conciencia? Si se hubiese detenido más de la cuenta en la tensión que hay entre lo Vital y lo Consciente, habría derribado la escala de valores que levantara y a la que permaneció fiel durante toda su carrera.

Valéry tomó como verdadero conocimiento el esfuerzo por definirse a sí mismo, la insistencia en sus propias operaciones mentales. Pero *conocerse* no es *conocer,* no es, en todo caso, sino una variedad del conocer. Valéry confundió siempre *conocimiento* y *clarividencia.* Y por si fuera poco, la voluntad de ser clarividente, de estar inhumanamente desengañado, se acompaña en él de un orgullo apenas disimulado: Valéry se conoce y se admira de ello. Seamos justos: no admira su espíritu, se admira en tanto Espíritu. Su narcisismo, inseparable de lo que dio en llamar "emociones" y "patetismo" del intelecto, no es un narcisismo de diario íntimo, no es el apego al yo como aberración *única,* tampoco es el yo de los que gustan *escucharse,* psicológicamente, se entiende; no es, para ser exactos, un Yo abstracto; el yo de un individuo abstracto, lejos de las complacencias de la introspección o de las impurezas del psicoanálisis. Observemos que la tara de Narciso no le era de ninguna manera consubstancial: ¿cómo explicar, si no, que el único dominio en el que la posteridad le diera razón de manera brillante sea el de las consideraciones y previsiones políticas? Es en gran parte gracias a la Historia, ese ídolo que intentó demoler, que Valéry dura, subsiste, y es aún actual. Pues son los propósitos referentes a ella los que más se citan, por una de esas ironías que le hubiesen gustado. Se duda de sus poemas, se rechaza su poética, pero se cita cada vez más al moralista y al analista atento a los acontecimientos. Este enamorado de sí mismo tenía la pinta de un extrovertido. Se siente que las apariencias no le desagradaban del todo, que nada adquiría en él un aspecto mórbido, profundo, soberanamente íntimo, y que incluso la Nada, que heredó de Mallarmé, era sólo una fascinación exenta de vértigo, y no una apertura hacia el horror o el éxtasis. En ya no sé cual Upanishad se dice que "la esencia del hombre es la palabra, la esencia de la palabra es el himno". Valéry se hubiese adherido a la primera afirmación y negado la segunda. Es pues, entre este consentimiento y este rechazo donde hay que buscar la clave de sus aciertos y de sus límites.

Notas del Traductor

1. Cioran, E. M. *Valéry face à ses idoles.* Nouvelle Revue Française. París 1970. Este texto fue concebido originalmente como prefacio a la versión americana de los escritos de Valéry sobre Leonardo, Poe y Mallarmé, pero sólo se publicó, en Estados Unidos, en revista.
2. Villiers de l'Isle Adam.
3. Título que Baudelaire dio en francés a sus comentarios sobre *El Cuervo.*
4. Valéry era también de familia corsa.

FRAY BARTOLOME, LA ESCLAVITUD Y EL RACISMO

JUAN COMAS

La doctrina racista, es decir la afirmación de que las evidentes diferencias somáticas que existen entre los distintos grupos humanos implican superioridad o inferioridad innatas en cuanto a aptitudes físicas y psíquicas de uno u otro y, en consecuencia, la justificación de una discriminación social, política y económica, fue expresada desde antiguo, si bien en forma esporádica.

Recordemos —a título de ejemplo— que mientras Aristóteles afirmaba en el siglo IV a.C. que ciertos pueblos habían nacido para ser libres y otros para ser esclavos (tesis revivida en el siglo XVI para legitimar la esclavitud de los negros y de los indios de América), Cicerón sostenía dos siglos más tarde "que los hombres difieren por la sabiduría, pero todos son iguales por sus aptitudes para adquirirla; no hay raza que, guiada por la razón, no pueda llegar a la virtud".[1]

Con el comienzo de la colonización en Africa, el descubrimiento de América y el de la ruta marítima hacia las Indias por el Pacífico, el prejuicio de raza y de color aumentó considerablemente debido sobre todo a razones de orden económico y al resurgimiento del espíritu imperialista.

A ese momento histórico corresponde Fray Bartolomé de las Casas, cuya personalidad ha sido —y sigue siendo pese a los 450 años transcurridos— tan controvertida, motivando copiosísima literatura "lascasista" y "antilascasista".

Nos incumbe únicamente aquí intentar una objetiva interpretación de los puntos de vista y tesis de Fray Bartolomé en cuanto a lo que hoy denominaríamos "problema racial o racismo".

Entre el sinnúmero de cargos y acusaciones concretas atribuidas a Las Casas veamos lo que textualmente dice uno de sus críticos:

"Tuvo la descabellada idea de sustituir el trabajo de los indios por el de los esclavos negros, como si las razones por la libertad de los primeros no valieran para la de los segundos".[2]

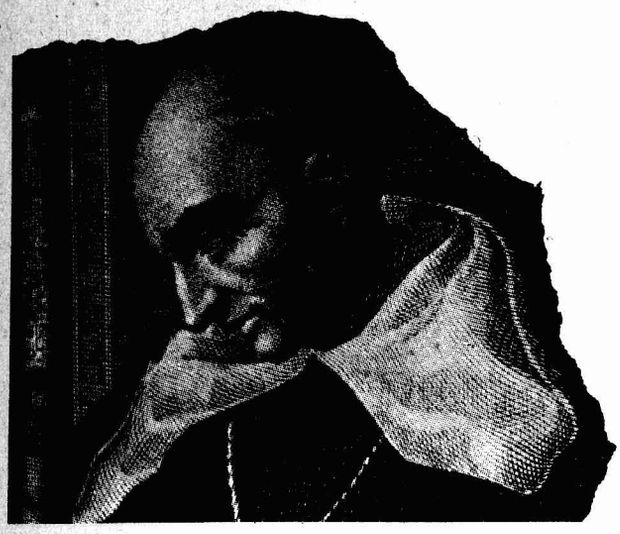
Esta afirmación —ejemplo entre centenares de otras similares— lleva implícitas dos falsas conclusiones:

1] Que Las Casas fue *esclavista,* por considerarlo instigador y defensor de la introducción de esclavos negros en América, con el fin de aliviar así la situación de los indios;

2] Que Las Casas fue *racista,* por discriminar contra los negros, en cuanto a su derecho a la libertad.

Examinemos la información disponible: En efecto, Las Casas propuso en 1516 como undécimo "Remedio" para aliviar la situación de los indígenas "que en lugar de los indios que habían de tener las dichas comunidades, *sustente* Su Alteza en cada una 20 *negros u otros esclavos* en las minas. . ." y más adelante, al abogar por la supresión de los repartimientos hechos a los españoles, propone que se les compense "haciéndoles merced de que puedan tener esclavos *negros y blancos* que los pueden llevar de Castilla".[3]

Juan Comas ■ *Islas Baleares, España (1900) Investigador Titular "C" de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Antropológicas. Entre otros numerosos trabajos ha publicado un* Manual de Antropología Física *(UNAM) y una* Introducción a la Prehistoria General *(UNAM). Es director de* Anales de Antropología. *El presente artículo es un resumen de uno de los capítulos de un libro de próxima aparición en España por Editorial Labor.*



Es pues erróneo afirmar que Las Casas discriminaba a los negros, puesto que habló en general de "esclavos", *blancos o negros,* tal como existían en Europa. Y también es de justicia recordar, aunque lo olvidan sus detractores, que años más tarde Fray Bartolomé rectificó noblemente su actitud al decir de manera textual y reiterada:

"Este aviso de que se diese licencia para traer esclavos negros a estas tierras dió primero el Clérigo Casas, no adviertiendo la injusticia con que los portugueses los toman y hacen esclavos; el cual, después de que cayó en ello, no lo diera por cuanto había en el mundo, porque siempre los tuvo por injusta y tiránicamente hechos esclavos, porque la misma razón es dellos que de los indios."[4]

"Deste aviso que dió el clérigo, no poco después se halló arrepiso, juzgándose culpado por inadvertencia, porque como despues vido y averiguó, según parecerá, ser tan injusto el captiverio de los negros como el de los indios, no fue discreto remedio el que aconsejó que se trujesen negros para que se libertasen los indios, aunque él suponía que eran justamente captivos, aunque no estuvo cierto que la ignorancia que en esto tuvo y buena voluntad lo excusase delante el juicio divino."[5]

Además, es totalmente equivocada la creencia de que la sugestión hecha por Las Casas en 1516 para importar esclavos negros a las Indias, fuera la causa *inicial* de la esclavitud en el Nuevo Mundo; mucho antes de tal fecha ya se había establecido este comercio humano, como lo prueba la Real Cédula de 16 de septiembre de 1501 dando instrucciones a Nicolás de Ovando, Gobernador de La Española, para introducir "*esclavos negros u otros esclavos* que fayan nascido en poder de crysthianos, nuestros súbditos e naturales".[6]

Ovando llegó a La Española en 1502 y con él, o inmediatamente después, llegaron al Nuevo Mundo esclavos negros y blancos procedentes de España y no directamente de la trata negrera con Africa.

La esclavitud en esa época era aceptada, sin discriminación por color, edad, sexo, religión ni nacionalidad; se consideraba legítima la esclavitud del vencido en "guerra justa"; esclavistas fueron, a partir de Aristóteles, muchos padres de la Iglesia; los clérigos y las órdenes religiosas tuvieron esclavos; el Papa Nicolás V (1447-1455) otorgó al rey Alfonso V el Africano, de Portugal y sucesores, autorización para guerrear sarracenos y paganos y convertir a los prisioneros en esclavos a perpetuidad; los Reyes Católicos hicieron esclavos, cristianos o moros, a sus prisioneros de guerra: ¿acaso Cervantes no fue esclavo de los corsarios argelinos durante 5 años? Y podríamos multiplicar los ejemplos.

Lo que interesa es señalar con claridad que la esclavitud en los siglos XV y XVI carecía de todo matiz discriminatorio cuando se trataba de prisioneros hechos en "justa guerra". El debate, sobre todo por lo que se refiere a los indígenas de América, se centraba en cómo determinar si la conquista del Nuevo Mundo por los españoles podía considerarse "guerra justa" o "guerra injusta", ya que sólo en el primer caso podía esclavizarse a los indios. Ese fue uno de los motivos básicos de la larga controversia Sepúlveda-Las Casas.

Como testimonio, entre otros muchos, en apoyo de la actitud de Las Casas frente al problema que nos ocupa, recordemos la exposición que hizo ante el Rey en 1519, en Barcelona, defendiendo con sólidos argumentos su creencia de que se estaba haciendo "guerra injusta" contra los indígenas del Nuevo Mundo y, consecuentemente, que no podían someterse a esclavitud.[7] También expuso en esta ocasión pruebas tratando de demostrar que "los indios tampoco son esclavos *por mandato de la naturaleza*"; pero ese punto merece especial atención.

En efecto, mientras la decisión de poder o no jurídicamente aceptar la esclavitud de los indios estuvo basada en la definición de lo que se entendía por "guerra justa" y "guerra injusta", sólo estaba en juego un aspecto de legalidad, y su interpretación sujeta evidentemente a los intereses políticos y económicos de gobernantes, conquistadores y colonizadores; sin la menor relación con prejuicios ni discriminaciones por el color, nacionalidad, edad, sexo ni religión de los esclavos potenciales.

Cosa muy distinta sucede cuando el problema se plantea partiendo de la tesis aristotélica de la existencia de "ciertos pueblos nacidos para ser libres y otros para ser esclavos". En tal concepción está implícita la idea racista de que determinados grupos humanos tienen características físicas y psíquicas peculiares, *de calidad inferior* a las que poseen otros pueblos y, en consecuencia, que los primeros están condenados a un régimen de postergación, de esclavitud, de discriminación racial, si usamos términos de actualidad.

A esa concepción aristotélica es a la que se opone con vigor Fray Bartolomé, al defender reiteradamente su creencia en una humanidad única, cuyos miembros cuentan con las mismas posibilidades, y que tienen derecho inalienable a usar de su libre albedrío.

Para justificar que la guerra contra los indios es lícita, Sepúlveda da como razón "la rudeza de sus ingenios [de los indios] que son de su naturaleza gente servil y bárbara y, por ende, obligada a servir a los de ingenio más elegante, como son los españoles".[8]

"Son estos [los indios] hombres de *poca capacidad*".[9]

Argumenta el mismo autor en favor de que los indios "pueden ser forzados a que obedezcan a los prudentes y *humanos*";[10] de lo que se deduce que para Sepúlveda los indios *no eran* humanos.

Un cronista de la época escribía: "esta gente de su natural es ociosa, e viciosa, e melancólica, e cobarde, viles e mal inclinados, mentirosos e de poca memoria". Y más adelante, "son los indios de *poca memoria y menos capacidad*".[11]

Los párrafos transcritos, repetidos hasta el cansancio, representan la ideología de los adversarios de Las Casas.

Vamos a reproducir ahora algunos de los argumentos y réplicas

de Fray Bartolomé, reiterados a través de sus distintas y numerosas publicaciones. Creemos que ello será útil al lector, más que cualquier comentario personal, para formarse una clara idea de la verdadera posición de Las Casas ante el problema racial:

"Los indios son de tan buenos entendimientos y tan agudos de ingenio, de tanta capacidad y tan dóciles para cualquiera ciencia moral y especulativa doctrina, y tan ordenados. . ."; ". . .el admirable aprovechamiento que en ellos ha habido en las artes mecánicas y liberales, como leer y escribir, y música de canto y de todos músicos instrumentos, gramática y lógica y de todo lo demás que se les ha enseñado y ellos han oído."[12]

Se refiere a las "reglas de los *derechos humanos,* confirmados por la razón y ley natural":[13]

". . .aquellas gentes todas y aquellos pueblos de todo aquel orbe son libres, la cual libertad no pierden por admitir y tener a Vuestra Magestad por universal Señor";[14]

"manifiesto es que ningún poder hay sobre la tierra que sea bastante a hacer deterior y menos libre el estado de los libres sin culpa suya. . . como la libertad sea la cosa más preciosa y suprema en todos los bienes del mundo. . ."; ". . .a las personas libres no se les puede tomar su hacienda justamente, contra su voluntad, mucho menos deteriorar y abatir su estado y usurpar su libertad que a todo precio y estima es incomparable";[15]

"No deben pues los indios ser dados a los españoles en encomienda ni por vasallos, ni de otra manera sacarse de la Corona real, porque son libres y de natural libertad";[16]

"Desde su origen todas las criaturas racionales nacen libres y porque en una naturaleza igual Dios no hizo a uno esclavo del otro, sino que a todos concedió idéntico arbitrio; y la razón es que a una criatura racional no se la subordina a otra, como por ejemplo un hombre a otro hombre. Porque la libertad es un derecho ingerido en los hombres por necesidad y por sí, desde el principio de la criatura racional y es por eso de derecho natural."[17] *"La esclavitud es un acto accidental acaecido al ser humano por obra de la casualidad y de la fortuna."*[18]

Reconoce Las Casas la existencia de variaciones y diferencias psíquicas individuales al decir que

"en una mesma región puede haber y hay muchas diferencias de entendimiento, conviene a saber, que unos sean mas intellectivos y artificiosos y menos animosos que otros, y otros por el contrario salten y excedan a otros".[19]

Pero muy claramente expone a continuación que la acción ambiental influye sobre la capacidad de cada individuo, ya que quienes

"tengan alguna falta cerca de las operaciones del entendimiento y no sigan las reglas de razón, ni se inclinen a las virtudes, sino antes sean mal inclinados naturalmente, pero . . . si se dieren al estudio en las ciencias y sabiduría y ejercicio de las virtudes, podrán ser intellectivos, más o menos según la capacidad que el cuerpo, y por consiguiente al ánima, la naturaleza dió".[20]

Queda evidenciado textualmente que para Las Casas los individuos, dentro de un grupo humano, presentan diferencias cualitati-

vas que, gracias a la acción ambiental (educación en su más amplio sentido), pueden modificarse, mejorarse "*más o menos según la capacidad que el cuerpo la naturaleza dio*". Acción hereditaria y acción ambiental están ahí esbozadas intuitivamente... ¡a casi cuatro siglos de distancia de la moderna biología!

"Destos ejemplos antiguos y modernos claramente parece no haber naciones en el mundo, por rudas e incultas, silvestres y bárbaras, groseras, fieras o bravas y cuasi brutales que sean, que no puedan ser persuadidas, traídas y reducidas a toda buena orden y policía y hacerse domésticas, mansas y tratables, si se usare de industria y de arte y se llevare aquel camino que es propio y natural a los hombres, mayormente conviene a saber, por amor y mansedumbre, suavidad y alegría y se pretende solo aqueste fin."[21]

"*...porque todas las naciones del mundo son hombres, y* de todos los hombres y de cada uno dellos es una no más la definición, *y ésta es que son racionales, todos tienen su entendimiento y su voluntad y su libre albedrío como se han formado a la imagen y semejanza de Dios; todos los hombres tienen sus cinco sentidos externos y sus cuatro interiores, y se mueven por los mismos objetos dellos; todos tienen los principios naturales o simientes para entender y para aprender y saber las sciencias y cosas que no saben."*[22]

"Así que todo linaje de los hombres es uno; *y todos los hombres cuanto a su creación y a las cosas naturales son semejantes y ninguno nace enseñado y así todos tenemos necesidad de a los principios ser de otros que nacieron primero guiados y ayudados..." "Todas las naciones del mundo tienen entendimiento y voluntad y de lo que ambas a dos estas potencias en el hombre resulta que es el libre albedrío y, por consiguiente, todos tienen virtud y habilidad o capacidad y a la buena inclinación natural para ser doctrinados, persuadidos y atraídos a orden, y razón, y a leyes, y a la virtud..."*[23]

"*De lo cual se sigue necesariamente* ser imposible de toda imposibilidad que toda una nación sea inhábil *o de tan poco y barbarísimo juicio y de baja y apocada razón que no se sepa gobernar y no pueda ser introducida y atraída y doctrinada en cualquiera buena doctrina moral, y mayormente instruída..."*[24]

Lo transcrito permite resumir los conceptos más relevantes de la doctrina proclamada y defendida tan tesoneramente por Fray Bartolomé: linaje *único* de todos los integrantes de la especie humana; diferencias (físicas y psicológicas) modificables por acción ambiental "más o menos según la capacidad que la naturaleza dio a cada uno"; derechos humanos por ley natural; libertad y libre albedrío; rechazo absoluto ("imposibilidad de toda imposibilidad") de que un pueblo o grupo humano pueda en su totalidad ser inhábil; etc.

Con otro vocabulario, debido sobre todo a los avances científicos de la genética y de la psicología, la lucha actualizada contra el racismo utiliza los mismos principios, defiende las mismas ideas.

Cierto, como dice Hanke, que a través de los años y de los siglos Fray Bartolomé "fue por igual víctima de la saña de sus enemigos y de los excesos y adulaciones de sus amigos".[25] Pero en este caso específico no hay exceso ni adulación: la irrefutable documentación aportada (y sólo es una muestra), justifica plenamente el calificar a Las Casas como uno de los primeros anti-esclavistas de su época y como luchador de vanguardia contra toda idea racista.

Notas

1. Comas, J. "Los mitos raciales", de *El racismo ante la ciencia moderna.* Testimonio científico de la Unesco, Ediciones Liber, Ondárroa (Vizcaya), 1961, pp. 13-57.
2. Pérez de Barradas, 1948, p. 127.
3. Las Casas, *Relación de los remedios que parecen necesarios para que el mal y el daño que han las Indias cese y Dios y el Príncipe Nuestro Señor hayan más servicio que hasta aquí y la república della sea más conservada y consolada.* (Transcrito de F. Ortiz), 1952, p. 161.
4. Las Casas, *Historia,* tomo III, p. 177.
5. Las Casas, *Historia,* tomo III, p. 275.
6. Ortíz, Fernando, 1952, p. 154.
7. Las Casas, *Historia,* tomo III, libro tercero, capítulos 149, 150 y 151; pp. 342-351.
8. Las Casas, *Tratados,* p. 231.
9. Las Casas, *Idem.,* p. 311.
10. Las Casas, *Idem.,*
11. Fernández de Oviedo, *Historia General y Natural de las Indias,* Edición Guarania, Asunción, 1944; Libro III, cap. VI, pp. 143 y 144.
12. Las Casas, *Tratados,* p. 377.
13. *Idem.,* p. 551.
14. *Idem.,* p. 741.
15. *Idem.,* p. 747.
16. *Idem.,* p. 759.
17. *Idem.,* pp. 1249-1251.
18. *Idem.,* p. 1251.
19. Las Casas, *Apologética,* tomo I, p. 122.
20. *Idem.,* p. 124.
21. *Idem.,* p. 257.
22. *Idem.,* pp. 257-58.
23. *Idem.,* p. 258.
24. *Idem.,* p. 260.
25. Hanke, L. y M. Giménez Fernández, *Bartolomé de las Casas: bibliografía crítica.* Santiago de Chile. 1954 (cita en la página XVI de la Introducción).

Algunas referencias bibliográficas

Comas, Juan, "Los detractores del protector de Indios y la realidad histórica", *Ensayos sobre indigenismo.* pp., 201-224, México, 1953

"Las Casas, Menéndez Pidal y el indigenismo", *América Indígena.* vol., 28, pp., 437-460, México, versión inglesa en pp. 487-537 de *Bartolomé de las Casas in History.* Edited by Juan Friede and Benjamín Keen, Northern Illinois University Press, Dekalb, 1971, 1968

Las Casas, Bartolomé, *Historia de las indias.* Fondo de Cultura Económica, México, 3 volúmenes, LXXXVIII + 519; 612 y 526 pp., 1951

Tratados (incluye la "Brevísima relación de la destrucción de las Indias", la "Controversia con Juan Ginés de Sepúlveda" y otros). Prólogos de Hanke y Giménez Fernández. Transcripción de Pérez de Tudela y traducciones de Millares Carlo y Rafael Moreno, 2 tomos, Fondo de Cultura Económica, México, LXXXVIII + 1377, pp., 1965

Apologética Historia Sumaria. Estudio preliminar, apéndices e índices por Edmundo O'Gorman, 2 tomos, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad, México, CLXXIV + 723 y 780 pp., 1967

Ortíz, Fernando, "La leyenda negra contra Fray Bartolomé", *Cuadernos Americanos.* vol, 65, pp., 146-184, México, 1952

Pérez de Barradas, José, *Los mestizos de América.* Madrid, 204 pp., 1948

Zavala, Silvio, "¿Las Casas esclavista? ", *Cuadernos americanos.* vol., 14, pp., 149-154, México, 1944

TRES POEMAS DE SERGIO MONDRAGON

CUMPLEAÑOS

de la marchitada hierba de la infancia
con paso vacilante entre los derribados muros
sale una vieja amarillenta
–¿cómo quieres que recuerde mi nombre
si hace 36 años que no salgo a la calle?
pero conversemos bajo este farol:

ya el agua se secó en los arrozales
en el paisaje japonés
los tejados doblaron sus aleros hacia arriba
sopló el viento a ras de tierra
y dobló las ramas hacia arriba
los muertos que te traicionaron
están enterrados en tu sueño
no preguntes sus nombres
no digas: ¿eres feliz? ¿eres infeliz?
uno a uno saldrán de la inconciencia
para curar el llanto de la perra sin hijos
para aliviar la herida del poema sin nombre
no olvides:
para resolver el problema de problemas
no necesitas el lenguaje
espantapájaros sentados en los berenjenales
son tus más fieles servidores
¿cómo quieres que recuerde tu nombre
si hace 36 años que me abandonaron?

¡enlutada vieja amarillenta!
¡gracias por dejarme masajearte el cuerpo!
¡buenos aires!

AMATERASU OOMIKAMI, FUNDADORA DE LA CASA IMPERIAL

entre dos aristocráticos espejos no dudaste un instante:
elegiste el mejor, el más hermoso y empañado
con la seguridad con que un artista reconoce
el genio de un paisaje.
eres la misma de siempre, hasta en sueños.
pero ahora te comprendo mejor, ahora sé quién eres:

eres el reflejo en el espejo, el hueco en el espacio
por donde cuela el viento, el silencio y el ruido
eres lo plateado de la luna, la raíz de una raza que se engendra
aquí mismo, la hija y abuela del sol, la inventora
del arroz, la diseñadora de lo blanco.
eres Amaterasu Oomikami, mi madre y madrastra
eres eso que se mira cuando me miro en el espejo

debo aprender a amarte, desde luego
porque aunque en el sueño hayamos sido vulnerados
por el amor fraterno
no debemos olvidar que yo he sido como un escorpión en tu falda
y que tú me has inoculado con tus millones de garras y de dientes

ahora el mar blanco está tranquilo
un delicado otoño asoma las puntas de sus rocas
por encima de las nubes
un estilo inédito en los ojos
despierta animado entre las lilas:
es tiempo de prepararse a morir
bastante daño nos hemos infligido
bastante hemos emponzoñado al mundo

apenas puedo creerlo, ¡terminar reconciliado contigo!
pero el oráculo es bien claro:
cualquier imagen que aparezca en el espejo de tus sueños
es el fin de lo cruento
el principio de lo brevemente intuido
el umbral del pasaje secreto donde muere el pasado
y el Universo se concentra.

LOS DEDOS Y SOLO LOS DEDOS SON LOS QUE HACEN EL POEMA

cabalgo esta noche en sueño perdedizo
que trata de huir entre mis dedos:
es un cuadro de amor imposible
ido ya
nunca encontrado
es el poema inaudito y eterno
es el respiro de la lluvia
la gota de agua que dormita en la hoja
los recuerdos que se deslizan cantando sobre los ríos
como peces de rostros infantiles
esta noche agoniza conmigo
rezan las horas arrodilladas
mi memoria insiste sobre las rocas
de un mañana inviolado
unas cuerdas restallan sobre la espalda
son latigazos de perfil mellado
por el tenaz silencio de una boca
flota la voz de la mujer dormida
que se ovilla en mi oreja
es el alfil abandonado
viejo ya sobre el tablero que se empolva
mi canción discurre entre la niebla
el inútil reloj se desmorona
mi infancia perdida mi juventud tronchada
me miran con ojos asustados
mi rencor arde en abrojos que me hinchan el pecho
no concilio el sueño
el sueño soñado entre champaña
el vientre de la noche abotagado y enfermizo
afuera:
las libélulas despiertan al conjuro de la luna
se deslizan murmullos y el insecto
hila sus sueños entre muros
mis sueños
que se van uno a uno de mi lado
me dejan
un poco más viejo un poco más solo
en la noche

MARCO POLO

LA MONTAÑA DEL PARAISO

I

Al viejo le llamaban en su lengua Aladino. Había hecho construir entre dos montañas, en un valle, el más bello jardín que jamás se vio. En él había los mejores frutos de la tierra. En medio del parque había hecho edificar las más suntuosas mansiones y palacios que jamás vieron los hombres, dorados y pintados con los más maravillosos colores. Había en el centro del jardín una fuente, por cuyas cañerías pasaba el vino, por otra la leche, por otra la miel y por otra el agua. Había recogido en él a las doncellas más bellas del mundo, que sabían tañer todos los instrumentos y cantaban como los ángeles, y el Viejo hacía creer a sus súbditos que aquello era el Paraíso. Y lo había hecho creer, porque Mahoma dejó escrito a los sarracenos que los que van al cielo tendrán cuantas mujeres hermosas apetezcan y encontrarán en él caños manando agua, miel, vino y leche. Y por esta razón había mandado construir ese jardín, semejante al Paraíso descrito por Mahoma, y los sarracenos creían realmente que aquel jardín era el Paraíso.

En el jardín no entraba hombre alguno, sino aquellos que habían de convertirse en asesinos. Había un alcázar a la entrada, tan inexpugnable, que nadie podía entrar en él, ni por él. El Viejo tenía consigo a una corte de jóvenes de doce a veinte años; eran los que adiestraba en el manejo de las armas, convencidos ellos también por lo que dice Mahoma, que aquello era el paraíso. El Viejo los hacía introducir de a cuatro, de a diez y de a veinte en su mansión; les daba un brebaje para adormecerles, y cuando despertaban se hallaban en el jardín, sin saber por dónde habían entrado.

II

Cuando los jóvenes despertaban y se encontraban en el recinto, creían que se hallaban en el cielo. Y damas y damiselas vivían todo el día con ellos tocando y cantando y dándoles todos los gustos, sometidas a su albedrío. De suerte que estos jóvenes tenían cuanto deseaban, y jamás se hubieran ido de allí voluntariamente. El Viejo, que tiene su corte en una espléndida morada, hace creer a esos simples montañeses que es el Profeta. Y así lo creen de verdad.

Cuando el Viejo quiere enviar un emisario a cierto lugar para matar a un hombre, hace que tomen el brebaje un determinado número de entre ellos, y cuando están dormidos les hace llevar a su palacio. Y cuando despiertan y les dice que van a tener que ir en misión, se asombran, y no siempre están contentos, pues por su voluntad ninguno se alejaría del Paraíso en donde se hallan. Se humillan, sin embargo, ante el Viejo, pues creen que es el Profeta. El Viejo les pregunta de dónde vienen; ellos contestan: "del Paraíso", y aseguran que ese paraíso es realmente como el que Mahoma describió a sus antepasados, haciéndoles lenguas de cuantas maravillas contiene. Y los que no le conocen aún, tienen deseos de morir y de ir al cielo para alcanzarlo pronto.

III

Cuando los que se han salvado vuelven a su señor, dicen que han cumplido con su misión. El Viejo demuestra gran regocijo y festeja la hazaña. Ya le han enterado de quién puso más ardimiento y diligencia en la ejecución, pues envía a la zaga hombres que le informan de quién fue el más arrojado.

Cuando el Viejo quería quitar de en medio a algún señor u otro hombre que le estorbaba, escogía entre sus asesinos a los más aguerridos, los mandaba a donde quería, diciéndoles que les enviaba al Paraíso, y que mataran a tal o cual hombre, y que si éste desaparecía les estaba reservado el cielo. Lo que les mandaba lo cumplían de muy buena gana, de manera que la víctima no escapaba a su mala suerte cuando el Viejo así lo disponía. Así tenía en jaque a varios reyes y varones, que no tenían ni idea de que quisiera exterminarlos.

IV

Os he referido las artimañas del Viejo de la montaña y de sus asesinos; ahora os contaré cómo fue derrotado y por quién. Otra cosa se me olvidaba deciros: este Viejo tenía a otros dos sicarios, que eran sus cómplices y tenían sus malas costumbres. El uno lo envió a Damasco y el otro al Kurdistán. Pero dejemos esto, y veamos cómo acabó. Hacia el año 1261 del nacimiento de Cristo, Alan, el señor de los tártaros de Levante, enterado de las horribles hazañas de este viejo, decidió que había que destruirle. Reunió a sus varones, los envió bien provistos de gentes de armas y pusieron cerco al castillo durante tres años; pero era tan fuerte que no pudieron tomarle. No hubiesen podido apoderarse de él si los sitiados hubieran estado bien provistos de todo; pero al cabo de los tres años se terminaron los víveres, y entonces el Viejo de las montañas; de nombre Aladino, hubo de rendirse con toda su gente, y pereció infamemente. Desde aquélla época hasta hoy no hubo más asesinos y acabó el terror que el Viejo de las montañas sembrara en el pasado.

(Capítulo XLI al XLII; traducción de M. Cardona y S. Dobelmann).

LA POBLACION DE AMERICA LATINA: MITOS Y REALIDADES

CARLOS M. RAMA

Es bien conocido que en las ciencias sociales, tal vez por su endeble juventud y falta de madurez metodológica, existe una constante inserción mitológica, una tendencia firme para explicar míticamente los hechos sociales, e incluso para aventurar soluciones o explicaciones míticas a los problemas sociales.

Esto está sucediendo en forma más marcada a propósito de la población latinoamericana, tal vez porque en el campo de los problemas demográficos internacionales difícilmente puedan plantearse temas tan apasionantes como los que supone el estudio de la población latinoamericana y de su relación con la naturaleza, la historia y la sociedad entera del continente.[1]

El crecimiento de la población latinoamericana

Un primer tema es notoriamente el prodigioso crecimiento del caudal demográfico regional. El continente, que en 1492 entró en contacto regular con el resto del mundo, estaba malamente poblado. Zonas muy fértiles como el valle del Mississipi, o la cuenca del Río de la Plata, tenían sólo erráticas tribus de cazadores y recolectores. Las islas antillanas contaban asimismo con una menguada población. En cambio, en los sectores más adelantados mediante la agricultura, como el valle del Anáhuac o los valles andinos peruanos, había una concentración significativa de habitantes.

¿Cuántos eran en total los indios americanos en aquella fecha? Se ha discutido mucho y tenemos estimaciones que van desde 112 a 8 millones de habitantes, según resulta de los más conocidos tratadistas franceses y norteamericanos.[2]

Desde hace pocos años se tiende, sin embargo, a coincidir en la cifra de 13,300.000, de los cuales corresponderían unos pocos cientos de miles a América del Norte, tres millones a Perú, y el grueso de la población residiría en México (cuatro millones), pues Ecuador, lo mismo que Bolivia, tendrían un millón trescientos mil, y las demás regiones cifras inferiores. Por 1650, la población latinoamericana no se había acrecido numéricamente de la cifra existente hacía 158 años. A pesar del ingreso de europeos y el comienzo de la implantación de los esclavos africanos, la crisis de la población indígena había sido tan terrible que compensó (y tal vez superó), los guarismos inmigratorios.

Este tema está en el centro de una importantísima polémica que se vincula a la estimación de la obra de Fray Bartolomé de Las Casas. *Leyenda negra* o *Leyenda rosa,* sobre el impacto de la conquista europea de América (y en especial la acción española), mucho se ha escrito, y casi todo es pura mitología.

Lo cierto es que para la Independencia recién tenemos 23,000.000 habitantes en tierras latinoamericanas, de los cuales la tercera parte son mestizos.

Por entonces también la población africana ha llegado a su

Carlos M. Rama ■ *(Uruguay) Antiguo profesor de las universidades de Montevideo, Santiago y Puerto Rico. Colabora desde hace tiempo en la revista de la Universidad.*

máximo y final desarrollo cuantitativo. Con mayoría de negros, indios y mestizos, inician los países latinoamericanos su etapa independentista, y este es otro hecho para la reflexión.

Ya por entonces los países con mayor nivel demográfico eran Brasil (8 millones) y México (7 millones), mientras Perú, donde el mestizaje ha sido menor, sólo retiene 2 millones. En 1850 alcanzaba la población la cifra de 30,000.000 y cincuenta años más tarde (1900), se había duplicado, pues estaba en 61,449.000, y para 1950 llegaba a 166,000.000. Sólo diez años más tarde, en 1960, había 206,000.000 de seres humanos.[3]

Se aprecia más la significación de este ascenso de 13 a 206 millones en 468 años, si tenemos en cuenta que la densidad por kilómetro cuadrado pasó de 0.2 a 11 habitantes. Más todavía, si comparamos a los latinoamericanos con otros pueblos. En 1960 eran tantos como los pobladores reunidos de Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca, Noruega, Suecia, Alemania, Italia e Inglaterra. A partir de aproximadamente 1960, los latinoamericanos comienzan a superar a los norteamericanos (EUA, Canadá y Alaska),[4] y en 1970 a los rusos.

Estimados los porcentajes que la población latinoamericana representa en el seno de la población mundial, vemos que pasa de 0.2% en 1650, 3% en 1850, a ser el 4% en 1900, y el siete por ciento en 1950.

En un plano cualitativo, se aprecian asimismo transformaciones que necesariamente deben mencionarse, pues la población urbana ha pasado de un tres por ciento (1800) a un 53% (1960). América Latina, "continente de campesinos", desde esta última fecha tiene predominio de urbanos. Esto destruye muchas de las pautas de interpretación utilizadas para explicar estos países.

Si analizamos las características de esa población urbana, encontramos fenómenos muy interesantes. Por ejemplo, la población metropolitana (es decir, habitante de núcleos de más de un millón de habitantes), que era en 1800 de solamente un 1.7% ahora es de un 15% aproximadamente y representa un porcentaje muy elevado en el seno de los pobladores urbanos, superior a muy antiguos países europeos, por ejemplo.[5]

Entre los colosos demográficos mundiales ahora figuran Brasil, (con 90,000.000 de habitantes) y México (con 48,000.000), según los censos de 1969.

Sorprende a los observadores, y no siempre se explican, el elevado índice de crecimiento vegetativo continental. Es un momento en que han quedado prácticamente suprimidas las grandes migraciones, se ve crecer anualmente a la región con guarismos que ascienden del 1.4% de 1920 al 3.3% en 1960-1965. Estos son promedios regionales, porque hay países como Costa Rica que llegan al 4%, Venezuela 3.7%, Dominicana 3.5%, etc. Estos hechos adquieren mayor relieve si los comparamos con América del Norte (1950-1958), con el 1.7% en URSS 1.6% en Africa negra 1.9% y

en Asia Meridional 1.8%, siempre en el terreno del crecimiento vegetativo.

La explicación de estos hechos sociales no puede ser diferente de la que en su momento se utilizó para comprender procesos similares cumplidos en Europa en el siglo XIX por ejemplo, pero no faltan las fantasías que buscan el filón misterioso y mítico.

La urbanización latinoamericana

Conviene precisar y ahondar sobre el subtema de la urbanización, ya que supone un cambio cualitativo que corresponde subrayar.

Se trata además de un hecho reciente. Todavía en 1950, el 61% de los latinoamericanos eran rurales, contra un 39% de urbanos; pero desde 1960 los segundos comienzan a predominar. Por 1970 teníamos 149,631.000 habitantes en las ciudades contra 125,360.000 de la población campesina.[6] El enorme crecimiento de la población no ha sido uniforme en campos y ciudades. No han faltado países que durante el periodo 1940-1960, han decrecido su población rural en porcentaje y en números absolutos, como Venezuela y Uruguay. Lo más característico han sido crecimientos mínimos (del 1% al 2%) en el campo, que contrastan con mucho mayores porcentajes en las ciudades, siendo los más altos México (7%) y Panamá (9.8%).

Dentro incluso de las ciudades tienden a crecer más activamente las grandes ciudades metropolitanas que las pequeñas ciudades.

Atento a la tasa diferente de natalidad entre campo y ciudad, todo indica la existencia de una migración interna acentuada de la zona rural a la urbana, y más todavía de las pequeñas a las grandes ciudades.

Ya existe una gran bibliografía, pero en general se ha mantenido en el aspecto más anecdótico el surgimiento de las barriadas periféricas, de los cinturones de miseria que hay en muchas ciudades latinoamericanas. También se ha considerado el tema de las migraciones, no necesariamente internas, por ejemplo los paraguayos, colombianos y salvadoreños que ingresan en los países vecinos, pasando a menudo de ambientes rurales a urbanos.

Está previsto que el porcentaje de urbanos latinoamericanos seguirá acreciéndose en el futuro. La OEA se refiere a 223,341,000 habitantes urbanos, contra 144,365.000 rurales en 1980, y para el año 2000, el porcentaje de los primeros sería de alrededor del 70%.

Esto distinguirá más todavía a América Latina de Africa y Asia, en el seno del Tercer Mundo, especialmente si tenemos en cuenta el caso de las ciudades metropolitanas.

Las ciudades latinoamericanas mayores de un millón de habitantes eran solamente nueve (entre ellas, Buenos Aires, Río de Janeiro, Sao Paulo, Santiago de Chile, México, Lima y Montevideo), pero para el año 1980 se prevé que habrá un total de 27 ciudades *millonarias,* o sea que se agregan a las nueve iniciales otras 18 ciudades.[7]

Examinada esa lista, se aprecia que once ciudades en 27 son capitales de sus respectivos países (Argentina, Brasil, Chile, Colombia, Dominicana, Guatemala, México, Panamá, Perú, Uruguay y Venezuela) y este hecho refuerza la conocida tendencia a la concentración de un alto porcentaje de población en los centros administrativos nacionales.

Ya en 1957 las capitales de Costa Rica, Panamá, Argentina, Chile, Uruguay y Venezuela albergaban más del 20% de la población de sus respectivos países, y para 1980 presumiblemente pasará lo mismo con Perú, Paraguay y México.

Se ha argumentado que este es un proceso vicioso y hasta lamentable, que no sucede lo mismo en otras partes del mundo, pero debe desecharse la calificación de patológico a un hecho regular y constante a lo largo de tantos años en una región tan extensa. La argumentación debe atribuirse a la corriente mítica a que venimos haciendo referencia. Cabe, sí, distinguir o registrar la presencia de todas las implicaciones o consecuencias que tiene la vida urbana, y en especial la metropolitana, en el terreno de las estructuras sociales y por ende del comportamiento social y cultural del pueblo latinoamericano, que confirman lo conocido, por ejemplo, en Europa.

Así, el demógrafo Juan Carlos Elizaga, del CELADE (Centro Latinoamericano de Demografía), en su obra ya citada, y utilizando los ejemplos de México (1960) y Venezuela (1950) nos da como características demográficas y sociales diferenciales de las poblaciones del núcleo principal las siguientes:

a) mayor porcentaje de mujeres en la capital que en todo el territorio

b) mayor porcentaje menor de jóvenes (menores de 15 años) que en el resto del país

c) mayor porcentaje de varones activos entre 15 y 49 años

d) menor número porcentual de analfabetas, siempre por referencia al país

e) mayor participación de la mano de obra femenina en los asalariados (48% en la Ciudad de México contra 16% en todo el país, por ejemplo)

f) mayor porcentaje de asalariados de ambos sexos en las capitales

g) muy superior porcentaje de profesionales, técnicos y oficinistas en la capital contra el resto del país.

La mestización en América Latina

Uno de los rasgos más originales del poblamiento de América Latina es su mestización. Mientras la población de las demás

regiones o continentes es relativamente homogénea y tiene un signo étnico diferenciado (blanco, negro, amarillo), la latinoamericana es mayoritariamente resultado de un proceso histórico de mezcla, que la hace un pueblo mestizo.

Africa y Europa, sin desmedro de pequeños enclaves, pronto absorbidos, son típicos exponentes, respectivamente, de las poblaciones negra y blanca. En el caso de Asia ha habido una mayor miscigenación, por lo menos en el Cercano Oriente y en la península Indica, pero nadie puede dudar de la *calidad* amarilla de China y Japón.

Así era la situación de las Américas a la llegada de los europeos, en que había terminado por definirse un nuevo tipo o subtipo de etnia: el indio.

De 1492 a la fecha, la historia de América, y en particular de América Latina, es la del surgimiento de un tipo humano nuevo, como resultado de la mezcla de indios, africanos, europeos y hasta asiáticos.[8]

Ha habido, es prudente destacar, dos tipos de mezclas. En primer término, en el interior de cada uno de los grupos raciales. Los esclavos negros, llegados de todos los puntos del litoral atlántico africano, se unieron en tierras americanas. Los europeos, especialmente en los últimos 150 años, se han encontrado, provenientes de todos los países de aquel continente en América, para unirse entre sí. Incluso los indios, desplazados arbitrariamente por conquistadores, o más recientemente por la política criolla, han roto las unidades tribales y la endogamia.

Pero lo original, y esto es privativo de América Latina, es que se han mezclado indios con negros africanos y con blancos europeos en tales proporciones que los mestizos han terminado por superar numéricamente a los pueblos originarios.

El mexicano José Vasconcelos decía que en América Latina se llegará a "una raza definitiva, raza-síntesis o raza integral, que surge como un resultado de la fusión del genio y la sangre de todos los pueblos. Esta raza será la más capaz de llegar a la verdadera fraternidad y a una ideología auténticamente universal."[9]

En las palabras de Vasconcelos hay un elemento mítico, ya que parece asumir el argumento de la causal biológica de la historia, pero es exacto que América Latina es el caso por excelencia de un mestizaje global de tipo mundial como no hay paralelo en otro sitio.

Pensamos siempre en un proceso continental, sin perjuicio de que en algunos países se ha formado la actual población al margen de la mestización, ya sea por la marcada superviviencia de la base indígena, o por una colonización sistemática blanca o negra, v.g., los casos de Guatemala, Argentina, Uruguay, Costa Rica o Haití, países todos donde es menor del 10% el porcentaje de los que se alejan de la etnia dominante.

Algunos datos para precisar estos conceptos:

Angel Rosenblat, para todas las Américas, en el año 1940, da una población total de 326,000.000 habitantes, 15,000.000 de indios y 28,000.000 de negros contra 62,000.000 de mestizos y mulatos. Considerada separadamente América Latina, se observa que en América del Sur los indios eran por entonces un 8.52% de la población, superados por un 22% de mestizos, y lo mismo sucede con los negros: solamente un 7.34% frente al 13% de mulatos. En México, América Central y Antillas la situación es la misma con referencia a los indios (19%) frente al 38.82% de mestizos, aunque sin embargo, los negros siguen predominando frente a los mulatos (13.04% frente al 8.04%).[10]

Ha sido fundamental la ya mencionada crisis de la población indígena en la época colonial, especialmente grave, para las Antillas. Guerra de conquista, exacciones de vituallas, requisa de esclavos, explotación económica, servicio de minas, pero también epidemias, destrucción de las unidades sociales indias, migraciones forzadas, cambios en la agricultura, etc., han influido para despoblar el Caribe y buena parte de América Central.

Su repoblación debió hacerse con africanos, introducidos bajo la esclavitud, y este hecho hizo más completa la miscigenación y explica las variantes anotadas.[11]

El mestizaje se produjo, en general, a favor de los europeos, pues los mestizos fueron agregados al grupo superior y no al inferior.

Bastaba socialmente tener algo de "sangre de blanco" para ser considerado tal, al contrario de las colonias inglesas, donde rige el principio opuesto, es decir bastaba tener algo de negro o indio para ser considerado perteneciente a esos grupos.

Hubo además un reconocimiento regular de los hijos naturales por las leyes y las costumbres, etc. iniciado por los primeros grandes conquistadores (Cortés, Pizarro, Irala, etc.).

Esta situación favoreció a la miscigenación, e impidió el desarrollo de la discriminación y el prejuicio, pero no ha faltado tempranamente la existencia de una conciencia del mestizo como una realidad autónoma.[14]

Desde el punto de vista de la consolidación social y cultural del poblamiento americano, el mestizaje ha sido decisivo.

Estableció tempranamente un *continuum* social entre conquistadores y conquistados, por la presencia de un grupo social intermedio creciente (cuantitativamente, pero también en prestigio social).

Su presencia facilitó y adelantó la liberación de siervos y esclavos. El predominio en las "castas" de libertos e indios libres, de mulatos y mestizos, así lo prueba. "El mestizaje –dice Costa Pinto– fue factor de democratización de la vida social, pues fue creando, en la medida en que se expandía, ciertos tipos humanos, que además de étnicamente híbridos eran también socialmente mixtos."[15]

Este grupo social –que, como se indicara, es hoy predominante en América Latina– tendrá a su cargo la impropiamente llamada "expansión europea". La penetración en el Brasil interior, la conquista de Chile, la ocupación de las llanuras platenses, el avance en Nuevo México y en el sur de los EUA, etc., están entre sus grandes hechos históricos.

Ha dado, asimismo, algunos de los tipos fundamentales del hombre americano, como el *gaucho* platense, el *llanero* venezolano, el *bandeirante* brasileño,

La Conquista estuvo a cargo, tanto por españoles como por portugueses y franceses, de pequeños grupos de varones armados, lo que hizo inevitable la unión "con las mujeres de la tierra".[12] Los países en que el mestizaje es menor a menudo se colonizaron sistemáticamente por grupos de campesinos en el siglo XVIII (Costa Rica, Uruguay y Argentina), reforzado el proceso por la inmigración europea en el siglo XIX, siguiendo pautas no muy diferentes a las norteamericanas.

Pero en las demás regiones seguramente terminó por generalizarse lo observado por Humboldt en México: "una europea por cada diez europeos". Es explicable que los europeos crearan uniones permanentes con indias o negras, y en mayor escala –utilizando las prácticas de la servidumbre y la esclavitud– establecieran una amplia gama de relaciones sexuales extramatrimoniales. "Paraíso de Mahoma" fue llamada Asunción del Paraguay, y en Brasil,

donde no hubo mujeres blancas en los primeros 37 años de la colonia, dice Gilberto Freyre, ningún pueblo del mundo superó a los portugueses en mixibilidad.[13]

"Les gens de couleur", en las colonias francesas antillanas, y en Canadá los "coureurs de bois", son índices paralelos de mestización con indios y negros. Si bien es cierto que había circunstancias favorables a la mestización colonial, también se ha argumentado, para diferenciarlas de la inglesa, que había o hay en la latina elementos de psicología social provenientes de las sociedades latinas europeas. Así, en los peninsulares, el secular contacto con africanos, hebreos, moriscos, etcétera (Freyre); reacciones derivadas de su propia tez, más oscura que en los europeos septentrionales (Hoetink); o que españoles y portugueses, teniendo contacto con los africanos desde 1442, están en la situación que tendrá EUA en el año 2122 (Tannenbaum).

Es fácil adentrarse por estas veredas en lo mitológico, pero si la mestización existió también en las colonias inglesas, corresponde destacar que en las latinas hubo una actitud particular, incluso jurídica, diferente para los mestizos.

Los españoles, en la medida en que constituían un pequeño grupo monopólico, procuraron la institucionalización de un complejo régimen de estratificación en castas sociales, basadas en la raza, que tardíamente se consolidó en el siglo XVIII, cuando ya las resistencias eran decisivas.

Este régimen típicamente colonial cerraba el camino de la libertad personal a negros e indios, y el ascenso social y político a mestizos y mulatos. Fue desacatado explicablemente en todas partes, y este hecho se cuenta entre las tensiones que culminan con la Revolución Independentista Latinoamericana de 1810.[16]

La crisis de la yuxtaposición de la línea de color con la división en estratos sociales se ha producido en América Latina, como en todas partes, por el surgimiento de sociedades capitalistas de clases abiertas, de las cuales el caso más temprano es el del Uruguay por 1840, como hemos estudiado en nuestra obra *Los afro-uruguayos* (3a. ed. 1969, Montevideo).

El mismo término de *raza* tiende a ser concebido, por lo menos aceptado, en la América India (México, Perú, Bolivia, Paraguay, etc.) en términos no biológicos, sino culturales. Incluso la sociedad se estratifica en un *sistema de casta-clase,* en que la barrera de casta es más cultural que racial.

Estos hechos, tan decisivos para el ascenso de las masas latinoamericanas, han sido posibles en la medida en que se apoyan en un fuerte mestizaje que hace prácticamente impracticable pronunciarse sobre la pureza racial del pueblo.

Se ha argumentado, en algunos autores, que el mestizaje provee bases para un ascenso social individualizado, y por tanto parcial, mientras que las masas afrontan el prejuicio y la discriminación, sólo superados por medios revolucionarios. En la historia de la región, efectivamente, pueden verse ambos casos.

Debe destacarse sin embargo, que tenemos una experiencia todavía reducida en la materia porque recién en 1941 comienzan a sobrepasar los mestizos en número al grupo blanco, y en esto influye el cierre de la inmigración europea desde 1930.

Rodríguez Lapuente decía con razón que "la historia de América Latina se oscurece en los extremos", pues frente al predominio indio y negro de los orígenes, pasando por el blanco de principios del siglo XX, llegamos al ascenso mestizo. Considerado por países vemos también que al apogeo de Argentina, Uruguay y Chile de los primeros treinta años del siglo actual, ha sucedido un estancamiento económico y demográfico, mientras que países como México, Brasil, Venezuela, Colombia, Ecuador, Paraguay, Honduras y República Dominicana vienen creciendo en más del 3.4% en su población.[17]

En otras palabras, los países de población blanca son sustituidos por países mestizos y mulatos.

Estos hechos no dejan de tener una dimensión histórica universal, pues como señala el Dr. Juan Comas, "los prejuicios raciales constituyeron una verdadera doctrina durante los siglos XVIII y XIX", y en esa dimensión se llegó a calificar al mestizaje de "peligroso para el futuro de la humanidad".

Comas destaca que la demitificación de la nocividad del mestizaje no solamente la cumplen los trabajos científicos de investigación, sino además la presencia de un "elevado porcentaje de población mestiza mayoritaria, que constituye el sector dirigente de muchos de los países hispanoamericanos".[18]

"La fe en el porvenir americano, en que nuestra América, con sentido universalista sabrá asimilar todas las grandes corrientes del mundo y las de su propio suelo, de que sabrá crear una cultura propia, que sea expresión de su historia y de su destino, no necesita forzosamente de calificativos de tipo racial", como dice acertadamente el profesor Rosenblat; pero es ya un hecho significativo que el pueblo latinoamericano sea poliracial, integrándose, junto a los descendientes directos de los europeos, a los mestizos y a los indios y negros.

Unidad y diversidad de la población latinoamericana

Si bien es cierto que mediante la estadística es posible establecer un derrotero común para la demografía latinoamericana, que tiene una identidad inconfundible con otras regiones, también se pueden marcar zonas o subregiones bien definidas.

Estas, en parte, coinciden con la geografía, y así es posible hablar de una demografía de la América Latina templada o austral, y otra América Latina tropical; pero en la práctica se superponen las coordenadas poblacionales sobre los caracteres climáticos, por ejemplo, para explicar mejor la individualidad de cada país y, a

veces, en el caso de los grandes Estados, ello es la llave del regionalismo.

Muchos de los rasgos llamados, incluso en este trabajo, "típicos de América Latina", en verdad lo son de Brasil y México, y por la ley de los números resultan serlo de toda la región, incluso sin tenerlos la mayoría de los países.

Los técnicos de CEPAL han distinguido, atentos a sus características demográficas, los siguientes grupos de países, que tipifican estructuras sociales bien diferenciadas, a saber:[19]

1) El primer grupo casi totalmente, está formado por países pequeños, por lo que suman sólo el 13% de la población latinoamericana, como Argentina, Uruguay, Cuba y Chile.

   Estos países se caracterizan porque la población, en más de un 60%, habita en ciudades de más de 20,000 habitantes, donde los estratos marginales son relativamente pequeños, en parte porque la presión de los migrantes rurales no es muy fuerte.

   Tienen altos índices de servicios, como enseñanza y sanidad. El crecimiento vegetativo es lento (menos del 2%), la natalidad baja (poco más del 2%), y la esperanza de vida elevada (más de 60 años).

2) Un segundo grupo corresponde a países populosos (Brasil, México, Venezuela, Colombia, etc.) que agrupan el 68% de la población latinoamericana.

   La población urbana (es decir, habitantes de centros de 20,000 habitantes) fluctúa entre el 35 y 45% salvo Venezuela con más de un 50%. En las ciudades hay grandes estratos marginados de origen campesino. Las tasas de crecimiento son muy elevadas (entre el 2.8% y el 3.4% de Brasil a México). La mitad de la población tiene menos de 15 años. La natalidad sigue siendo alta y la mortalidad es decreciente.

3) Se trata de países que tienen también un dinamismo demográfico alto, pero su población urbana es menor del 30% de la población nacional. Los sectores marginales urbanos son reducidos y explicablemente sigue siendo grande la población rural. Este grupo se integra con la mayoría de los países pequeños, como Ecuador, Bolivia, Costa Rica y Panamá. También Perú.

4) El último grupo es de los países más rurales, y son típicos Haití, Paraguay, Honduras y Guatemala, donde la población urbana es del orden el 15% o menos. El proceso de urbanización es muy limitado. La esperanza de vida es menor de 50 años. La tasa de natalidad es superior al 4%. Sumado este grupo al anterior, significan el 19% de la población latinoamericana.

Es sugestivo que a estas tipificaciones demográficas correspon-

den clasificaciones correspondientes en el orden económico, cultural y hasta de integración étnica, sin perjuicio de casos extremos y aparentemente contradictorios.

Por ejemplo, dos países tan similares como Uruguay y Argentina se diferencian en cuanto el primero tiene una minoría étnica de origen africano, mientras la minoría étnica argentina es india.

En América Central, y a pesar del pequeño territorio, la demografía favorece la división política, haciendo diametralmente distintos a Costa Rica y Guatemala, por ejemplo, siendo el primero de población española y el otro de población marcadamente india.

Otros muchos ejemplos se podrían aducir, para ilustrar en definitiva lo que fuera el título de uno de los últimos libros de Ezequiel Martínez Estrada, *Semejanzas y desemejanzas de América Latina.*

Perspectivas de la población latinoamericana

Comienza a entrar en el gran debate público el tema del futuro de la población latinoamericana, no tanto porque se desconozcan las características que ha de asumir numéricamente en los próximos treinta años, sino por los problemas que plantea.

En primer lugar, cuando se estudian los grupos de edad, llama la atención la importancia de los menores de 15 años. Para 1961, en México, América Central y Panamá, eran el 45.5% del total de la población, y en América del Sur tropical casi equivalían al 43%. Pero incluso en la América del Sur templada, eran del 32.5%, y cualquiera de esos guarismos es superior a los existentes en Europa, América del Norte, URSS y Japón.[20]

Aún suponiendo que no haya en el futuro aportes por concepto de inmigración, los porcentajes de jóvenes señalados alcanzan para asegurar que el crecimiento poblacional de América Latina no solamente corresponderá con el registrado en los últimos años, sino que es probable que se acrezca. Se habla de 367 500.000 habitantes para 1980; 410 000.000 en 1985 y 638 000.000 en el año 2000. Atento al ritmo de crecimiento más lento de las demás regiones del mundo para la fecha citada en último término, y con una población mundial estimada en 6 130 000 000 de habitantes, los latinoamericanos serán casi un 11% del total, contra el 8% que monta hoy.[21]

Ya hemos destacado en otra ocasión que el tema termina hasta por adquirir proyecciones políticas o estratégicas, en la medida en que la población es uno de los elementos decisivos, no sólo de la economía, sino de la política internacional, tanto en la paz como en la guerra.[22]

En la obra de los tratadistas extranjeros no faltan argumentaciones míticas. Por ejemplo, el temor de que las nuevas poblaciones no tengan un lugar adecuado en el territorio latinoamericano. En verdad, la ocupación efectiva actual no sobrepasa el 5% del territorio, y existen grandes superficies fértiles y vírgenes aptas para la colonización. Los grandes países, como es el caso de Brasil, México, Argentina, etc., mantienen planes de colonización interna que suponen la orientación de las corrientes demográficas hacia zonas despobladas. La fundación de Brasilia, o la incrementación demográfica de la Patagonia, se inscriben en esa política.

Por lo demás, hay países que, a pesar de toda "la explosión demográfica" (regional), confían solamente en la inmigración foránea. Venezuela, Argentina, Uruguay y Chile sólo podrán satisfacer sus necesidades de mano de obra, manteniendo un índice aceptable de crecimiento económico, apelando a la inmigración.

¿Por qué no utilizar, como los EUA, los excedentes de población del Caribe? Este es otro problema: el de la redistribución del crecimiento vegetativo en el interior de la misma América Latina.

No es posible dudar de que en América Latina pueden "vivir holgadamente" las poblaciones provistas para el año 2000, sin perjuicio de plantearse problemas sociales inmediatos.

Un segundo grupo de preocupaciones críticas se inspira en el temor de que los latinoamericanos no tendrían suficientes alimentos, textiles, etc., para atender la creciente población del futuro.

El francés René Dumont y el ruso Viktor Volski hacen referencia a ese hecho, destacando que el crecimiento de la curva poblacional es más rápido que el de la producción de bienes, y en especial, de alimentos.[23]

A nuestro parecer, habría que tener en cuenta que, si bien es cierto que el crecimiento de la producción de alimentos es más lento que la curva de crecimiento demográfico, no puede ignorarse que la mayor parte de esos alimentos se exporten.

En otras palabras, podrá suceder a lo sumo que un cierto porcentaje de esos artículos se desvíen del Mercado Común Europeo, EUA, etc., y pasen a servir al comercio internacional. Por ejemplo, cereales de la zona templada contra frutos de la zona tórrida.

Es importante notar que el área explotada en muchos países (Perú, Bolivia, Brasil) no sobrepasa el 2% del territorio y, aunque en ciertos casos sería muy costoso extenderla, no ha habido hasta la fecha planes de colonización interior que incluyan obras de infraestructura.

Consideramos finalmente la falacia de sostener que el control de natalidad, aplicado en forma neo-maltusiana y masiva, puede resolver los problemas económicos y sociales que agobian a la América Latina.

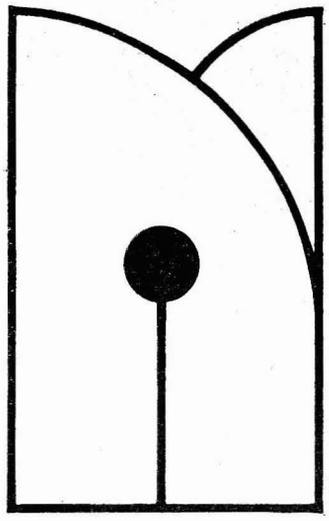
Este mito, según el cual los países de lento o nulo crecimiento demográfico serán ricos, mientras que el gran crecimiento los empobrece, es el más difundido en nuestros días, y tiene todos los rasgos de lo mitológico, por cuanto soslaya la necesidad de una auténtica independencia económica de América Latina, así como de reformas estructurales en su economía y sociedad, que permitan

a los latinoamericanos aprovechar íntegramente sus capacidades y potencialidades, incluyendo las demográficas.[24]

Las décadas de los años 60 y 70 en que el crecimiento demográfico es grandísimo, pero mucho mayor el aumento de los índices económicos, es una demostración concluyente de la falacia de ese aserto, perteneciente a la categoria mítica que agobia a América Latina y, por extensión, al mundo de nuestros días.

Notas

1. Este trabajo se apoya, y en algún sentido continúa, un anterior del autor intitulado *Naturaleza, historia y sociedad en América Latina,* Revista "La Torre", Río Piedras de Puerto Rico, 1970.
2. Véase, por ejemplo, A. L. Kroeber, *Native american population,* en "American Anthropologist", 1934, no. 1, y Henry F. Dubyns, *Estimating aboriginal american population,* 1956, "Current Anthropologist", t. VII, No. 4.
3. Las cifras por A. M. Carr-Saunders, *World Population,* Oxford, Clarendon Press, p. 42; *Demographic Yearbook* (1950); y manuales como E. A. Wrigley *Population and history;* Madrid, Trad. Guadarrama, 1969 y D. H. Wrong, *Population,* N. Y., Randam House, Trad. Buenos Aires, 1963, 2da. ed.
4. Es de hacer notar que, estadísticamente, la población de E.U.A. incluye importantes grupos hispanoparlantes, como los puertorriqueños (tanto isleños como residentes en el continente), los *chicanos* (es decir, mexicanos residentes en los estados del oeste), haitianos, dominicanos, cubanos, etc., mientras no existen en América Latina núcleos de consideración de origen norteamericano.
5. Datos del Departamento de Asuntos Sociales, OEA, Washington, en *Datos básicos de población en América Latina,* 1969, a la que nos referimos en cuanto a definiciones. Téngase en cuenta que Francia, en el año 1946, tenía un 31% de población urbana y los E.U.A. tienen un porcentaje todavía menor en población metropolitana.
6. Las primeras cifras del documento UN/ECLA, *El desarrollo de la América Latina en la post-guerra,* E/CN, 12/659/rev. 1, N. Y. 1963, p. 80. Los datos siguientes de *Datos básicos de población en América Latina,* Washington, OEA, 1970, p. 5, que no coinciden por lo demás con el volumen anterior ya citado, también de la OEA (1970), que establece la superioridad de los urbanos ya en 1960 (99 770.000 contra 95 824 000 habitantes).
7. *Progreso económico y social de América Latina en 1968.* Nueva York., Banco Interamericano de Desarrollo, 1969, citado y comentado en *La transformación de América Latina* de Jean Huteau, Caracas, Tiempo Nuevo, 1970, p. 215-216.
Considerar especialmente el trabajo de Juan Carlos Elizaga, *Tendencias de la distribución de la población urbana de la América Latina, documento UP/Ser. H/VII.75,OEA, Washington, 1969.*
8. El caso de la América del Norte, y en especial de los E.U.A., es diferente especialmente en razón de distintas pautas socio-culturales en la materia, pero no es ocioso destacar que por 1940 se calculaba que solamente un 20% de los negros y un 30% de los indios son racialmente puros, siendo su mezcla (80 y 70% respectivamente), casi exclusivamente con blancos.
Frank Tannembaum, *El negro de las Américas,* B. A, Paidós, 1968, p. 116, expresa, sin mayores pruebas, que sólo el 10% de la población de color de E.U.A., no tiene antecesores blancos.
9. Pág. 105 de la Selección de Genaro Fernández, México, MacGregor, 1942. Esta tesitura, originalmente expresión de una crítica al mundo anglosajón, termina por adquirir un sentido aristocrático. Veáse p.14-15 de *El racismo y los problemas de la pugna ideológica en América Latina,* de Anatoli Shulgovski, en "Panorama Latinoamericano", Moscú, No. 91, febrero 1970.
10. Pág. 187 de *El mestizaje y las castas coloniales,* Buenos Aires; Nova, 1954, y cuadro de *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad,* Buenos Aires, I.C.E., 1945, del mismo autor.
11. La discusión del tema en cap. II de *La población de América Latina.* Bosquejo histórico, de Nicolás Sánchez Albornoz y José Luis Moreno, Buenos Aires, Paidós, 1968.
12. *La Recopilación de Leyes* española (libro IX, título XXVI y ley XXIV) prohibía además el ingreso en las Indias de mujeres solteras, aunque una real cédula (23 de febrero de 1512) autorizó la introducción de esclavas blancas (moriscas). En cambio, los casados estaban obligados a pasar a América con sus mujeres, pero la ley (*Recopilación,* libro VII, título III, ley I) debió reiterarse cinco veces en 70 años, lo que indica su incumplimiento.
13 *Interpretación del Brasil,* México, FCE, 1945 y la conocida *Casa grande y senzala,* en que destaca especialmente el aporte negro. Acotemos que este autor, entusiasta del proceso de mestización del Brasil, cree que su país es exponente de una *meta-raza* en *The racial factor in contemporary politics,* London, 1966, p. 16.
14. El Inca Garcilaso de la Vega (*Comentarios reales,* primera parte, libro IX, cap. XXX) reclama el nombre de mestizo: "me lo llamo a boca llena y me honro con él" (sic).
15. *Negros y blancos en América Latina,* Buenos Aires, "Revista de la Universidad de Buenos Aires" No. 34, 1963, p. 376.
16. Según puede verse en el trabajo del autor, *Estructura social de América Latina: de las castas a las clases,* pp. 59-69, Río Piedras, "Revista de Ciencias Sociales", vol. XII, No. 1, marzo 1969, las castas actuales latinoamericanas, en principio, se remontan a la época colonial, pero podría observarse que han resultado ser más sólidas donde la mestización es mínima y los grupos raciales distantes no se encuentran en el plano del mestizamiento. Al contrario, donde la mestización fue grande, a menudo, al producirse la Revolución Independentista, se expulsó del país a los españoles peninsulares, v. g., México y Paraguay.
17. Véase p. 39 y sigs. de *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina,* Nueva York. Naciones Unidas, 1969.
18. Págs. 83-88 de *Unidad y variedad de la especie humana,* México, UNAM, 1967.
19. Seguimos el cit. vol., *El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina,* cap. III, adaptándolo y simplificándolo. Por ciertos índices, en parte, podría incluirse en el primer grupo a Panamá y Costa Rica, que aparecen en el grupo tercero, lo que indica que se encuentran en una fase dinámica ascendente.
20. *World Population Prospects,* No. 41, "Population Studies", Nueva York, Naciones Unidas.
21. En los trabajos especializados no siempre se concuerda en las cifras y porcentajes de estas estimaciones de futuro, atento a diferentes hipótesis de fecundidad.
22. *El porvenir de América Latina,* comunicación al VII Congreso Mundial de Sociología, Varna, septiembre de 1970 (incluido en el volumen *Sociología de América Latina,* Buenos Aires-Montevideo, Palestra, 1970).
23. V. Volski-K. Tarasov, *Problemas demográficos,* Moscú, revista "Panorama latinoamericano", No. 104, agosto 1970, p. 1-24.
24. Obsérvese que siendo América Latina tan variada, no faltan países (Argentina y Uruguay, por ejemplo) donde se ha producido un "envejecimiento de población", que explica el estancamiento demográfico. Sin embargo, su economía no es próspera y tienen un escasísimo dinamismo.



NOVALIS HIMNOS A LA NOCHE

Novalis (2 mayo 1772 - 25 marzo 1801) nació en una familia noble de Turingia. Su nombre era Friedrich von Hardenberg, pero el seudónimo le pertenecía lejanamente. Friedrich Schlegel fue el primer crítico que ensalzó al adolescente de maneras elegantes y extraordinaria hermosura. Gottlob Werner, el maestro prodigioso, lo entusiasmó por el camino espiritual, los metales y las piedras en los descensos estudiantiles a las grutas. Por el influjo esplendente de Friedrich von Schiller se apasionó por la virtud clásica y quiso ser soldado. La muerte de su amada Sophie von Kühn fue una revelación trascendental de la que brotaron los Himnos a la Noche, su única obra conclusa. El joven de veinticinco años se propuso hacer la obra del conocimiento total que no ofrecía la enciclopedia. Era excelente esgrimista y caballista. Creó la flor azul, símbolo del romanticismo que Gaston Bachelard interpretaría roja y erótica. Albert Béguin marcó al poeta nocturno con la estrella matutina. Marcel Brion lo concibió en la esfera musical y en el cono de hierro y diamante de la videncia sagrada. Antes de cumplir los veintinueve años, Novalis murió por su deseo inmarcesible de integrarse a la totalidad cósmica; su lecho de tuberculoso fue solamente el pretexto terrenal.

J.A.O.

1

Cuál viviente de sensible inteligencia no ama la plena luz entre las apariciones maravillosas del extenso espacio que lo rodea —con sus colores, sus rayos y arcos, su presente suave como día que despierta. Como el alma interior de la vida la respira el mundo gigante de las estrellas incansables, y danzando nada en sus aguas azules, la respira la piedra eternamente quieta y centelleante, la planta sensible y absorbente, y el animal salvaje, ardoroso y multiforme —pero más que todos, el extranjero magnífico de ojos oportunos, de paso suspenso y entrecerrados labios llenos de melodías. Como un rey de la naturaleza terrestre, la luz llama a todas las fuerzas a transformaciones innumerables, anuda y suelta lazos infinitos, ciñe su imagen celeste a cada criatura en la tierra. Su presencia sola abre el prodigio de los reinos del mundo.

Yo me vuelvo hacia la noche secreta, inefable y santa. Allá lejos, el mundo desierto y solitario ocupa su sitio, hundido en una fosa profunda. Profunda melancolía sopla en las cuerdas del pecho. Quiero descender en gotas de rocío y mezclarme en la ceniza. Lejos del recuerdo, deseos de la juventud, de los sueños de la infancia, las breves alegrías y esperanzas perentorias de la vida entera y larga, vienen con vestimentas grises, como niebla nocturna que sigue a la puesta del sol. En otros espacios rompió la luz los toldos alegres. ¿No debería volver a sus hijos que con fe inocente la esperan? ¿Qué es lo que brota y castiga bajo el corazón y traga el aire suave de la melancolía? ¿Te complaces con nosotros, noche oscura? ¿Qué guardas bajo tu manto que con fuerza invisible llega a mi alma? Bálsamo delicioso gotea de tu mano, del manojo de adormideras. Levantas las alas pesadas del espíritu. Sentimos movernos inexpresables y oscuros —veo un rostro grave y sorprendido de alegría, que suave y piadoso se vuelve hacia mí y bajo sus rizos sueltos e interminables muestra la querida juventud de la madre. Qué pobre y simple me parece ahora la luz —como una despedida bendita y feliz del día— porque solamente la noche te desvía a los servidores, sembraste en las anchuras del espacio las esferas refulgentes que anuncian tu omnipotencia —tu retorno— en los tiempos de tu lejanía. Celestes como aquellas estrellas relampagueantes nos parecen los ojos infinitos que la noche abrió en nosotros. Ven como las más pálidas estrellas de aquel ejército innumerable —sin necesidad de la luz miran a través de las profundidades de un espíritu amoroso— que llena un espacio más alto con inefable voluptuosidad. Alabada sea la reina del mundo, la alta mensajera de los mundos sagrados, la cuidadora del amor bienaventurado —te envía a mí, suave amada, querido sol de la noche— estoy en vela —pues yo soy tuyo y mío, me anunciaste la noche para la vida, me hiciste para la humanidad— consume mi cuerpo con ardor espiritual, que aéreo me mezclo contigo dentro de mí y eternamente prolongo la noche nupcial.

Traducción y nota introductoria
de Jorge Arturo Ojeda

II

¿Debe retornar siempre la mañana? ¿No tiene fin la fuerza terrestre? Desventurada agitación consume el vuelo de la noche. ¿No arderá eternamente la víctima secreta del amor? Medido fue el tiempo a la luz, pero el dominio de la noche no tiene espacio ni tiempo. Eterna es la duración del reposo, santo reposo —siempre agrada al consagrado de la noche en este día de trabajo terreno. Solamente los torpes te desconocen y no saben de ningún sueño como el de las sombras, el que en aquel crepúsculo de la noche verdadera compasivamente nos envías. No te sienten en el raudal dorado de las uvas, ni en el aceite milagroso del almendro, ni en el jugo marrón de la amapola. No saben que eres quien mueve el pecho suave de la doncella y hace el regazo del cielo —entras libremente abriendo el cielo de antiguas historias y traes la llave a las habitaciones de los bienaventurados, mensajero callado de infinitos misterios.

III

Un día en que se derramaban amargas mis lágrimas pues en dolor desatada se disolvía mi esperanza, solitario estaba yo de pie frente a la tumba que en la colina árida ocultaba en el espacio angosto y oscuro la imagen de mi vida —solo como no lo estaba ningún solitario, movido por un miedo inefable— sin fuerza, con la suma de la miseria. Buscaba ayuda a mi alrededor y no podía ni avanzar ni retroceder, y pendía de la vida fugaz que se apagaba con anhelo infinito: entonces cayó de la lejanía azul, desde la altura de mi antigua bienaventuranza una tormenta crepuscular y de una vez rompió el lazo del parto, la cadena de la luz. Volando se elevó la magnificencia terrena y mi pena con ella —fluyó la melancolía a un nuevo mundo insondable— tú, entusiasmo nocturno, sueño celeste, viniste a mí, la comarca se elevó lentamente; sobre la comarca flotaba suelto mi espíritu recién nacido. La tumba en la colina se hizo una nube de polvo —a través de la nube miré los rasgos

transfigurados de la amada. En sus ojos descansaba la eternidad —tomé sus manos y las lágrimas fueron una atadura indesgarrable y refulgente. Los milenios se trasladaron hacia la lejanía como borrasca. Lloraba yo en su cuello arrebatadas lágrimas por la nueva vida. Era el primero y único sueño— sentí entonces fe inalterable y eterna en el cielo de la noche y en su luz, la amada.

IV

Ahora sé cuándo llegará la última mañana —cuando la luz ya no ahuyente la noche ni el amor— cuando el letargo eterno y sólo un sueño inagotable y único sea. Siento en mí el cansancio celeste. Dilatada y fatigosa me fue la peregrinación al Santo Sepulcro apretando la Cruz. Los arcos de cristal, todos los sentidos indistintos, remoja en el seno oscuro del túmulo, a cuyos pies se quiebra el oleaje terrestre, quien los probó, quien estaba sobre la montaña de los límites del mundo y miró hacia la nueva tierra, en la residencia de la noche —en verdad no retornó al sacudimiento del mundo, al territorio en que mora la luz con eterna intranquilidad.

Arriba se construyen chozas, chozas de la paz, anhela y ama, levanta la mirada hasta que la bienvenida de todas las horas baja hasta él en el manantial —por encima navega lo terrestre rezagado por tormentas, pero lo que se consagró con el toque del amor fluye suelto por trechos ocultos hacia otra comarca donde se mezcla como perfume con el amor dormido. Tú despiertas, luz vívida, a los fatigados al trabajo, viertes vida feliz en mí —pero no me desprendes del recuerdo musgoso. Con gusto quiero tocar las manos laboriosas, ver todo alrededor, donde tú me necesitas, elogiar la suntuosidad de tu esplendor, perseguir infatigable tus hermosas obras de artificio, contemplar con gusto el paso exacto de tu reloj poderoso y brillante —penetrar en la proporción de las fuerzas y las reglas del prodigioso juego de incontables espacios y tiempos. Pero mi corazón secreto permanece fiel a la noche y a su hijo, el amor productivo.

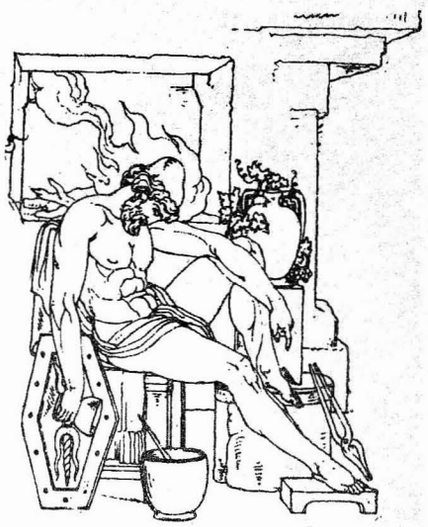
¿Puedes mostrarme un corazón eternamente leal? ¿Tiene tu sol ojos amistosos que me reconozcan? ¿Toman tus estrellas mi mano que solicita? ¿Me devuelven el suave apretón y la palabra cariñosa? ¿Le has dado a Ella contorno y colores ligeros —o bien dio Ella a tu atavío alta y querida significación? ¿Cuál voluptuosidad, cuál gozo ofrece tu vida, que compensaran los arrebatos de la muerte? ¿No trae el color de la noche todo lo que nos entusiasma? Te trae maternal y le agredeces toda tu magnificencia. Te disiparías en ti misma, te desharías en el espacio sin fin si ella no te sostuviera, te envolviera para que estuvieras tibia, y llameante engendraras el mundo. Yo era en verdad antes de que tú fueras —la madre me mandó con mis hermanos a habitar en el mundo, a curarlo con amor y que fuera un eterno símbolo visible— a plantarlo con flores inmarcesibles. Aún no maduraban esos pensamientos divinos —aún son pocas las huellas de nuestra manifestación. Una vez muestra tu reloj al fin del tiempo, cuando seas como uno de nosotros y llena de anhelo y fervor te apagues y mueras. En mí siento el fin de tu agitación —libertad celeste, venturoso retorno. Con salvajes dolores siento tu lejanía de nuestro hogar, tu resistencia al cielo antiguo y magnífico. Tu furor y tu cólera son en vano. La cruz se yergue ardiente sin consumirse, bandera que bendice nuestra estirpe.

Subo peregrino
y cada dolor
a la voluptuosidad
será un aguijón.
Aún poco tiempo
y desatado estoy,
y quedo ebrio en el seno
del amor.
La vida infinita oscila
con fuerza en mí,
desde la altura
te miro.
En aquella colina
se extingue tu brillo—

una sombra trae
la corona fría.
Oh, Amado, absórbeme
poderoso
que puedo dormirme
y amar.
De la muerte siento
el agua que rejuvenece—
bálsamo y éter
se hace mi sangre.
Vivo de día
con valor y fe
y muero de noche
en santo fulgor.

V

Sobre el extenso linaje humano dominaba en otros tiempos un destino férreo con silencioso poder. Un lazo fuerte y oscuro circundaba su alma recelosa. Infinita era la tierra —residencia de los dioses y patria suya. Desde la eternidad se levantaba su edificio secreto. Sobre las montañas rojas de la mañana, en el seno sagrado del mar habitaba el sol, la vívida luz que todo lo enciende. Un viejo gigante transportaba al mundo venturoso. Bajo las montañas yacían los hijos prístinos de la madre tierra. Impotentes en su furia destructora contra la nueva y magnífica estirpe divina y contra sus familiares, los hombres felices. La profundidad verde y oscura del mar era el regazo de una diosa. En las grutas de cristal holgaba un pueblo opulento. Ríos, árboles, flores y animales tenían sentidos humanos. El vino sabía dulce, escanciado por la juventud plena, un dios en las uvas, una diosa amante y maternal crecía henchida de gavillas doradas, la santa embriaguez del amor servía a la hermosísima esposa divina, una fiesta perdurable y colorida embriagaba la vida de los niños celestes y de los habitantes terrenales como una primavera a través de los siglos. Todas las especies honraban con sencillez la llama suave y múltiple como lo más elevado del mundo. Sólo había un pensamiento, una pavorosa imagen soñada,



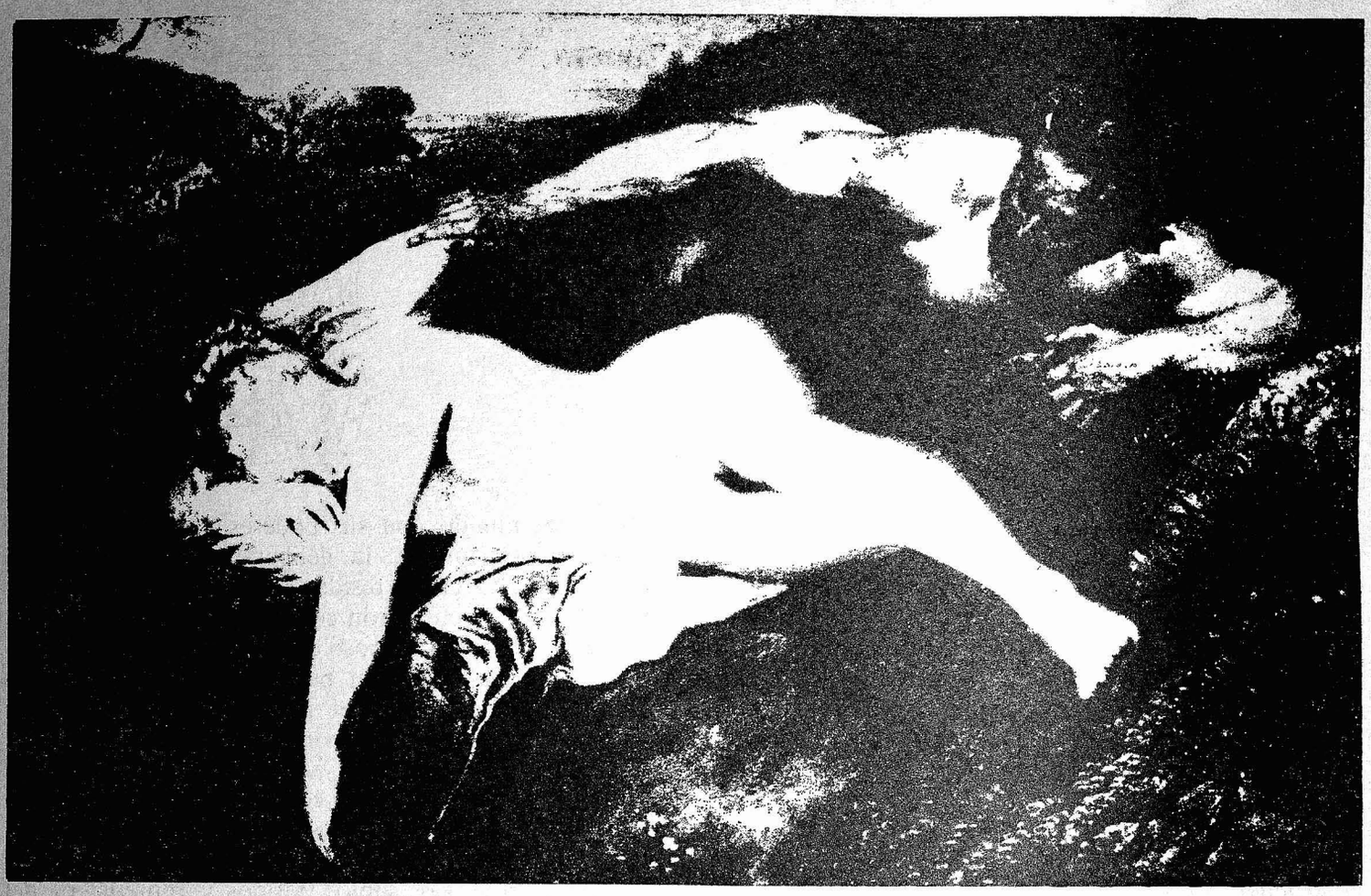
que horrible entró a las mesas alegres
y cubrió el ánimo de espanto salvaje.
Los mismos dioses no sabían palabra alguna
que consolara el pecho angustiado,
era secreto el sendero de esa hostilidad,
ni súplica ni ofrenda sosegaban ese furor;
era la muerte que interrumpía el placer y la orgía
con miedo y con dolor y con lágrimas.

Separado eternamente de todo
lo que incita al corazón con voluptuosidad,
separado de los amados que en este mundo
se mueven por el dolor largo y el cargado anhelo,
apareció el sueño abatido que el muerto conoce,
desmayada lucha sólo impuesta a él.
Quebrado estaba el arco del gozo
en la roca del disgusto infinito.

Con espíritu audaz y ardor sensible
el hombre embelleció su horripilante máscara—
Un suave joven apaga la luz y reposa—
suave es el fin como un soplo en el arpa.
El recuerdo se derrite en el fresco río de sombras,
así canta la canción a la triste necesidad.
Indescifrable fue la noche eterna,
signo grave de una fuerza remota.

En el fin se inclinó el mundo viejo. Se marchitó el jardín de delicias de la estirpe joven —hacia el espacio desierto y frío avanzaban hombres precoces y crecientes. Los dioses desaparecieron con su cortejo. La naturaleza quedó solitaria y sin vida. Con una cadena de hierro se ciñó el número árido y la medida estricta. La inconmensurable flor de la vida se desbarató en oscuras palabras como en polvo y en aire. La creencia jurada había huido, y también la de múltiples transformaciones, la fraternal, celeste compañera, la Fantasía. Un viento frío del norte sopló con hostilidad sobre el oleaje congelado y la patria maravillosa se disipó en el éter. Las lontananzas del cielo se llenaron de mundos brillantes. Hacia el santuario profundo, hacia las entrañas del espacio se trasladó el alma del mundo con sus poderes —a imperar allá hasta el principio de la deliberación magnífica del mundo. La luz era la residencia de los dioses y símbolo del cielo. Se cubrieron con el velo de la noche. La noche fue el seno poderoso de la revelación —a él volvían los dioses, dormían para brotar en nuevas formas magníficas sobre el mundo cambiado. En el Pueblo que despreciado por todos fue precoz y a la inocencia venturosa de la juventud había sido ajeno, apareció el mundo nuevo con un rostro nunca antes visto —en la pobreza de la cabaña hermosa. Un hijo de la primera virgen y madre —fruto infinito de un abrazo secreto. Los sabios floridos y reprensivos del Oriente reconocieron antes que nadie el principio del tiempo nuevo. Una estrella mostró el camino a la cuna humilde del Rey. En nombre del vasto futuro le tributaron esplendor y perfume, las mayores maravillas de la naturaleza. Solitario se desenvolvía el corazón celeste hacia un cáliz florido de amor todopoderoso —vuelto al alto rostro del padre y tocando el pecho venturoso y severo de la madre grave y amorosa. Con fervor divinizado, los ojos del niño floreciente presagiaron los días futuros a sus amados, los retoños de su raza, sin cuidar del destino de sus días terrenales. Pronto se reunieron los espíritus infantiles del amor interior maravillosamente enternecidos a su alrededor. A su lado germinaba la nueva vida en forma de flores. Las palabras inagotables y felices del mensajero cayeron como chispas de un espíritu divino, desde sus labios amistosos. Desde costas remotas, nacido bajo el cielo claro de la Hélade, llegó un cantor a Palestina y ofrendó su corazón al niño maravilloso:

Tú eres el zagal que desde hace mucho tiempo
está sobre nuestras tumbas con pensamientos
hondos;
señal de consuelo en la oscuridad—
comienzo feliz de humanidad elevada.
Lo que nos hundió en profunda tristeza
con suave anhelo nos aleja de aquí.
La vida eterna conoció la muerte,
eres la muerte y nos das la salud.

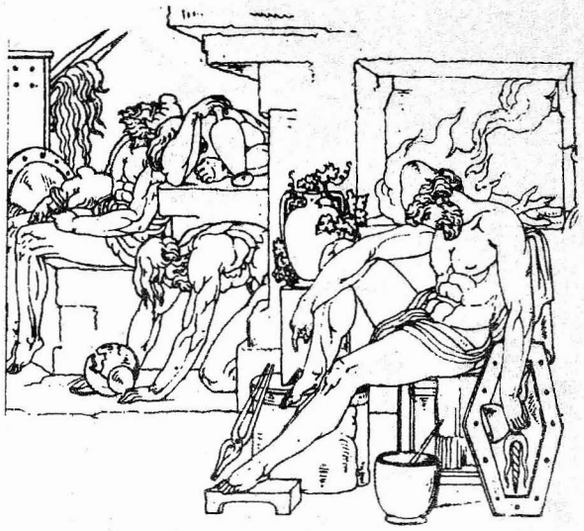


Lleno de felicidad se fue el cantor al Indostán, derramando el corazón ebrio de dulce amor en cantos de fuego bajo ese cielo suave en que mil corazones hacia él se inclinaban, y el mensaje crecía con millares de ramas. Después de que el cantor se despidió, la vida deliciosa fue víctima del hondo derrumbamiento humano. Murió en los años mozos, arrancado del mundo que amaba, de la madre en llanto y de los amigos temblorosos. La boca dulce bebió el cáliz oscuro de las penas inefables. Con miedo horrible se aproximó la hora del nacimiento del mundo nuevo. Hizo resonar con dureza el horror de la vieja muerte. Sobre él pesaba mucho el mundo antiguo. Una vez más miró afectuoso a la madre —entonces llegó la mano resuelta del amor eterno— y él durmió. Durante pocos días cubrió un velo profundo al mar que bramaba y a la tierra trémula, incontables lágrimas lloraban los amantes. Descubierto estaba el secreto, espíritus celestiales levantaron la antiquísima piedra de la tumba oscura. Los ángeles se sentaron alrededor del dormido —de sus sueños construidos levemente— despierto en la nueva magnificencia divina, escaló la altura del mundo recién nacido, sepultó con sus propias manos el viejo cadáver en la cueva abandonada y encima colocó, con manos todopoderosas, la piedra que ninguna fuerza levanta.

Tus bienamados lloran lágrimas de alegría, lágrimas de emoción y de infinito agradecimiento a la orilla de tu sepulcro, con alegría y sorpresa te ven resucitar y a sí mismos contigo; te ven llorar con dulce devoción en el pecho venturoso de la madre y volverte grave con los amigos, decir palabras como arrancadas del árbol de la vida; ven que te apresuras anhelante a los brazos del padre llevando a la humanidad joven y el recipiente inagotable del futuro de oro. La madre te seguía, en triunfo celeste fue la primera contigo en el nuevo hogar. Transcurrió largo tiempo desde entonces; en perdurable y alto resplandor se agitaba tu nueva creación, y desde los dolores y los martirios, millares fueron hacia ti llenos de ansia, de fe y de fidelidad —peregrinan contigo y con la Virgen celeste en el reino del amor, sirven en el templo de la muerte celeste y son tuyos en la eternidad.

Alzada está la piedra—
la humanidad ha resucitado—
nosotros somos tuyos
sin ataduras.
La aflicción otoñal vuela
por tu corteza de oro
cuando la tierra y la vida se retiran
en la Última Cena.

A los esponsales llama la muerte—
las lámparas arden claras—



las vírgenes ocupan su sitio,
hay suficiente aceite—
resuene en la lejanía
todavía tu arrebato
y nos llamen las estrellas
con lengua humana y sonido.

Hacia ti, María, se eleva
un millar de corazones.
En esta vida de sombras
te requieren sólo a ti.
Con ansiedad esperan
convalecer.
Acógelos, santa criatura,
en tu pecho fiel.

Así algunos se consumen
ardiendo en tortura amarga
y huyen de este mundo
dirigiéndose a ti,
que salvadora te mostraste a nosotros
en el dolor y en la necesidad—
ahora vamos
para quedarnos eternamente con ellos.

No llora con dolor a ninguna tumba
quien ama con fe.
A nadie le robarán
la dulce tenencia de amor—
para mitigarle la ansiedad
la noche lo extasia—
fieles niños del cielo
cuidan su corazón.

Confiada, la vida marcha
hacia la vida perdurable;
dilatada en el interno ardor
se transfigura nuestra mente.
El universo de estrellas se deslíe
en el vino dorado de la vida,
lo gozaremos
y seremos estrellas.

Se dio el amor libremente
y no hay ya separación.
Fluctúa la vida entera
como mar infinito.
Sólo una noche de placer—
un poema eterno—
y nuestro sol total
es el rostro de Dios.

VI

Anhelo de la muerte

Descender al seno de la tierra,
lejos del reino de la luz,
el golpe salvaje y el furor doloroso
son señal de un viaje feliz.
Pronto llegamos en la barca estrecha
a la ribera del cielo.

Alabada sea la noche eterna,
alabado el eterno sueño.
El día nos dio calor
y la pena larga nos marchitó.
No deseamos ya las tierras extranjeras,
queremos ir a la casa del padre.

Qué debemos hacer en este mundo
con nuestra lealtad y nuestro amor.
Lo viejo se posterga,
qué será pues lo nuevo.
¡Oh!, solo y conturbado está
quien ardiente y devoto ama el tiempo pasado.

El tiempo pasado en que los pensamientos
ardían claros en llamas elevadas.
Los hombres aún reconocían
el rostro y la mano del padre.
Con alto sentimiento, ingenuamente
alguno todavía se asemejó a su imagen primera.

El tiempo pasado en que aún brillaban
estirpes prístinas y floridas,
y los niños pedían para el reino de los cielos
tortura y muerte.
Y cuando aún hablaba el deseo y la vida
algún corazón estalló en amor.

El pasado tiempo en que Dios mismo
se daba a conocer en juventud llameante
y a la muerte temprana con ansia amorosa
consagró su dulce vida.
Y miedo y dolor no evitó
para sernos más querido.

Con recelo y añoranza lo vemos
oculto en la noche oscura,
en esta temporalidad
no se calma la sed.
Debemos ir al hogar
y ver ese santo tiempo.

Detienen nuestro retorno
los más amados, que aún reposan.
Su tumba cierra nuestro camino de la vida,
ahora tenemos dolor y miedo.
Nada hay más que buscar—
el corazón está saturado— el mundo, vacío.

Infinita y secreta nos baña
una dulce tormenta,
oigo retumbar en las hondas distancias
un eco de nuestra tristeza.
Los bienamados también añoran
y nos envían el aliento de la nostalgia.

Descender hasta la dulce novia,
a Jesús, el amado—
confiado, el crepúsculo ilumina
al amante afligido.
Un sueño rompe nuestras ataduras
y nos hunde en el regazo del padre.

El texto empleado para esta traducción fue:
"Hymnen an die Nacht", *Novalis Werke*, herausgegeben und kommentiert von Gerhard Schulz, Verlag C. H. Beck, München, 1969.

LA MATANZA DE LOS RUISEÑORES*

PAULO DE CARVALHO-NETO

Al vislumbrar el avance de la tropa, con esas campanas de la torre marcando las seis ¡la hora de la Virgen! , por el micrófono Carlet Otívar Pelahustán pidió " ¡Paz! ¡PAZ! " Los organizadores de la manifestación cantaron "America the Beautiful":

America, America
God shed his grace on thee,
And crown thy good with brotherhood
From sea to shining sea.

Ya no hubo arreglo. Lo que David Beckwith vio, en su alucinación, no fueron los nuestros queridos guardianes, sino los *Braun Hemden* del Führer: rubios, luciendo la swástica, coreando las marchas del Tercer Reich. Y hasta escuchó sus pasos de ganso y los tambores de invasión. En su confusión de ideas, se perfiló ante los cinco SS que se le aproximaban y, estirando el brazo garbosamente, les gritó con histeria: " ¡Heil Hitler! " Tres veces: " ¡Heil Hitler! " " ¡Heil Hitler! " "Hel Hi. . ." Ya en la tercera lo cubrieron a garrotazos. El Negro cayó al suelo tapándose la cabeza con los antebrazos y le aplicaron patadas en los riñones, luego lo atraparon, jalando su hermosa cabellera de Black power. Y se lo llevaron así hacia afuera, arrastrado por la melena.

Jack the Ripper irradió su trágico mensaje al Jefe de Policía: QHH, QQJ. El jefe oyó el mensaje QHH, QQJ, llamó a su ayudante y preguntó si había algún nuevo código secreto. Y al ser informado que no, pidió al mayor Jack the Ripper que se hiciera más claro.

—Pero si está clarito, mi jefe —le dijo por la radio— QHH quiere decir "Quien Huyó, Huyó" y QQJ quiere decir "Quien Quedó se Jodió".

■

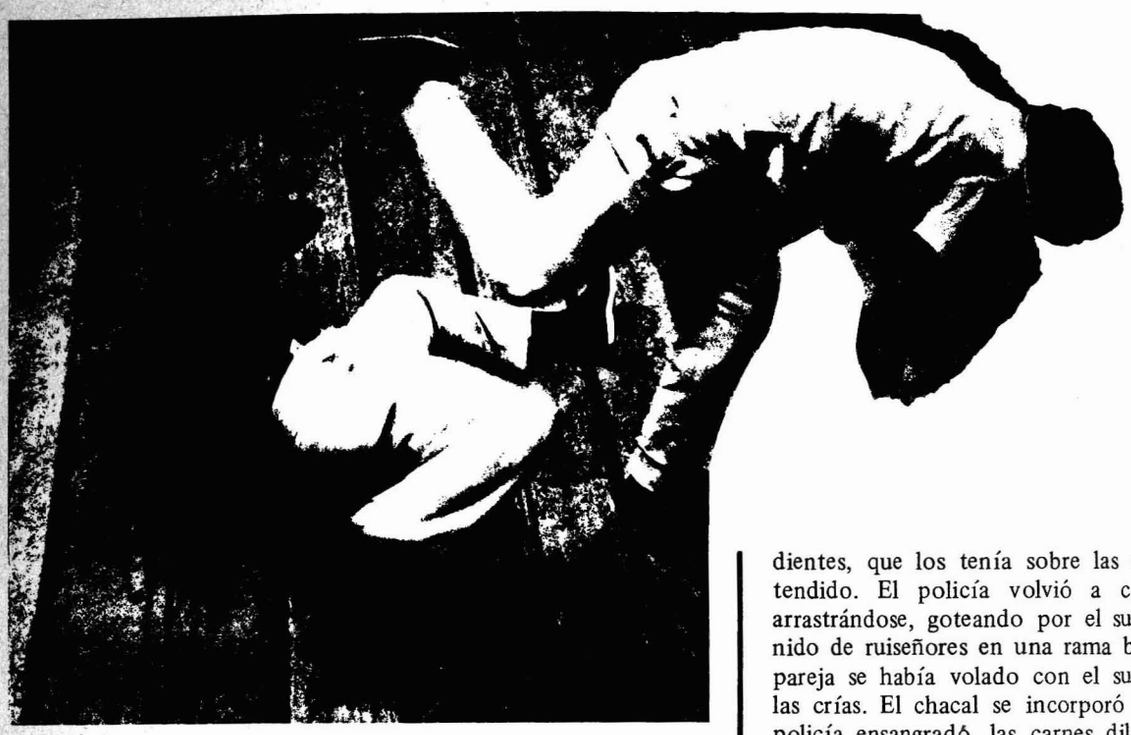
Perisinho tampoco vio las cosas con claridad. En su nerviosismo, sus ojos se nublaron y esos gringos de uniforme se transformaron en los gorilas de la tierruca. Doscientos estudiantes desnudos colgaban cabeza abajo de los "palos de arara", las manos amarradas a los tobillos y los maderos del tormento guindándolos por el ángulo de las rodillas. Los estaban sofocando con agua vertida hacia adentro de las narices inclinadas al revés. A uno lo vio en carnes vivas; lo remolcaban por una piola atada a los testículos, los puños encadenados por detrás. Tres mamelucos violaban a su mujer en el suelo. La orquesta disonante de los gritos de lamentaciones de odio y dolor, por un instante abafó el ruido de los helicópteros. El Gipsy Wagon era el cráter de un volcán hirviente, lleno de diablos y víctimas en gran actividad. El brasileño olvidó el idioma inglés y el idioma español: comenzó a gritarles en portugués: FILHOS DAS PUTAS! NÃO SERÃO PERDOADOS! A LIBERDADE CHEGARÁ! ABAIXO A DITADURA MILITAR! AO TRIBUNAL DO POVO COM OS ASSASSINOS! DESPERTA BRASIL! BRASIL! BRASIL! BRASIL! En eso un verdugo le baja la macana en su cara, rajándole la boca; lo giró y lo sujetó con las argollas.

De lejos Mermaid notó cuando llevaban a Perisinho, empujándolo a punta de metralleta. Estaba en un grupo de mujeres, gritándoles "chanchos" en las caras a los milicos: PIGS! PIGS! PIGS! Leopardas en la selva, desafiando a orangutanes. Luego les enseñaron un puño cerrado, pero no en amenaza, sino a modo de protesta. Y eso más los enardecía. Cuando desde allí divisó a Perisinho con la faz ensangrada, acudió en defensa del compañero. Ignacio Garaicoa El Indio la distinguió por su remiendo de bandera en los pantalones. Mermaid llegó por detrás del cabo que arrestaba a Perisinho. Cosas de mujer: se tiró sobre la nuca del esbirro, apartándolo hacia un lado y enganchó su brazo en el de Perisinho, corriendo los dos en fuga desesperada. La descarga de metralleta espantó los últimos pájaros del Gipsy Wagon; abandonaron las arboledas, revoloteando en bandas desorientadas. Mermaid estancó en su corrida, retorciendo la espina hacia atrás y cayó doblándose las piernas. Perisinho giró dos veces y se acabó como un trompo, remolineándose sobre el suelo.

■

Tal como lo vio el Indio Garaicoa, al ser baleada Mermaid se transformó en Isadora Duncan. Era su pasión. El mundo silenció. Y el correteo y los maltratos pasaron a cámara lenta. La sublime Isadora, vistiendo una gasa de hilo blanco y sutil, dio vueltas vaporosas en el aire al compás de acordes en surdina. Al caerse, en la interpretación de ese baile final, Isadora tendió las manos hacia el cielo. Las aves que volaban perdidas bajaron a despedirse. Ya no hicieron caso a los militarotes. Eran tantas y eran tantas que los soldados se entablaron en lucha contra ellas. Un pájaro carpintero valiente se prendió contra las vértebras de uno y empezó a perforarle las espaldas; la víctima giró y giró, tentando zafarse, hasta caer, el corazón traspasado por el pico del vengador. Las cardelinas, los abejarucos, las primaveras, los azulejos, los canarios, los pintadillos, los pardales, los tordolocos, los azabaches, los toritos, los colirrojos. . . y hasta las mariposas formaron una muralla intrasponible alrededor de Mermaid y Perisinho. Chirridos de millones de garganticas. Todas las avecillas de California, ese preciso momento, abandonaron sus sitios y emprendieron vuelo hacia el Gipsy Wagon. No sabían porqué, obedecían al instinto. Los parques de Los Angeles se callaron. Los apacibles transeúntes sintieron la mudez de la atmósfera. Pensaron "Va a venir un temblor de tierra". Esa nube de aves sobrevoló downtown. El centro de la ciudad se oscureció. "Eclipse", dijeron otros. Dos

* Capítulo de la novela inédita *Los Ilustres Maestros*, Mención en el Premio Casa de las Américas, 1974.



enamorados agonizaban: Mermaid y Perisinho. Entonces fueron las lavanderas blancas de Cristo las que se encargaron de tenderles el manto, posándose miles de lavanderas sobre los cuerpos de los niños asesinados.

Fue así como Ignacio Garaicoa El Indio de los Andes, presenció esas muertes. Súbitamente, despertó del estupor. Y todos los movimientos readquirieron su velocidad normal. Y los pájaros desaparecieron. Sólo quedó vivo, vivísimo, el Gipsy Wagon transformado en el infierno, un infierno real, palpable, reciente. Tendidos al suelo, yacían Mermaid y Perisinho. Garaicoa El Indio sufrió la realidad. Gritó a voz a cuello, toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Mermaaaaid! ¡Mermaaaaid!

■

Ignacio Garaicoa El Indio sólo estuvo consciente algunos segundos, luego volvió a desvanecerse. Y la pesadilla siguió. Recuerda que había gritado: ¡Mermaaaaid! ¡Mermaaaaid!

Desde muy lejos Capricorn escuchó el nombre de su dueña. Estaba en otra parte del campus, jugando con un grupo de amigos, todos atraídos por una perrita salchicha interesante. Ese perrazo alzó la cabeza, parando las orejas, más esbelto que un ciervo de las montañas. No pensó dos veces: se vino por ese campus inmenso corriendo y corriendo, zancadas de siete leguas, elegancia de galgo. Llegó en la mitad de la guerra. Derecho hacia el cuerpo de Mermaid. Y la olió, gimiendo. Y la llamó, y la lamió, ahí al lado de Perisinho. Quedó uivando desesperado. En eso pasaba cerca un escopetero, se detuvo y le pegó una patada sobre el hocico. El perro rebotó dos veces en el aire y cayó a distancia, pero armado para la revancha. A los ojos de Capricorn, ese policía se transformó en un chacal. Estuvieron midiéndose, enseñándose los caninos, erizándose, gruñiendo. Entre ambos: Mermaid. El chacal carnicero hizo un gesto de sacarle un bocado al cadáver, a dentellada. La firmeza de Capricorn lo intimidó. Se dieron un giro sobre el cuerpo de la niña, el uno queriendo mordisquearlo; el otro, protegiéndolo. La ferocidad salvaje del chacal no vencía la fidelidad del perro doméstico. Hasta que se enredaron por el suelo, en furias atávicas, recordando eras prehistóricas. Mil Capricornes entraron en la carne de Capricorn para ayudarlo a vencer a la bestia. En ese momento, acudió otro policía, en defensa del chacal. Y blandió un cachetazo sobre el cuello del galgo. Capricorn aflojó los dientes, que los tenía sobre las coronarias del chacal, dejándolo tendido. El policía volvió a cachiporrearlo y el perro huyó arrastrándose, goteando por el suelo un hilo de sangre. Había un nido de ruiseñores en una rama baja de ese árbol ahí cercano. La pareja se había volado con el susto del estampido, abandonando las crías. El chacal se incorporó y volvió a ser un policía. Y ese policía ensangradó, las carnes dilaceradas, se fijó en el nido, a la altura de sus ojos. Aflojó un porrazo en la rama y ese nido se volcó por la mitad, cayéndose un hijuelo. Al verlo en el suelo, debatiéndose, le pegó tres taconazos, con el calcañar del pie derecho. La segunda cría se equilibraba en el nido semidestruido. Sonriendo Dios sabe qué risa, el Goliat la cogió en su manopla y la miró; el chiquitico ruiseñor, sin plumas, erguió el cuellito y abrió el pico, pidiendo comida. El gigante filesteo lo aplastó entre los dedos, lentamente...

Al volver a recomponerse, Ignacio Garaicoa El Indio no comprendió la matanza de los ruiseñores. Pensó: se habrá caído del árbol. Perisinho y Mermaid seguían en el mismo lugar, muertos. La violencia era una Reina. La reacción de Garaicoa El Indio fue muy normal; retiró el pingullo de adentro del poncho y lo moduló, medio desmemoriado. Los policías lo vieron; lo dejaron tocando su flauta, mientras el mundo se venía abajo.

■

Escurial de Armenia luchaba como un árabe: inventando escaramuzas y a los trucos. No lo agarraban. Con agilidad felina, se escurría por un lado, volteábase por el otro, saltaba mesas, tarzaneaba en las ramas, contorneaba árboles... Llegó a gatearse por entre las piernas de un sargento mareado, sin darle tiempo a razonar. A los que se perdían con sus acrobacias, los karateaba en la nuca o en las huevas. Hasta cuando se juntaron diez centuriones y lo cercaron. Entonces se quitó el turbante y se paró como Jesús en la montaña, sublime en su manto largo, su barba al viento, su cabellera suelta. Y, pacíficamente, permitió que los romanos lo tomaran prisionero. "Ser arrastrado como una oveja al matadero. Isaías, Capítulo 53, versículo 7." "He then let himself be brought just like a sheep to the slaughtering, so he openeth not his mouth." Primero lo maniataron y luego... se repitió el calvario. Tres veces cayó el Jesús de Nazaret, tres veces cayó el Jesús de la Universidad. Al pasar ante los cadáveres de Mermaid y Perisinho se detuvo, silencioso y les habló como suele hablar el Señor: con la voz del corazón.

Desde la tribuna, Carlet Otívar Pelahustán y Lenín Saldarriaga y Avilés asistieron a toda la batalla campal, embrutecidos, debilitados, castrados. Como los generales de las pugnas antiguas: sin entrar en acción corporal. Subieron tres tenientes, los apuñaron con las cadenas y se los condujeron.

DAIGAKU JORIGUCHI

LA SEMANA TRAGICA

Un poeta japonés de 19 años, hijo de un ministro comisionado por su país en México, llegaba aquí a fines de diciembre de 1911. Fue así como pudo ser testigo del proceso de sublevación del General Huerta contra Francisco Madero. Testigo y cronista. Años después, en 1948, su relato aparecería dentro de un libro suyo de poesía y ensayo, titulado Un ramillete blanco.

*Daigaku Joriguchi nació en Tokio en 1892. Perteneciendo a una familia de diplomático, tuvo oportunidad de comenzar el aprendizaje del inglés a los seis años, cosa muy infrecuente en el Japón de aquellos tiempos. Desde adolescente se aficionó a leer y escribir poemas al estilo japonés (*tanka*). Se adscribió al* Shin-shisha *(Grupo de la Poesía Nueva), dirigido por Tekkan Yosano, uno de los autores de* tanka *más importantes de la Epoca Meidyi (1868-1911).*

Joriguchi abandonó a medias la carrera de Letras Francesas que cursaba en la Universidad de Keio para reunirse con su padre, Kamaichi, en la capital de México, donde éste ejercía funciones ministeriales en la legación japonesa de la Plaza de Orizaba.

México era el primer país extranjero que visitaba Joriguchi. Y aquí inició el aprendizaje del francés con una maestra mexicana, la señorita Camacho. Ya se sabe que hablar francés era por entonces requisito indispensable para ingresar en la alta sociedad mexicana. Pero lo importante es que el conocimiento de este idioma jugó papel decisivo en la vida del escritor japonés. Aunque algunos de sus poemas constituyen una cima en la poesía moderna de Japón, de hecho es más conocido como traductor de literatura francesa que como poeta. Sobre todo su libro de traducciones titulado Un rebaño bajo la luna *(1925), donde aparecían poemas franceses desde Baudelaire y Verlaine hasta Apollinaire y Cocteau, representó un impacto de suma trascendencia para el desarrollo de la propia poesía japonesa.*

Al publicar por vez primera en español las dos partes de la crónica de Joriguchi, creemos agregar páginas de cierto interés a la historiografía de la Revolución Mexicana.

Ciudad de México, 11 de febrero de 1913. Un día despejado. Durante ocho horas, desde las diez de la mañana hasta las seis de la tarde, el combate urbano ha sido feroz. Según los informes, el número de muertos se elevó a 300 y el de heridos a 500. El ejército legítimo asedió por tres lados al ejército rebelde, cuyo cuartel general estaba en el cuartel de artillería. Ya entrada la noche, quizás para respetar el pacífico sueño de los ciudadanos, ambos ejércitos suspendieron el ataque. Toda la ciudad está envuelta en tinieblas, sin una sola luz en las calles, por donde nadie transita. A ratos se oyen muy de cerca disparos de escopeta. El ruido resuena en el cielo oscuro, bajo las estrellas.

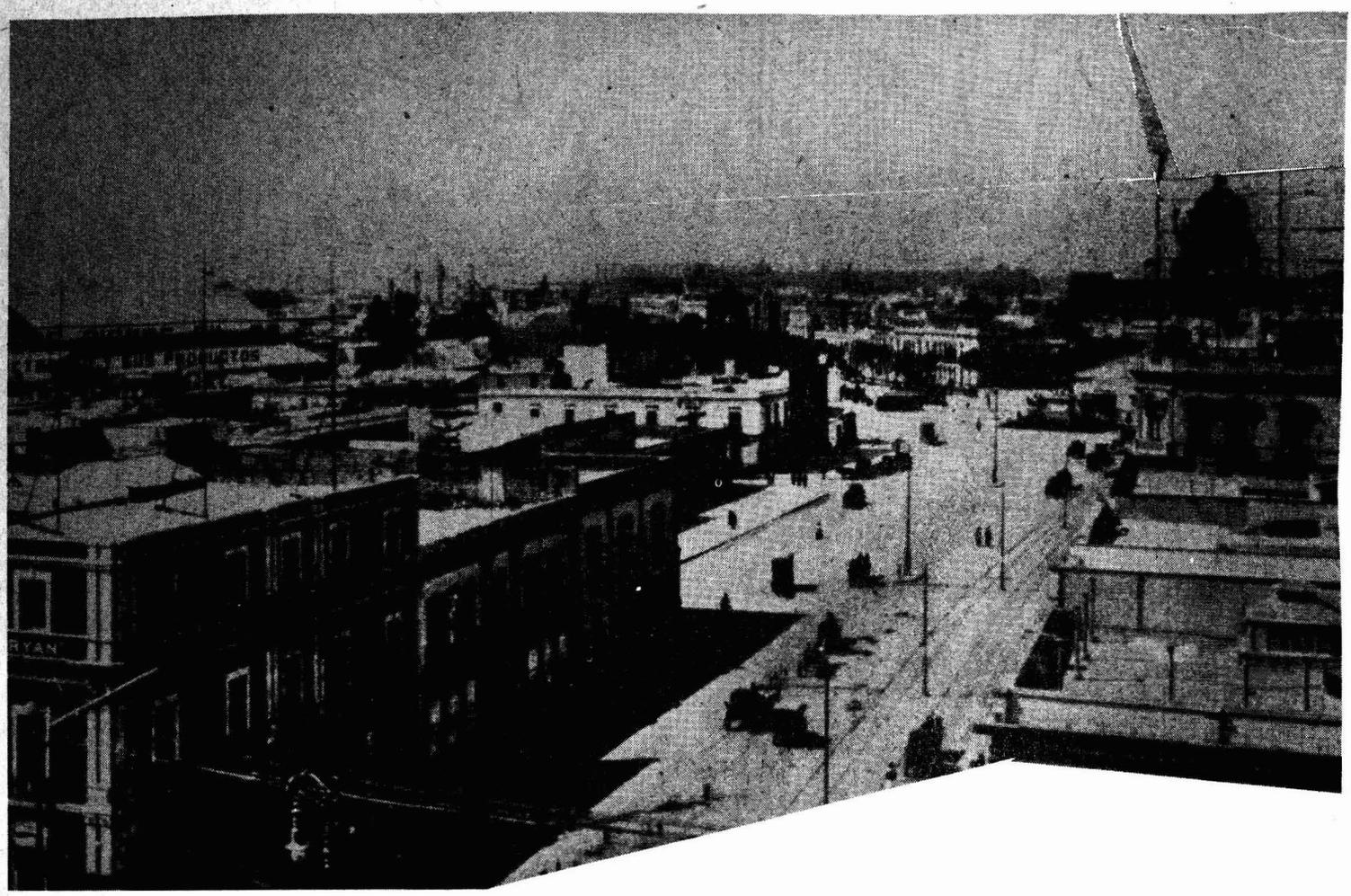
12 de febrero, martes. Me despertó, rompiendo mis sueños, un cañonazo. Eran las siete. Estaban disparando en ambos lados, haciendo temblar cielo y tierra con los estampidos. Parece que hubiera más cañones que ayer. Me levanté pensando que éste sería el último y decisivo día del combate. Un día precioso. Sería más divertido, en un día así, salir al campo a jugar polo. Los dos o tres primeros días me divertía la guerra como curiosidad, pero ya empiezo a aburrirme y quiero que dejen de pelear. Hay razones para ello. Desde ayer comienzan a escasear, poco a poco, diversos artículos. Tanto la carne y el pescado como las legumbres tienen que ser conseguidos por los japoneses a costa de jugarse la vida, pues hay que correr bajo una lluvia de balas hasta la vecina ciudad de Tacubaya. Regresan con el coche lleno de provisiones, compradas a todo riesgo, pero es tan grande el número de personas que las consumen, que se acaban en un instante. De ida como de vuelta, sólo el chofer levanta la cabeza; los demás van agachados en el suelo del automóvil, por el peligro de que los alcancen los disparos o las balas perdidas. El peligro es muy real. A cada regreso en automóvil, al revisar la carrocería, siempre se descubren unos tres rastros de proyectiles. Los propios japoneses que acudieron a la legación a los inicios de la rebelión desearon cumplir con ese arriesgado oficio de ir a Tacubaya diciendo: "Ahora me toca a mí", "No, tú ya fuiste ayer; hoy es mi turno".

Aún más peligroso es ir a poner los telegramas. La oficina cablegráfica está en el centro de la ciudad, donde también tenía lugar la batalla. Imposible llegar en automóvil a ese lugar, pues 105 soldados de ambos ejércitos tiraban al mismo tiempo al observar el paso de cualquier coche. Tanto el motor como el chofer se convertían de inmediato en un nido de abejas. Sin embargo, había que enviar por lo menos un telegrama diario para informar de la situación. De esta peligrosa misión se han encargado los hombres más sobresalientes entre los japoneses que residen en esta ciudad; los señores Takagui, Onodera, Terui y el doctor Suzuki se han alternado para atravesar el frente de batalla sobre esa cuerda floja. Han tenido que ir y regresar a pie por esos cuatro kilómetros, la mitad de los cuales pertenece al centro del combate. A veces se deslizaban por las paredes callejeras como lagartijas, otras veces se escondían en los portales para evitar las balas, y siempre se dilataban entre dos o tres horas.

Un día, el señor Terui, que había salido como a la una, no regresaba cuando ya era el anochecer; toda la gente se asustó creyendo que lo habrían asesinado. Afortunadamente regresó sin novedad. Según él, aprovechó la oportunidad para observar la situación. Las personas que habían estado realmente preocupadas se enfurecieron en serio, pero como él se sentía tan a gusto, no

Presentación y traducción de Atsuko Tanabe.

Atsuko Tanabe ■ *(Hyoso, Japón) Estudió letras en la Universidad Kwansei Garium, tiene la licenciatura de estudios orientales y la maestría de estudios latinoamericanos en la UNAM. Ha publicado en varias revistas Latinoamericanas y Japonesas. Actualmente es profesora y coordinadora del departamento de lenguas Asiáticas CELE. UNAM.*



llegaron a pelearse. Según el propio señor Terui, en las cercanías del centro de la ciudad se veían muchos cadáveres tirados por aquí y por allá como troncos, y casi la mitad de ellos eran de mujeres y niños. Al escuchar este relato, otros mostraron deseos de verlo todo con sus propios ojos. Preguntaron al ministro repetidamente si no había telegramas por despachar. A pesar de que las legaciones de otros países tenían también necesidad de mandar telegramas de información a su respectivas naciones, nadie quería ir a la oficina cablegráfica. Menos belicosos por un lado; por otro, eran más cobardes. No, sería falso llamarles cobardes. Lo que pasa es que no poseían el salvaje valor de los japoneses. En suma, ellos eran sabios. Por eso no intentaban acercarse al peligro. Por eso no podían llegarse hasta la oficina cablegráfica... Sin embargo, unos y otros telegramas debían ser despachados. Tal era el problema. No había otro remedio.

Mientras tanto se difundió un rumor entre los diplomáticos de otros países: que la legación japonesa ponía por lo menos un telegrama cada día en la oficina. Entonces venían a la legación japonesa, agitando cada quien en su mano los telegramas que se habían ido acumulando desde días atrás, y diciendo: "Por favor, se lo encargo atentamente." Pero el combate se intensificaba, y se hacía más y más arriesgado mandar a alguien a aquella oficina. Ahora cada paso a lo largo de los cuatro kilómetros significaba jugarse la vida. A pesar de ello, ya no se podía decir a los extranjeros que la cosa era imposible por tan peligrosa... El espíritu japonés resulta inconveniente en tales circunstancias. Pero ni modo, si es como una enfermedad. Por esta vez, el alma invencible ganó al cielo y al hombre. Durante los diez días de la batalla urbana, sin faltar uno solo, se despacharon por lo menos uno o dos telegramas mediante un valiente mensajero.

El día 12 seguían los cañonazos. Ese día, unas cuatro balas perdidas penetraron por primera vez en la legación japonesa. Una de ellas se metió en una recámara, rompiendo el cristal de una ventana. Por fortuna no hubo daños ni para la gente ni para los animales. La señora Madero pasó la noche anterior a la residencia oficial, llamada por el Presidente. Tal vez éste pensó que si los enemigos se enteraban de que su esposa estaba refugiada, lo tomarían como debilidad. Sus padres y sus dos hermanas permanecieron en la legación japonesa. Había rumores de que al día siguiente tendría lugar un combate más duro.

Jueves, 13. Un día claro. El ataque se inició a las siete de la mañana y prosiguió hasta las cuatro de la tarde.

Viernes, 14. También claro. Los ataques empezaron a las seis de la mañana. Igual que ayer, los estampidos han hecho vibrar el cielo y la tierra. Los disparos de ametralladora recordaban la lluvia de frijoles en un festival japonés; los cañones retumbaban como truenos. Realmente uno se sentía como ante un paisaje de incomparable magnificencia, majestad y heroísmo. No hay duda que la guerra es el drama supremo que el hombre alcanza a crear. A las dos de la tarde, mientras almorzábamos, se oyó tocar a rebato. Todos los presentes subieron a la azotea para ver el incendio. Apenas a cuatro cuadras se veía llena de humo negro la habitación del padre del Presidente Madero. La familia de Madero, que contemplaba el fuego implacable con estupefacción y en silencio, nos inspiraba lástima. Era obvio que los rebeldes habían provocado el incendio. El anciano matrimonio y sus dos hijas, aunque estaban naturalmente tristes viendo cómo se quemaban ante sus propios ojos valiosos muebles y otras pertenencias, procuraban recobrarse. Su actitud calmada impresionó hondamente a los presentes.

Esa noche, el ministro japonés se entrevistó con el ministro de

Relaciones Exteriores en la residencia de éste. Informó que el presidente estadounidense Wilson insistía en que se dejara desembarcar a los marinos norteamericanos, y que de otro modo no podría evitarse un choque entre la marina norteamericana y la mexicana. También nos dijo que el número de soldados muertos o heridos resultaba inesperadamente reducido –no más de diez por día– y que si bien se oía el estruendo de los cañones con mucha frecuencia, en realidad su eficacia era escasa, y no se sabía si al día siguiente el combate resultaría más decisivo. Parece que el ejército oficial, lo mismo que el rebelde, sostenía una batalla algo relajada. Aunque de todos modos hacían padecer a los ciudadanos inocentes. Tanto los comercios como los bancos habían cerrado desde hacía una semana. Unicamente las tiendas de comestibles abrían por unos treinta minutos al día a las siete de la mañana. Además, escaseaban las provisiones y los tenderos temían ser saqueados por los compradores, por lo cual se resistían a abrir sus establecimientos. El hambre invadía a los ciudadanos. Se suspendió el correo en toda la ciudad. Incluso los telegramas había que recogerlos en la propia oficina cablegráfica.

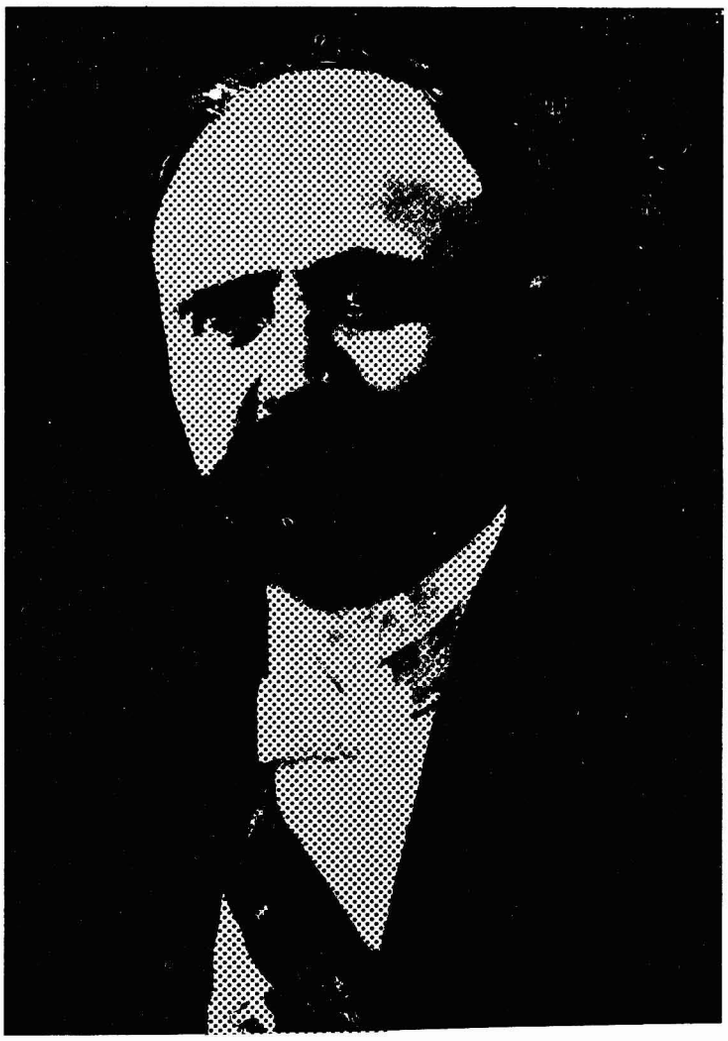
Durante todo el día se oían cañonazos. Según el informe oficial, había un total de 5,000 entre muertos y heridos. Lo curioso es que en este número, el 90% no eran combatientes. Es decir, la mayoría de esa gente murió por andar en la calle curioseando. Parece, según esto, que muchos mexicanos tienen espíritu japonés. ¡Vaya si son gente viril!

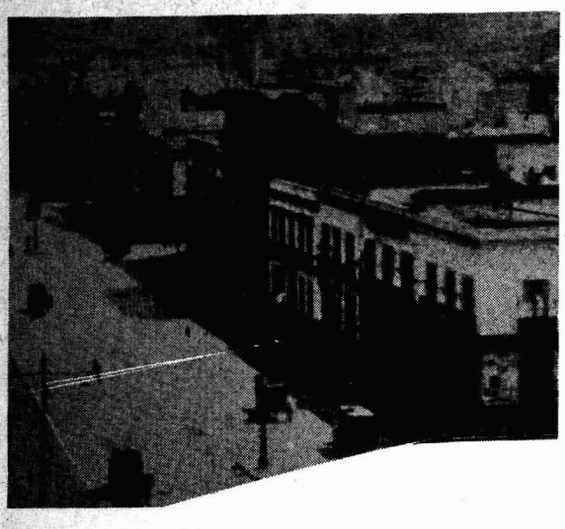
Algunas partes de la ciudad han quedado completamente destrozadas, bajo el fuego de los cañones. La mansión de la política Clara Scherer estaba completamente arruinada por los proyectiles directamente lanzados desde el cuartel de artillería. La señorita Carmen, hija de la señora Clara, me decía que había recogido unos cincuenta proyectiles en el jardín.

Se veían muchos cadáveres medio quemados a un lado de las calles. En el campo de Balbuena, todos los días, desde la mañana hasta la noche, se quemaban cadáveres, usando la llama del petróleo; cadáveres encimados de los soldados oficiales, de los rebeldes, de las mujeres, de los niños y de los curiosos espectadores. Se alzaban las llamas y olía a carne chamuscada. En ese sitio se concentraban también bastantes espectadores, algunos de los cuales picaban con un largo palo los carbonizados cadáveres. Un humo negro y lloroso subía al cielo despejado y azul.

Sábado, 15 de febrero. Bonito día, como de costumbre. No ha cesado el cañoneo desde las seis de la mañana, sin dejarme dormir. Los padres del Presidente se preguntan si no sería mejor mudarse a la residencia presidencial. El ministro japonés trata de persuadirles de que aún no sería oportuno. Por la tarde, vienen tres empleados de una tienda japonesa advirtiendo que por toda la ciudad corre el rumor de que los rebeldes van a quemar la legación japonesa, donde se protege a la familia Madero. El ministro japonés se guarda el secreto ante la familia Madero. Tal vez piensa que no debe asustar a los ancianos y a las mujeres, en tanto no se aclare la verdad de las cosas.

Luego, como hacia las seis de la tarde, llega el chofer del automóvil de los señores Madero comunicando el rumor de que esa misma noche los rebeldes van a atacar a la familia. Se propaga entre la gente la inquietud y el temor. No quieren problemas para la legación japonesa, pero les preocupa también retirarse de allí. Después de la cena, resuelven mudarse a la residencia presidencial de Chapultepec. El ministro japonés, para tranquilizar a los ancianos, decidió que les acompañara su propia familia. Eran como





las diez cuando en tres automóviles una veintena de personas partimos de la legación hacia la noche oscura. Todos íbamos agachados dentro del automóvil, unos encima de los otros, reteniendo el aliento. A menudo se oían disparos muy cerca y las balas pasaban cortando el aire. ¡Que horror! Cada vez que se oía el disparo, nos estremecíamos de susto. Por la calle sin luz ni sombra humana, con los faros apagados, los tres coches se precipitaron hacia Chapultepec como tres flechas.

La residencia presidencial, rodeada por el bosque, se yergue sobre una loma desde donde se ve toda la ciudad. Como no había una sola luz por temor al ataque del ejército rebelde, el palacio no era más que un laberinto para quien no lo conociera. De vez en cuando llamaban desde la legación japonesa para notificar sobre la seguridad del ministro y de todos los demás.

Por fin amaneció sin que los sublevados hubiesen incendiado la legación. La demagogia quedó en eso: en simple demagogia. Toda esa noche el ministro y unos veinte japoneses más la pasaron allí en vela, cada quien con su sable japonés a su lado. Y al amanecer, sin siquiera asomo de peligro, todos ellos, algo desencantados, durmieron a pierna suelta.

Lunes, 17 de febrero. Amaneció la inquieta noche en la residencia presidencial, donde medio dormimos temerosos, como rehenes. Hay una baranda encubierta con vidrio en una plataforma, y desde allí podíamos tener una vista panorámica de la ciudad. Ya levantado, estaba yo de pie allí mirando el claro paisaje matinal, cuando algo se introdujo rompiendo el vidrio con un leve ruido y cayendo a mis pies. Era una bala. Parece que con un telescopio alcanzaban a ver el movimiento de las personas desde el cuartel de artillería. ¡Vaya peligro! Asustado, me retiré del lugar.

La noche anterior se habían oído varios disparos. También ese día se disparaba desde las seis de la mañana, más fuerte que nunca. Sin embargo, mis oídos ya estaban acostumbrados y no me sorprendía. También esta segunda noche dormimos en el palacio con inseguridad.

Martes, 18 de febrero. Hubo incendios en la mañana pero menos amenazadores. Se me hizo raro. Luego se hizo la calma. Como a las dos de la tarde, llamó el ministro japonés ordenándonos que saliéramos de la residencia para regresar a la legación, porque había peligro. De nuevo nos dirigimos en automóvil hacia la legación con la familia del Presidente. Al llegar aquí, oí que el General Huerta, quien había merecido toda la confianza del Presidente Madero había repentinamente conspirado esa noche con los rebeldes para capturar al Presidente y a los miembros de la Cámara que se encontrasen en el Palacio Nacional, en calidad de presos. Fue el 1 de febrero cuando yo había conocido por vez primera al General Huerta, quien había sofocado las sublevaciones en el norte. El regreso triunfal de él y de su regimiento había sido celebrado con algarabía por los ciudadanos. Y ese día, el Presidente ofreció una recepción en el palacio de Chapultepec, como homenaje al triunfante general, y a ella fueron invitadas personas distinguidas y el cuerpo diplomático. El Presidente tomó de la mano al General Huerta y circuló entre los invitados diciendo: "Es mi héroe", como presentación. Era un hombre corpulento, con lentes oscuros sobre su semblante bilioso; un tipo sospechoso. Sus manos eran odiosas. Ese "héroe" capturaría menos de veinte días más tarde a Madero, traicioneramente, en complot con los sublevados.

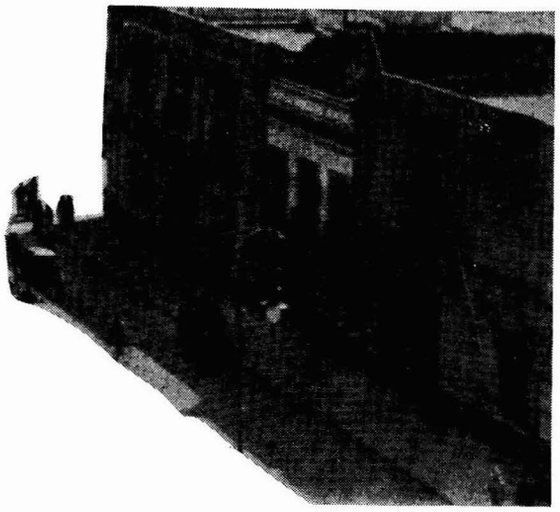
Miércoles, 19 de febrero. Pasé el tiempo consolando a la afligida familia. Se decía que el Presidente, al ser presionado a renunciar, insistió en que no lo haría aunque lo matasen. Las personas conocedoras del carácter del Presidente comentaban que todo ello era cierto. Por eso también se agudizaba la preocupación por su seguridad.

Por la tarde llegó el aviso de que el embajador Gustavo Madero, hermano del Presidente, quien iba a partir hacia Japón en breve, había sido atrapado y asesinado a las dos de la noche en el cuartel de artillería. No podía yo encontrar palabras para aliviar la aflicción de sus padres y hermanas. Encerrados en un cuarto, no hacía más que llorar, abrazándose entre sí.

Nos informaron que esa noche, a las nueve, el Presidente partiría en tren hacia Veracruz, como desterrado. Bueno, al menos así salvaría su vida. Todos nosotros, aunque tristes, nos calmamos un poco y fuimos a la estación del ferrocarril. El reloj dio las doce, luego la una, y no aparecía el Presidente en la estación. A las dos nos llegó la nueva que se había suspendido la partida; inquietos, dejamos la estación.

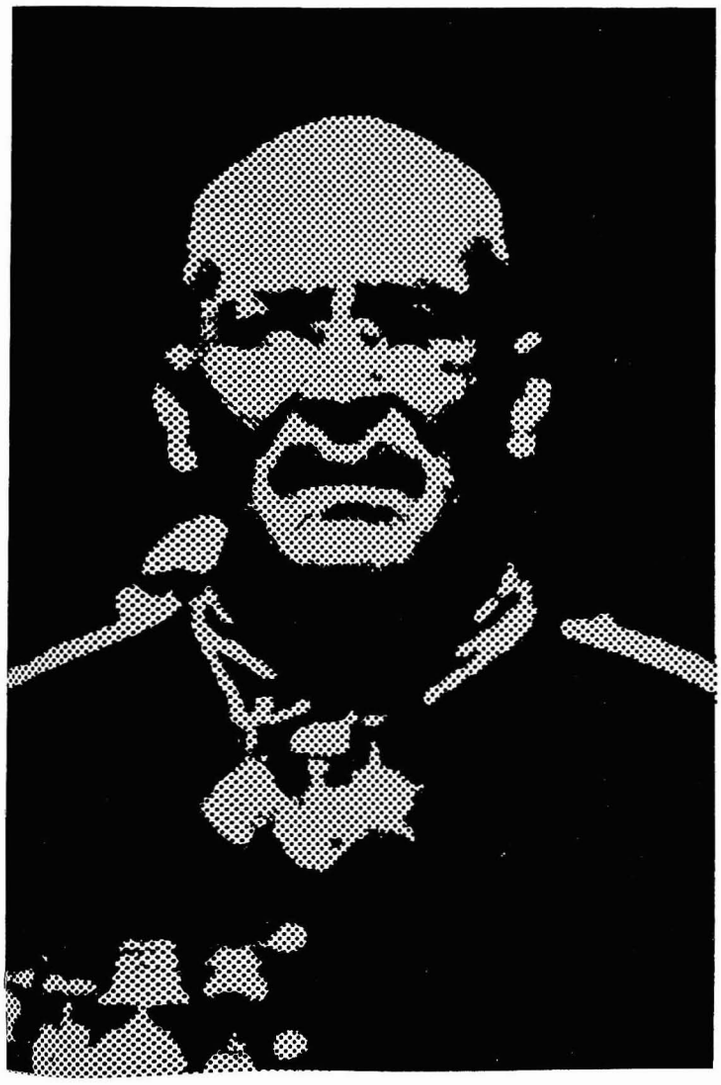
Todo ese día, el General Huerta había seguido presionando al Presidente para que renunciara, y éste, consciente de que no le quedaba otro remedio una vez caído en manos de sus enemigos, prometió firmar la renuncia a condición de que le dejaran salir a salvo del país. Tentativamente, la renuncia quedaba en manos del señor Lascuráin, secretario de Relaciones Exteriores, y se entregaría al General Huerta cuando el Presidente hubiese cruzado la frontera con seguridad. Pero el General Huerta volvió a ser traidor, arrebatando bajo amenazas al señor Lascurían la renuncia del Presidente. De inmediato la anunció oficialmente y tomó posesión de la presidencia.

Jueves, 20 de febrero. El General Huerta se ha hecho Presidente. El cuerpo diplomático le ha visitado en Palacio Nacional para persuadirle de que no haga nada contra la vida del Presidente Madero y de su vicepresidente. Huerta así lo aceptó, diciendo: "Si lo soltáramos en libertad ahora mismo, habría otra vez peligro de sublevación. Lo tendremos preso por un tiempo en algún lugar seguro." Esa noche, a las siete, toda la familia Madero se retiró de la legación japonesa para mudarse a casa de la señora Silión. Sólo se quedó atrás la señora del ex-presidente Madero.



Viernes, 21 de febrero. Un día claro. El presidente interino Huerta recibió en audiencia al cuerpo diplomático. El ex Presidente y el vice Presidente seguían presos en el Palacio Nacional. A los otros miembros de la Cámara se les permitió ir a sus casas. A la madre del ex Presidente se le permitió ver a su hijo. La señora Madero regresó esa misma tarde sin haber podido ver a su marido.

Sábado, 22 de febrero. A las siete de la mañana, un conocido de la señora Madero nos informó que el ex Presidente y el vice Presidente habían sido asesinados hacia las once de la noche anterior, cuando los trasladaban del Palacio Nacional a la cárcel.



Lunes, 24 de febrero. Se celebraron los funerales del ex Presidente Madero. Asistí con mi madre y mi hermana. Empezaron a las once y terminaron a la una de la tarde. Una ceremonia absolutamente sencilla. Ese día nos llegaron noticias de que habían apresado a varios ex miembros de la Cámara, y que otros habían escapado. Por la noche visité a la señora viuda de Madero, hospedada en casa de la señora Silión.

Martes, 25 de febrero. Por la mañana fui a caballo para visitar a la señora Madero. Uno de los sirvientes, el japonés Mayuzumi, me dijo que ella había partido a Veracruz. ¡Imposible! Probablemente se escondió por alguna razón. Recé por la desventurada señora.

Miércoles, 26 de febrero. Buen día. Por la tarde visité la tumba de Madero, en el cementerio francés. Llegaban muchos obreros a rezar. Una de las coronas florales llevaba estas palabras "Víctima de la democracia". Al lado de la tumba había otra corona dedicada al hermano Gustavo. ¡Aquel hombre vivo y alegre estaba allí, bajo tierra! Apenas diez días antes solía venir para animar a sus padres repitiendo: "¡Allons donc!" "¡Allons donc!" Pero ahí estaba su tumba. Y ahora me tocaba a mí decir: "¡Allons donc!"...

Jueves, 27 de febrero. La ciudad de México recobraba la tranquilidad. Las tiendas habían abierto y en las calles se veían muchedumbres. Todos estaban ocupados en resarcir sus daños o en visitar a los amigos para cerciorarse de su sobrevivencia. Las funerarias y fabricantes de ataúdes, llenos de buenos negocios, disfrutaban de la limpia paz.

Una vez calmado el mundo, me preocupé por la suerte del poeta maderista Urueta. Se me informó que había sido aprehendido la noche del día 18, en un tren que iba a Veracruz. Iba acompañado por su amigo, el señor Sánchez Azcona, secretario privado del Presidente Madero. Se dice que ambos fueron apresados por agentes policiacos en la estación de Apizaco. A las dos de la tarde del mismo día 18, al mismo tiempo que aprehendían al Presidente Madero en el Palacio Nacional, se decretaba también la orden de arresto contra el poeta Urueta. Pero el poeta había desaparecido en el viento de la ciudad de México para meterse en el tren en que muchas gentes habían intentado salvarse, refugiándose en el barco norteamericano anclado en el puerto de Veracruz. En ese tren fue arrestado el trovador. Por entonces, sólo un periodiquito que publicaba dos páginas diarias dedicó apenas unos renglones a informar sobre la suerte del poeta. Y después, no ha aparecido aún mención alguna de él en la prensa. Hay quienes dicen que también el poeta, siguiendo el mismo destino que el Presidente, fue asesinado; otros creen que está aún con vida. Unas tres personas dicen haberlo visto disfrazado de mujer. Un testigo señala que el trovador maderista se veía contento con su atuendo de mujer elegante. Y que en su mano tenía un libro de poesía de Prado, editado por Rockwood de Nueva York...

EL PARAISO PERDIDO DE JOHN MILTON

ENRIQUETA GONZALEZ PADILLA

I. EL TENTADOR

La palabra "paraíso" evoca en la mente diversos significados: imaginan unos al oírla un lugar; otros, una condición. El teólogo y el filósofo, el científico o el hombre de la calle, el asceta o el sensual, nos darán de ella distintas definiciones, pero todas poseen un denominador común: la idea de felicidad. El artista nos da también su propia interpretación, en la que emerge, trasfigurado por la fuerza de la imaginación creadora, ese mundo que evocamos con nostalgia; el mundo que pudo haber sido... "nuestro primer mundo". En *El paraíso perdido,* el poeta John Milton fue uno de los máximos intérpretes de este tema universal. En ocasión del tercer centenario de la muerte de este autor, presentamos una monografía en cuatro partes de su poema, obra maestra que tiene que decirle algo al hombre de todos los tiempos, al hombre de hoy.

Corre el año de 1663. Ciego, pobre, derrotado, tras de la restauración que colocó en el trono de Inglaterra a una corte afrancesada y libertina, el puritano Milton decide, en el retiro, realizar su sueño largamente postergado: terminar la composición de una epopeya o poema heroico que explique el porqué y el cómo de esa *primera desobediencia del hombre y el fruto de aquel árbol prohibido, cuyo gusto mortal trajo al mundo la muerte y todas nuestras desgracias.* En 1667 da a la publicación la obra como *El paraíso perdido*, y remata su soberbio prólogo con una plegaria al Espíritu Divino para que le ayude a lograr su ambicioso propósito: *afirmar la Providencia eterna y justificar los caminos de Dios con el hombre.*[1]

Di, oh Musa celestial... ¿cuál fue la causa que obligó a nuestros primeros padres, tan felices en su estado y tan favorecidos del cielo, a separarse de su Creador, a transgredir su única prohibición cuando eran soberanos del resto del mundo? ¿Quién los indujo a tan vergonzosa rebelión? La Serpiente infernal, cuya malicia, animada por la envidia y la venganza, engañó a la madre del género humano; su orgullo la había precipitado desde el cielo con todo su ejército de espíritus rebeldes, con cuya ayuda aspiraba a sobrepujar en gloria a sus semejantes, lisonjeándose de igualarse al Altísimo. Luzbel, *a quien el poder del Omnipotente despeñó, de cabeza, envuelto en llamas desde la etérea bóveda, con espantosa ruina y abrasador incendio, hasta el abismo sin fondo de la perdición, para que allí morara sepultado entre cadenas de diamante y fuego vengador aquél que osó provocar a la lucha al mismo Omnipotente.*

Con este compacto resumen, Milton nos planta de lleno en el relato que nace de un conflicto sobrehumano: la pugna que Satan sostiene contra Dios. El resentimiento del ángel caído que anhela vengarse. Mas es preciso reparar en el carácter de Satanás. Su condición de derrota se debe a que no supo calcular los riesgos: *Osó provocar a la lucha al mismo Omnipotente;* Milton subraya la insensatez de la posición diabólica. Lo absurdo de los proyectos corre parejas con la obstinación. En la concepción miltónica, el infierno, más que un lugar, constituye una condición irreversible. Satanás podría decir: "el infierno soy yo". La condenación no depende sólo de factores ambientales; fuego, ríos de olvido y muerte, áridas llanuras cubiertas de hielo donde los espíritus calcinados deben pasar períodos de frigidez entumecedora, llamas de azufre inextinguible, oscuridad, pesadez... sólo Dante sobrepuja al autor de *El paraíso perdido* en el arte de imaginar suplicios. Mas no; el infierno es ante todo una condición del espíritu: el odio contumaz, lo imposible y lo inútil del arrepentimiento, el recuerdo del bien perdido que nunca podrá reconquistarse, la envidia de los seres felices, la voluntad invariable de convertir en mal todo bien, la desesperación traducida en despecho. Y todo ello en seres inmortales que conservan en su caída la lucidez de una inteligencia superior; de su naturaleza angélica, que pervertida, pero no destruida, los hace capaces de concebir las más horrendas maquinaciones.

Sumergidos todos los ángeles caídos en aquel lago de azufre hirviente por el rayo del Altísimo, padecen, al iniciarse el Libro I, un terrible aturdimiento. Satanás, y luego Belzebú, son los primeros en despertar de él, en tomar conciencia de la situación:

¿Es ésta la región, el país, el clima; es ésta la mansión que debemos trocar por el cielo, esta triste oscuridad por la luz celeste? .. ¡Adiós campos afortunados donde existe una felicidad eterna! ¡Salve, horrores! ¡Salve, mundo infernal! Y tú, profundo infierno, recibe a tu nuevo señor, que llega a ti con un ánimo que no podrán cambiar el tiempo ni el lugar... Aquí podemos reinar con seguridad, y, según mi parecer, reinar es digno de ambición aunque sea en el infierno; vale más reinar en el infierno que servir en el cielo.

Así discurre en su despecho Satanás, el Gran Enemigo, glorificando en su misma blasfemia el poder del Altísimo.

Pero su ambición lo lleva de inmediato a actuar. Con esfuerzo y dolor mueve su ingente cuerpo, semejante a Leviatán, la ballena legendaria. Sale a nado del lago hirviente y posa su planta en la ígnea tierra firme. Convoca entonces a sus legiones, que yacían esparcidas, *como las hojas del otoño que cubren los arroyos,* y las increpa de esta suerte:

Príncipes, potestades, guerreros, esplendor del cielo que fue nuestro en otro tiempo que ahora habéis perdido... ¿Acaso habéis jurado adorar al Vencedor en esa abyecta postura? ¡Despertad, levantaos o permaneced caídos para siempre!

Satanás tiene en la concepción de Milton las cualidades, mas no la nobleza de propósitos del verdadero héroe épico. Su ánimo esforzado, su sagacidad e inteligencia superiores, su palabra elocuente y persuasiva, hacen de él un caudillo nato. Pero su refinada

1 Las citas de *El paraíso pérdido* están tomadas casi en su totalidad de la traducción de Dionisio Sanjuán, publicada por Espasa Calpe en el No. 1013 de la Colección Austral, Madrid, 1966.

perversidad lo induce a mentir, engañar, tergiversar la realidad y servirse de sus seguidores para lograr su venganza.

A la voz de su paladín, los demonios sienten renacer en ellos la confianza y el deseo de actuar. Milton se complace en enumerar los compactos escuadrones de las huestes diabólicas, y en describirnos cómo Mammón, el antiguo arquitecto de las mansiones celestiales, convertido ahora en uno de los abyectos demonios, concibe y ejecuta con ayuda de todos el atrevido proyecto del Pandemonio, el *Palacio infernal,* donde rebosan el arte y la riqueza, que Milton condena no en sí mismas, sino porque sirven a un fin impío.

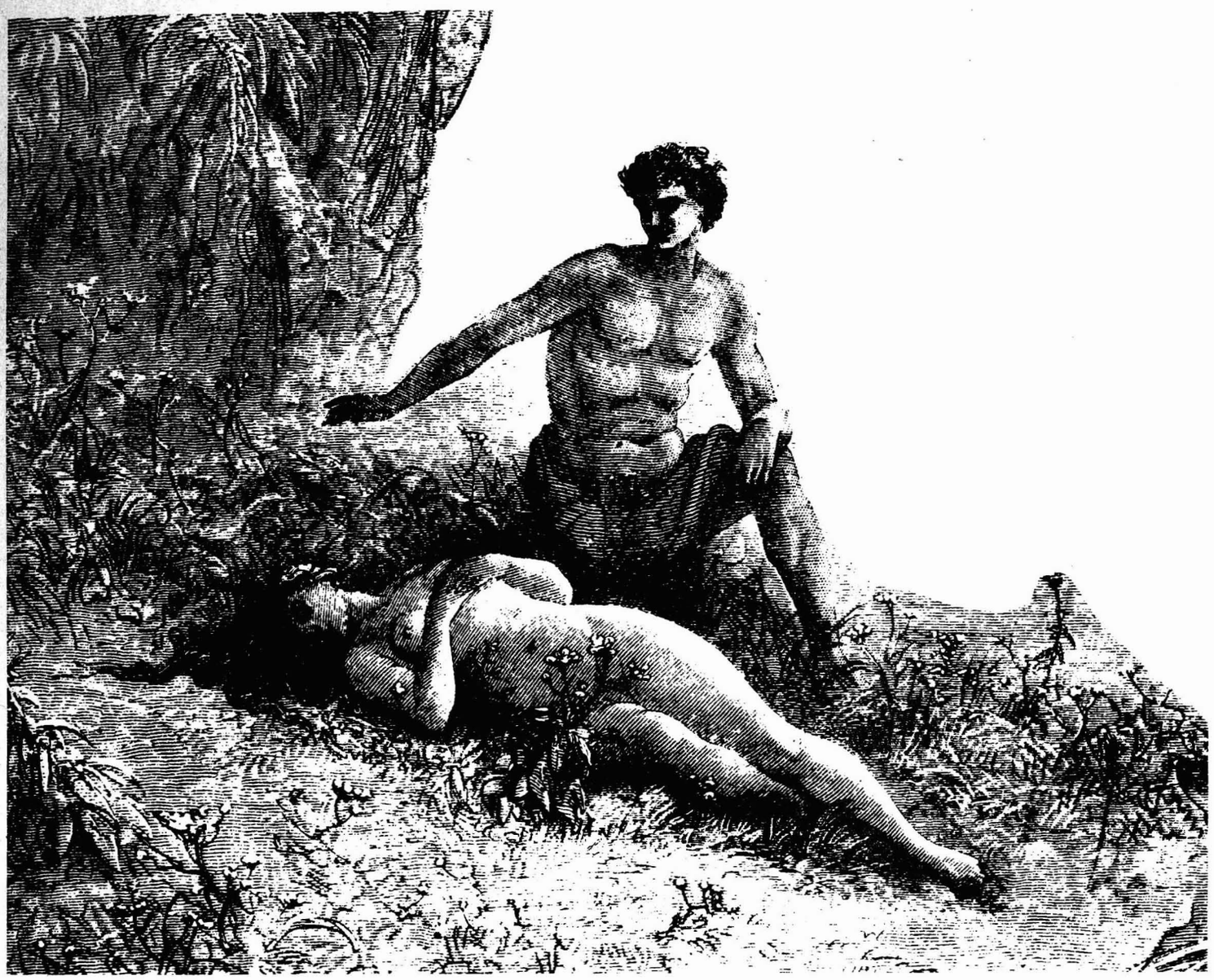
En el Pandemonio, *gran capital de Satanás y de sus pares*, se reúne luego en número de cien mil, el consejo integrado por los demonios más notables. *Exaltado sobre un trono de regia magnificencia,* Satanás preside el debate, e increpa a los representantes con estas palabras:

¡Potestades y dominaciones! . . . Un justo derecho y las leyes fijadas por el empíreo me han designado de antemano para jefe vuestro; después vuestra libre elección me ha confirmado en este oficio. . . Contando pues en nuestro favor con la ventaja de la unión. . . venimos a reclamar la justa herencia que antes poseíamos. . . Ahora bien: ¿qué camino es el mejor? ¿La guerra abierta o la oculta? Esto es lo que hemos de discutir.

Sucesivamente toman la palabra el sanguinario Moloc, declarándose por la lucha abierta; el afeminado Belial, aconsejando la abstención de toda guerra, y el taimado Mammón, que atento sólo al lucro, persuade olvidarse del Altísimo para crear en el infierno un imperio que poco tenga que envidiar al cielo empíreo. Un fuerte aplauso indica que la asamblea está a punto de declararse por esta última resolución. Pero con una hábil maniobra de "democracia dirigida", el astuto Belzebú, que ya había recibido de Satanás la pauta de lo que había de hacerse, vuelve la atención del auditorio a una nueva posibilidad:

"Tronos y potestades imperiales,. . . ¿No nos sería posible encontrar otro medio más fácil? Si la antigua y profética tradición del cielo no es falsa, existe una región, un mundo, morada dichosa de una nueva criatura llamada Hombre. . . allí podríamos quizá llevar a cabo alguna aventura provechosa por medio de un imprevisto ataque, arrojando, del mismo modo que hemos sido arrojados, a sus débiles poseedores, o si no los arrojamos, podremos atraerlos a nuestro partido, de modo que su Dios se convierta en su enemigo, y con mano arrepentida destruya su propia obra. . . Reflexionad si este proyecto vale la pena de intentarse. Pero ante todo, ¿a quién juzgaremos capaz de tal empresa?

Convencidos quedan los diablos del proyecto, pero perplejos y temerosos sobre quién habrá de ejecutarlo, ya que la distancia que separa el infierno de la creación es incalculable y los riesgos infinitos; hasta que Satanás, codicioso del triunfo, toma sobre sí



tan ardua empresa. Con sus enormes alas revolotea por toda la bóveda del averno buscando una salida. Al llegar por fin a las puertas infernales, las halla fuertemente custodiadas por dos monstruos: de dorso de mujer y cola de serpiente uno; mezcla confusa de miembros del otro, *feroz como diez furias.* Este último intenta interceptar el paso de Satanás, que sin arredrarse, se prepara a darle batalla; pero el primero se interpone diciendo: *¡Oh padre! ¿Qué intenta tu mano contra tu único hijo?* Explica entonces ser ella la Culpa, engendrada por la mente satánica en el mismo cielo y dada a luz ante el asombro de todos los bienaventurados. *Contemplando con frecuencia en mí tu perfecta imagen,* añade, *te apasionaste de mí y gustaste en secreto conmigo tales goces, que mis entrañas concibieron un peso creciente... Cuando nuestras legiones cayeron desde lo más alto del cielo, mi seno,* incestuosamente *fecundado por ti, sintió los agudos dolores del alumbramiento. Abriéndose paso con violencia, ese odioso vástago que ves ahí, engendrado por ti, desgarró mis entrañas. Yo fui gritando: "¡Muerte!" El infierno se estremeció a tan horrible nombre, suspiró desde los más profundo de todas sus cavernas y repitió: "Muerte."*

El Demonio, el Pecado y la Muerte, las tres personas de la trinidad diabólica, parodia de la Trinidad Divina, se gozan de su mutuo encuentro. La Culpa, que guarda la llave del infierno, abre las puertas, y Satanás sale al *vacío profundo,* al informe caos que hay que atravesar antes de llegar al universo. Tras de un viaje azaroso descubre en una perspectiva cósmica al mundo, *sujeto al extremo de una cadena de oro, suspendido, semejante a una estrella de pequeña magnitud colocada cerca de la Luna.* Allí Satanás *blasfemó y en hora maldita prosiguió con rapidez su marcha.* Pero Milton nos advierte que el designio de Dios lo dejó en libertad para que amontonara sobre sí el castigo y para que la Divina Misericordia tuviera ocasión de manifestarse al hombre seducido.

II. LA CAIDA

Cesen ya los coloquios con Dios o con el ángel... En adelante debo trocar estos acentos en acentos trágicos; por parte del hombre, vergonzosa desconfianza y ruptura desleal, rebelión y desobediencia; por parte del cielo, ahora ofendido, alejamiento y disgusto...

Con el Libro IX, *El Paraíso Perdido* ha llegado a su punto culminante. El poeta va a realizar su acariciado sueño de cantar el asunto más elevado, en cuya comparación palidecen las más famosas epopeyas de la antigüedad: la virtud puesta a prueba; la caída y restauración del hombre.

Siete noches ha errado Satanás lejos del paraíso, después de que los ángeles lo descubrieron y lo expulsaron de él. La belleza de la

Tierra, que ha recorrido en varias direcciones, no ha servido sino para aumentar su desdicha, para aguijonear su envidia y su sed de venganza: *Si consigo destruir al hombre,* dice, *para quien ha sido creado todo esto, o le induzco a consumar su perdición entera, todo lo que le rodea le seguirá también como encadenado a él en su dicha o en su desdicha. ¡Sea pues en su desdicha!* Dicho esto, busca una serpiente para disfrazar sus planes. En el reptil, hasta entonces inofensivo, encarna su maldad, asquerosa parodia de la futura Encarnación del Hijo de Dios en el hombre. Así transcurre la noche.

Al despertar el día, Adán y Eva alaban al Altísimo recogiendo en su plegaria consciente la alabanza inconsciente de todos los seres al Creador. En seguida consultan entre sí sobre el modo de distribuir la tarea de aquella jornada. Hasta entonces, siempre han trabajado juntos, alternando sus labores con caricias, risas y coloquios. Extrañamente, hoy Eva propone un cambio: que trabajen separados en distintos sitios para adelantar más. El buen juicio de Adán se pone en guardia: Dios no les ha impuesto con tanto rigor la ley del trabajo. Su comunicación constante es el privilegio de que gozan como seres racionales. Además teme que le sobrevenga algún daño a Eva cuando esté alejada de él. El Enemigo es astuto, y estará asechando la ocasión de hallarlos separados. Adán sabe que la soledad es aliada de la debilidad.

Eva se da por sentida. ¿Cómo puede Adán dudar de su constancia para resistir a un enemigo cuya existencia ella ya conoce, o de su fidelidad a Dios o a su esposo?

Adán persiste en sus temores. No es que dude de ella, sino que quiere evitar la tentación del Maligno. *No te burles tampoco de su malicia o de su pérfida astucia,* añade, *pues debe ser muy hábil en sus artificios el que ha podido seducir a los ángeles.*

Pero Milton conocía la terquedad del corazón femenino. Eva vuelve a insistir. Ahora arguye que el temor de estar separados implica una falta de libertad o desconfianza de la ayuda de Dios. Adán le responde: el Creador ha hecho todo perfecto, pero el hombre lleva el peligro en sí mismo. *Jamás puede recibir mal alguno contra su voluntad; pero Dios ha dejado libre la voluntad* para que se guíe por la razón. *Aunque firmes, podríamos sucumbir; . . .No provoques pues la tentación, que es mejor evitarla . . . ¿Quieres probar tu constancia? Prueba primero tu obediencia.*

Hasta este punto, Adán ha sido fiel a su razón que le aconseja ser cauto, y a su deber de guiar y defender a su esposa. Irónicamente, en el clímax de su argumento cede, porque teme contrariar a Eva: *Sin embargo, si crees que un ataque imprevisto nos hallaría a los dos, aunque unidos, menos preparados a la defensa que si estuvieras sola y avisada, ve; porque no siendo libre aquí tu presencia, te alejará más de mí.*

He aquí pues a Eva alejándose sola de su natural sostén. Milton despide con sus mejores elogios a la mujer dotada por última vez del encanto inigualable de la inocencia. El mismo demonio se queda como arrobado al verla. Pero esto no es sino una impresión pasajera. Satanás se felicita de hallarla sola, pues lo deseaba para realizar su plan.

El proceso de la tentación se desarrolla en un maravilloso *crescendo.* La serpiente comienza por atraer la curiosidad de Eva con mil zalameros movimientos. Luego, hablando Satanás por su boca, derrocha adulación para granjearse las simpatías de su presa: *¡Oh tú, la más bella semejanza de tu hermoso Creador! Todas las cosas vivientes te admiran. . . Pero aquí, en este recinto silvestre. . . ¿quién te ve a excepción de un hombre?*

El demonio adivinaba la psicología femenina. Las lisonjas *se abrieron paso hasta el corazón de Eva,* que no cabía en sí de asombro al ver que un bruto se expresaba en el lenguaje del hombre.

El tentador se apresuró a mentir para explicar aquel prodigio: relató cómo ella no era sino una serpiente ordinaria hasta el día en que descubrió un árbol maravilloso, cuyas hermosas manzanas, comidas hasta la saciedad, tuvieron el resultado de elevar sus facultades de los meros instintos hasta la inteligencia, el poder de reflexión y la capacidad de admirar las cosas bellas, de *adorarte; ¡a ti, que por derecho eres reconocida como la soberana de las criaturas!* .

Y la incauta Eva se permitió inquirir dónde estaba aquel árbol maravilloso. Preguntarlo y ser guiada por la serpiente hasta él, fue todo uno. Ya reluce la cresta del reptil *semejante a un fuego fatuo* anticipando el triunfo.

En cuanto llegan al árbol de la Ciencia, Eva se desilusiona. Este es el único fruto cuya comida constituye la prohibición divina. *Nosotros vivimos con arreglo a nuestra ley,* dice la mujer; *y esta ley consiste en nuestra razón* . . .Dios nos dijo: *no comeréis de él; no lo habéis de tocar, o de lo contrario moriréis.*

El conflicto se ha elevado a un plano superior. La serpiente debe luchar ahora con argumentos que parezcan lógicos; con sofismas que debiliten la razón, que persuadan a Eva de lo improcedente, lo inútil, lo envidioso y lo injusto de tal prohibición. Comienza pues Satanás por fingirse indignado de que se vea privado el hombre de tanto bien. Haciendo en sus ademanes y en sus discursos alarde de retórica, exclama: *¡Reina del universo! , no creas en esas rigurosas amenazas de muerte; no moriréis, no. ¿Cómo podríais morir? ¿Por causa de ese fruto? El os dará la vida de la Ciencia. ¿Por el autor de la amenaza? Miradme a mí; a mí, que he tocado y gustado, y sin embargo vivo y hasta he conseguido una vida más perfecta que la que me había destinado la suerte, atreviéndome a elevarme sobre mi condición. . .*

Empozoña después la confianza de Eva en el Creador sugiriéndole la idea de que Dios ha dado tal prohibición para evitar que el

hombre se eleve a la categoría divina, pues el día que coman de ese fruto, serán como dioses.

Dijo, y sus palabras henchidas de malicia, encontraron la entrada demasiado fácil en el corazón de Eva. El débil entendimiento de ella no sospechaba el engaño; tenía los ojos clavados en el incitante fruto, y su sensualidad se había despertado. Llena de soberbia, anhelaba comer para convertirse en diosa. Paso a paso, empezó a repetirse a sí misma las razones de la serpiente, y a sentir su entendimiento dividido entre éstas y el mandato divino. Al fin, cayó en un estado de confusión que optó resolver comiendo, so pretexto de que el fruto de aquel árbol, al comunicarle el conocimiento del bien y del mal, debía sacarla de sus perplejidades.

Esto diciendo, su mano temeraria se extiende en hora infausta hacia el fruto: ¡Lo arranca y come! La Tierra se sintió herida; la Naturaleza, conmovida hasta en sus cimientos, gime a través de todas sus obras y anuncia por medio de señales de desgracia que todo estaba perdido.

La secuela de la desobediencia sigue su curso. El mal llama al mal. Eva come hasta saciarse, y Milton subraya con ironía: *Avidamente y sin reserva devoraba la fruta, ignorando que tragaba la muerte.* En su insensatez, comenzó a dar culto al árbol, como si fuera un ídolo, y a preguntarse si la habría alcanzado la mirada del Altísimo. Mucho le preocupaba también lo que habría de decirle a Adán. Pensó primero ocultarle el suceso para aprovechar su supuesta ciencia igualándolo, y aun superándolo, mas pensó después que si Dios la castigaba enviándole la muerte, sin que Adán hubiera compartido su falta, otra mujer la suplantaría en el cariño de Adán, y el pensamiento de la felicidad de su marido con otra le pareció intolerable, porque la culpa la había tornado celosa, agoísta y taimada.

Entre tanto, Adán venía a su encuentro con una guirnalda de flores. Ella se le acercó melosa: *¿No te ha causado admiración mi demora, Adán? ¡Cuánto te he echado de menos! . . .Más la causa de mi retraso es extraña y digna de ser oída. Ese árbol no es, como se nos ha dicho, un árbol cuyo fruto peligroso abre una senda de males desconocidos, sino por el contrario, su efecto es divino: abre los ojos y transforma en dioses.*

Cuando hubo referido su desobediencia, Adán *palideció, sobrecogido y confuso: Oh ser, el más bello de la creación,* exclamó, *¿Cómo te has perdido? ¿Cómo has quedado tan pronto decaída, marchita, deshonrada, entregada a la muerte?* Para Adán, el engaño es evidente. Con claridad meridiana ve la caída de su esposa y sus consecuencias. Pero puede más en él el vínculo de la naturaleza que el mandato divino, y sin vacilar, opta por comer el fruto prohibido con tal de no dividir su suerte de la de su mujer. Luego, su fe en la importancia de la prohibición se debilita. Quizá no morirán. *La serpiente no ha notado ningún efecto mortal.* No

cree tampoco que Dios quiera destruirlos, siendo ellos sus criaturas predilectas. En fin, su malicia es mayor que la de Eva, porque posee mayor lucidez.

Eva se conmueve, *llora de ternura,* cuando él decide arrostrar la misma sentencia, dándole así lo que ella juzga ser una prueba suprema de amor. Los lectores superficiales se dejan llevar también por la emoción al contemplar a los esposos unidos ante el peligro. Pero Milton califica de *complacencia criminal* la debilidad del hombre, y comenta: *Adán no tuvo ningún escrúpulo en comer, a pesar de lo que sabía; no fue engañado, sino locamente vencido por el encanto de una mujer.* La culpa será por tanto *el pecado de Adán.*

La desobediencia acarreó un terrible desorden: se despertó en Adán y Eva *el apetito carnal* y *la concupiscente lujuria,* y obraron en consecuencia, sintiendo en ellos una como exaltación mientras duró el efecto del fruto. Pero pasado éste, *conocieron cuán abiertos estaban sus ojos y cuán oscurecidas sus almas... La justa confianza, la rectitud natural y el honor no existían ya en torno suyo.* Se vieron desnudos y se despertaron sus peores pasiones, *porque el entendimiento no gobernaba ya, y la voluntad se mostraba rebelde a sus órdenes.* Entonces Adán se volvió con dureza a recriminar a Eva, y ésta a su vez le reprochó su condescendencia con ella. Este fue, oh ironía, el resultado que obtuvo el hombre de haber preferido el afecto de una criatura al amor del Criador a quien todo debía.

III. ¡OH FELIZ CULPA!

Afirmar la Providencia Eterna y justificar los caminos de Dios con el hombre es, como decíamos al principio, el ambicioso objeto de *El Paraíso Perdido.* Pero mal habría podido Milton realizar su propósito si hubiera rematado su poema con el estupendo Libro IX, que narra la caída del hombre. Restaba por hacer algo muy importante: demostrar que Satanás no sería el triunfador; que si bien se jactaría de haber hecho desobedecer a Adán y de subvertir el orden del universo, Dios aprovecharía ese mal para sacar de él un inmenso bien: el que el hombre apreciara con cuánta liberalidad y regalo le había criado; el que conociera cuánto necesitaba de El, y cuánto debería amar al que le perdonaba la ofensa, y lejos de arrojarle al infierno junto con su descendencia, se aprestaba a redimirle, en forma tal, que la justicia y la misericordia quedaran maravillosamente unidas.

Por ello, restan todavía a la epopeya tres libros, en que se contiene no sólo el epílogo de la caída, sino también el mensaje de Milton, suprema sabiduría que el poeta ha destilado de su propia experiencia y del conocimiento de las relaciones de Dios con el hombre.

En cuanto se supo en el cielo la noticia de la caída de Adán, el Padre Eterno reiteró el conocimiento que de ello ya tenía, y el compromiso que había hecho consigo mismo de no impedirla para respetar el libre albedrío. En seguida, designó Juez del hombre a su Hijo, el más indicado para dulcificar la sentencia, puesto que *cualquiera que sea el fallo,* sobre El *debe recaer el mayor castigo cuando llegue el tiempo,* ya que se ofreció a morir por el hombre para redimirlo.

Descendió pues el Hijo de Dios al Paraíso y llamó a Adán y a Eva, que se escondían de El avergonzados de estar desnudos. *¿Quién te ha dicho que estás desnudo?* preguntó Dios a Adán. *¿Has comido el fruto del árbol que yo te había prohibido?*

Milton sigue aquí al Génesis. Adán declara haber sido inducido a pecar por la mujer, y ésta a su vez se disculpa diciendo que la serpiente la engañó; pero el Hijo de Dios dice a Adán:

¿Era la mujer por ventura tu Dios para prestarle más obediencia que a la voz de tu Creador? Pronuncia luego la sentencia. A la serpiente le pronostica: *Enemistad pondré entre ti y la mujer, entre tu linaje y su linaje: ella quebrantará tu cabeza.* Esta es la profecía que se habría de cumplir al dar María, la segunda Eva, a luz a Jesucristo, y cuando Este venciera al demonio resucitando glorioso y entrando al cielo triunfante con todos los justos.

A la mujer le profetiza dolores en sus preñeces y dependencia de su marido. Y, al hombre, trabajos en un mundo hostil. Por fin, muerte y disolución: *Con el sudor de tu frente comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste tomado.*

Y añade Milton: *Así juzgó al hombre Aquél que fue enviado a la vez como Juez y como Salvador, desviando de su cabeza el golpe repentino de la muerte anunciado para aquel día.* Después vistió la desnudez del hombre con pieles de animales, y su desolación con *un manto de justicia,* comenzando su oficio de Reconciliador.

Ahora Milton vuelve sus miradas a Satanás, que ufano de su triunfo, regresa al infierno por el camino que han construido sobre el abismo la Culpa y la Muerte, que perciben instintivamente el cambio operado en el mundo por la caída de Adán. Satanás llega al Pandemonio, corte donde aguardan su retorno los ángeles caídos. Ahí se deja ver con gran resplandor y da cuenta de su buen éxito. Cuando más se gloría de haber hecho perder al hombre un mundo seduciéndolo *con una manzana,* y espera el aplauso de sus súbditos, queda atónito escuchando un largo y unánime silbido. Quiere hablar, pero al punto cae convertido en una monstruosa sierpe; quiere resistir, pero domina sobre él un poder mayor, que según su sentencia, le castiga bajo la figura de su pecado.

Convertidos en serpientes él y sus compañeros, ven aparecer un bosque de árboles frutales, semejantes al que crecía en el Paraíso. Un hambre y una sed implacables los impelen a morder las atractivas frutas, más éstas engañan su gusto, porque mascan *amargas cenizas que su ofendido paladar arroja en medio de*

ruidosas contorsiones. Tal fue repetidas veces su castigo, para que entendieran que lo dicho a la serpiente en el Paraíso se decía por ellos.

Mientras tanto, cambios fundamentales tuvieron lugar en el universo. Los ángeles inclinaron el eje terráqueo y alteraron el curso de los astros en forma que trajera cambios rigurosos en las estaciones. Cambiaron el curso de los vientos de modo de turbar el mar y *enseñaron al trueno a rodar con estruendo en las salas tenebrosas del aire.*

Vislumbrando estos cambios, Adán se lamentaba: *Oh palabras oídas en otro tiempo con delicia: "Creced y multiplicaos", palabras que ahora traen consigo la muerte.* Querría en esos momentos no haber existido, y Eva vino a reunírsele rogándole que la perdonara y proponiéndole que evitaran los hijos o mejor aún que se quitaran la vida para librar de la desgracia a su descendencia. Compadecido Adán de su compañera, con gran sabiduría le hizo ver que semejantes medidas no harían sino provocar más la ira del Altísimo. Le propuso en cambio que imploraran la misericordia de Dios, lo cual hicieron, y el Hijo de Dios presentó al Padre sus plegarias diciendo: *Ve Padre mío, los primeros frutos que ha producido tu gracia depositada en el hombre... Presta ahora atento oído a sus súplicas... permite que las interprete por ellos, yo que soy su abogado, su víctima propiciatoria.*

El padre acogió benévolo la súplica del Hijo que tan perfectamente interpretaba sus decretos y explicó que la sentencia de muerte se mantenía en favor del hombre, ya que perdida la dicha, una existencia ilimitada constituiría la peor desgracia, y agregó: *Después de una vida puesta a prueba por una cruel tribulación purificada por la fe y por las obras, el hombre, llamado a una segunda vida el día de la renovación del justo, será elevado por la muerte hasta mí con el cielo y la tierra renovados.*

En consecuencia fue enviado Miguel, uno de los Siete Arcángeles, a expulsar a Adán y a Eva del paraíso, pero con el encargo de no infundirles terror, sino de revelarles cómo, en el decurso de la Historia, la profecía de la futura alianza de Dios con la raza de la mujer se vería cumplida.

El Arcángel hizo ver al hombre cuáles habían de ser las consecuencias del pecado original. En una serie de cuadros vio Adán, primero, visiones de miseria y muerte: el primer homicidio, fruto de la envidia: Caín dando muerte a Abel. Luego un enorme lazareto donde enfermos de distintas dolencias arrastran una existencia miserable, fruto de las intemperancias propias o de sus antepasados. La templanza, en cambio, ayudará al hombre a conservar su vigor, y a descender a la tierra como *un fruto maduro.*

Miguel hace ver luego a Adán la perversión del género humano, que se entregará a la lujuria, a guerras violentas y atrocidades, sin que los hombres escuchen para nada la voz del arrepentimiento. A tanto llegará el pecado en el mundo, que Dios enviará un gran diluvio para destruir a la humanidad. Adán contempla las aguas que arrasan todo; pero ve también cómo Noé con su familia se salva en un arca construida según las indicaciones de Dios. Al fin el arca se detiene en la cima de un monte, sale el sol, se seca la tierra y el Altísimo hace brillar el arco iris en señal de que renueva su alianza con el hombre.

En el Libro XII cesan las visiones y Miguel hace a Adán un relato cuya sustancia es la construcción de la torre de Babel, soberbio intento de alcanzar el cielo por parte de un tirano. Luego el ángel narra la elección de Abraham, en quien serán benditas todas las naciones, porque de su descendencia nacerá el gran Libertador que quebrantará a la serpiente diabólica. Dios fundará en Abraham y en su descendencia un gran pueblo que, cautivo un tiempo en Egipto, será liberado del poder del Faraón y andará errante por el desierto hasta llegar a la tierra prometida. Ahí se establecerá, pero tendrá que sufrir muchas vicisitudes, guerras, derrotas y cautiverios, porque su corazón no siempre estará cerca del Altísimo. Pero el Señor lo perdonará, y aunque su cetro habrá de pasar a manos de un extranjero, de una hija de ese pueblo, Virgen Madre, nacerá el Mesías que vencerá a Satanás, no directamente, *sino en sus obras, en ti y en tu raza,* dice el ángel a Adán. Tras de sufrir muerte afrentosa, *antes de que aparezca la tercera aurora,* el Cristo se levantará de su tumba, *fresco como la luz naciente y pagado ya el rescate que redime de la muerte al hombre.* Después de aparecerse a sus discípulos, subirá a los cielos, pero en el mundo su obra continuará a través de los siglos por medio de los fieles que el Espíritu suscitará en todos los tiempos.

Oh bondad infinita, bondad inmensa, exclamó Adán, *que del mal hará salir todo este bien y cambiará en bien el mal... no sé si debo arrepentirme ahora del pecado que he cometido... o alegrarme más bien de él,* porque *la gracia superabundante reinará donde antes abundaba la cólera.*

Consolado Adán con estas noticias, resolvió cifrar todo su empeño en *obedecer, amar a Dios solo con temor, y caminar como si El presenciara todos nuestros pasos; reconocer sin cesar su providencia y no depender de nadie más que de El, que es misericordioso en todas sus obras.* Y el ángel lo confirmó en su propósito, prometiéndole que de ese modo llegaría a poseer un *paraíso en sí mismo.*

Volviéndose Adán a su esposa, halló que ella había sido confortada con un sueño lleno de anuncios propicios, y que estaba dispuesta a seguirle dondequiera que él fuese.

El mundo entero estaba ante ellos para que eligieran el sitio de su reposo, y la Providencia era su guía. Asidos de las manos y con inciertos y lentos pasos, siguieron a través del Edén su solitario camino.

Así concluye Milton la epopeya de *El Paraíso Perdido.*

DOS POEMAS* DE OLGA ARIAS

II

Para vivir en el espejo
y ser la imagen indiferente;
para vivir gota a gota la clepsidra,
los pasos del desconocido,
y no decirle que su estatura
es la incógnita,
que en su voz suena el relámpago
y que en su copa
la embriaguez me pertenece,
como el dédalo de mi epidermis
y las aves de mi ensueño. . .

Permito en mi guante al halcón,
al que impone su garra contra mis pupilas
y es afín a la tristeza,
que es íntima a su capucha
y desatase en la obscuridad

Lo ignorado, lo misterioso
crece en mi espíritu,
en mis arterias atareadas;
sacude sus sombras
en el cántaro de mis decires
y es la cuchilla
sobre mi cuello.

A veces, una frase
es la rama del árbol florido,
la página de las libélulas felices
y el balcón muestra la banderola del triunfo,
como un beso en mitad de una lágrima.
Y es entonces,
en la ínsula doliente de mi yo,
que pasa la luz por mi piel
y me transmuta en lámpara,
en la señal al alcance de unos dedos,
donde enflora mi amor,
mientras
el aire nutre la ardiente cerilla
que me carcome.

III

Al paso de musgos y socavaciones,
de bípedos en trance de vivir,
frente a unicornios enfermos
de amorosas solicitudes hombrunas.
A vida traviesa
con un ramo de palabras al hombro.
Ante el horizonte de réplicas, o de añiles.
Buscándote en el espíritu
de viajeros angélicos,
o en la faltriquera de máscaras,
de luces sin labios.
En tu busca,
por calles sin ventanas.
Por la noche y por el día, llena de siempre y de jamás.
Deambulando sin término
y buscándote, buscándote
con el alma en tránsito
y el cuerpo en ruinas.
En tu búsqueda
y sin tu nombre,
me voy apagando,
lentamente, en la penumbra
de mi propio anochecer.

* De *La alquimesa y el desconocido.*

LOS TECOLOTES DE ARTURO AZUELA

por Buenaventura Piñero Díaz

Toda concepción del mundo exterior no es más que un reflejo en la conciencia humana del mundo que existe independientemente de ella.

El tamaño del Infierno es, pues, el reflejo "artístico" en Azuela de su realidad. El autor desarrolla una verdadera plasmación autónoma de los personajes, las situaciones y los acontecimientos que ocurren en la novela, creando un mundo propio, el de *El tamaño del Infierno,* fácilmente diferenciable de cualquier obra y aún diferente a la cotidianidad. Con ello, Azuela nos brinda un reflejo artístico de la realidad, completo, más vivo y animado que el que poseemos como lectores en general. En una palabra, *El tamaño del Infierno* refleja tanto el proceso de la vida de las tres generaciones tecolotes en su dinámica como en su concreta conexión animada. He aquí la dialéctica en lo esencial de su movimiento.

Las tres generaciones se van sucediendo sin perderse detalle de cada uno de sus personajes o de sus situaciones particulares. Cada generación, cada derivación familiar o cada individuo, está tratado con la mayor profusión posible de sus determinaciones objetivas, originando así sus "rasgos propios" —reflejo de la vida en su conjunto animado— reforzando y superando en su conjunto y detalles, el reflejo ordinario de los sucesos de la vida, logrando —en consecuencia— la unidad de lo individual y lo típico.

A pesar de lo aparentemente difícil —quizás por la extensión de la obra y profusión de onomásticos que en ramas familiares se repiten— que resulta seguirle la pista a las reacciones de los personajes a lo largo de la historia del discurso narrativo, podemos, no obstante, entresacar-sacrificando los restantes en aras de la didáctica crítica— a tres personajes que consideramos puntales legítimos en la estructura de la obra: Jesús, Manuel Pata de Palo y Santiago, representantes, cada uno, de lo típico en cada generación, acaso con matices muy personales que los aseguran en su unidad y tipicidad.

Jesús es el gran invento de Azuela, quien le permite recorrer las tres generaciones, atravesándolas y penetrando en ellas, según el grado de mitificación que le hayan hecho al resucitado. No por ello deja de ser en toda la obra el gran personaje concreto. De él emanan las historias del fraguador de mitos-realidades, Pata de Palo, y siguiendo las antiguas inquietudes del tío Jesús, Santiago enarbola el símbolo-tecolote disecado como para recordar "que los tecolotes no solamente son aves de rapiña, que en su goce nocturno llevan también sobre las espaldas el símbolo de la ley, las normas que deben regir a todo un pueblo o las obligaciones que la familia debe respetar hasta que se rompe su raíz" (p 260); verdadera caricatura del contexto.

Tres son las etapas históricas-bastante bien definidas por fechas, acontecimientos, invenciones o usos y costumbres— unidas y alejadas en la siemprepresencia del bandolero para unos, héroe para otros o simple aventurero para los más escépticos de los tecolotes: "Julián sostiene que siguió en la crápula y que seguramente se convirtió en un mercenario en diversos países y frentes de batalla. Isabel defiende la idea de la redención del ser humano, de un cambio radical en su conciencia que lo llevó a estratos superiores. Francisco insiste en la claridad meridiana en que para él se desarrolló la vida de Jesús: es el representante del hombre de acción, el aventurero por excelencia y para el que no existen barreras de ninguna índole" (p. 234)

La acción que motiva el exilio de Jesús es la muchacha de los lunes en la Luna de la Laguna: su media hermana. Es éste un pretexto literario para que el Ulises jalisciense se aleje todo lo conveniente de una recaída y de los remordimientos familiares; motivo que aprovecha el autor para estructurar la diáspora de la Providencia a la Ciudad de México, donde el crecimiento normal del árbol familiar y de las distancias técnicas citadinas llegan, finalmente, a una disgregación en ramas autónomas; disgregación prevista por la evolución dialéctica de cualquier régimen morular en las condiciones que ofrece la gran metrópoli capitalista, donde cada quien termina absorbido por la obsesión burguesa de elevarse socialmente, olvidándose casi por completo de los nexos familiares que fortifican las relaciones endógenas, convirtiéndose así en islas de ambición.

Como resultado de tal estructura, nos presenta Azuela la variapinta reacción de cada familia frente a la llegada del tío Jesús y del chiste millonario de Luis Felipe, verdadero crisol en que cada personaje se retrata y se proyecta en la sociedad mexicana contemporánea.

Jesús regresa, digamos, a resolver su problema de culpa incestuosa; pero regresa con una conciencia de culpa atenuada, ya sea por las vivencias adquiridas en su periplo, donde el primer remordimiento dejó paso a una unión sin rencores ni vestigios de pecado.

Mas, como decíamos al comienzo, Jesús es un pretexto —si queremos— un pretexto magnificado por el autor para que —como mito— pudiera servir de fascinación y funcionara como aglutinador de las raíces perdidas, devolviendo a la familia de los tecolotes su antigua cohesión, aunque sólo por contados días. ¡Tremenda hazaña en una ciudad tan caótica como lo es, sin duda, la capital de la República Mexicana!

En verdad, ese asunto, ya bastante trascendente en sí, se adiciona a un despliegue descriptivo de costumbres y valores, que va de la primera generación rural, nacida en la provincia hasta el muy contemporáneo Santiago, el de la Glorieta de Insurgentes.

Tres generaciones, tres usos y costumbres y tres valoraciones de la realidad. Todo ello va apareciendo —al estilo Azuela— desde una óptica aparentemente totalizadora hasta que culmina en la estación de Buenavista con el encuentro de las generaciones tecolotes y su incapacidad para integrarse.

Con Jesús en Buenavista se rompe la tensión de la historia; quedan al lector los sucesivos impactos con las diferentes realidades noveladas: desde un inicio idílico, rozando por momentos sucesos de la Revolución y posrevolución, hasta los momentos de Tlatelolco o la novísima explosión de gusto por el folklore latinoamericano. Totalización literaria de una parcela de realidades enhebradas por un significante que los une en *flash-back*, en un discurso que cada vez se rompe y se rehace a capricho de los responsables de la historia.

Manuel Pata de Palo es el inveterado romántico de la familia, el incansable enaltecedor del hijo pródigo, a quien exalta quizás... "porque así defendemos a la familia entera, a la sangre común..." (p. 11).

Pata de Palo es uno de los personajes con más veracidad vital entre él y el medio en que lo sitúa el narrador. Es Manuel uno de los personajes que con Luis Felipe (¡importantísima su función en la novela!) piensan diferente frente al problema que supone el tener un Jesús en la familia; en él se da perfectamente el "enlace omnilateral"

de su ser social, enriqueciéndose su actuación al reflejar al mismo tiempo –de manera significativa– los problemas generales de su etapa. Todas las manifestaciones de Manuel son típicas por ser actos particulares de sus pasiones determinadas.

Su pasión fue siempre Jesús, su actuación individual, empero, va más allá del marco de su mundo individual. Con su decisión de proteger a Jesús y más tarde enviarlo a la Ciudad de México, está colaborando con la invención de las situaciones y medios de expresión del narrador. Azuela eleva a realidad plasmada solamente lo que en Manuel-personaje estaría contenido como posibilidad; pero confiriendo a esas posibilidades latentes una total expansión en su desarrollo, en sus enlaces múltiples que lo objetivan aceleradamente.

Sabemos que todo escritor –por experiencia literaria– crea en sus obras una cierta jerarquía de los personajes, para poder representar el medio esencial del agrupamiento de los demás personajes en la estructura novelada: figuras principales o episódicas. Y pareciera, además, que esta importancia del personaje principal surge esencialmente del grado de su conciencia acerca de su destino a un determinado nivel de generalidad.

En esos términos está formulado Manuel; apreciación que se refuerza por ser el único personaje con un atributo épico: la pata de palo.

Manuel, el único de los seis que regresó a la Provincia, es el que observa en la distancia a los protegidos del tecolote Moisés, nombre significativo de la segunda generación, ya capitalina. Y Manuel llega a la gran ciudad en vísperas de la muerte del tecolote Justiniano.

El ciclo narrativo, propiamente dicho, se encuadra entre la existencia de Moisés y Justiniano (el uno vigila a la familia salida de la Providencia que llega a la tierra prometida, y el de nombre de emperador asiste impotente a la diáspora familiar, donde cada rama se enraíza cada vez más "reverenciando a Moisés y a las tablas de la ley"). Justiniano no soporta tanto desarraigo, tanta ambición y egoísmo. Su figura y simbología están de más en estos momentos de elucubraciones millonarias; la familia, sin esperar a que se rompa su raíz, no respeta sus obligaciones. Justiniano "siente escalofríos" y de pronto las orejas del tecolote Justiniano rozan el cemento; las cadenas que sostenían a ambas mascotas terminan formando –no de manera casual– elementos de un típico cuadro surrealista: "Sobre una mesa de operaciones, se encuentra una cadena oxidada, la misma cadena de Moisés, la misma cadena de Justiniano. . ." (p. 409)

Desde la Providencia, Manuel urde la llegada a México de Jesús, y en México, Luis Felipe prepara a la familia para que revele su incapacidad de integración; debido a ello, la segunda parte de la obra es la que contiene una visión más completa y compleja de la esencia humana.

El autor denuncia el proceso de cada personaje respecto a Kimberley en diálogos o monólogos que radiografían las tendencias personales y la tipicidad del grupo social a que pertenecen. En estos momentos, los personajes van pasando "del sentimiento trágico de la vida a la búsqueda del tiempo perdido" y, sin proponérselo, estructuran el retorno pretendido por Luis Felipe y propiciado por Manuel; siempre en un movimiento pendular que les está dando la oportunidad de volver a sus raíces.

Aunque la perspectiva de la totalidad la consigue el autor a cabalidad, la trampa de los tíos declara el fracaso de la vida burguesa como institución base de la familia mexicana, y de paso, el fracaso de las instituciones públicas, las cuales deforman y maltratan el desenvolvimiento humano y normal de la vida familiar. El contraste campo vs. ciudad y sus matices humanos y ambientales ilustran hasta la saciedad la intención crítica de Azuela.

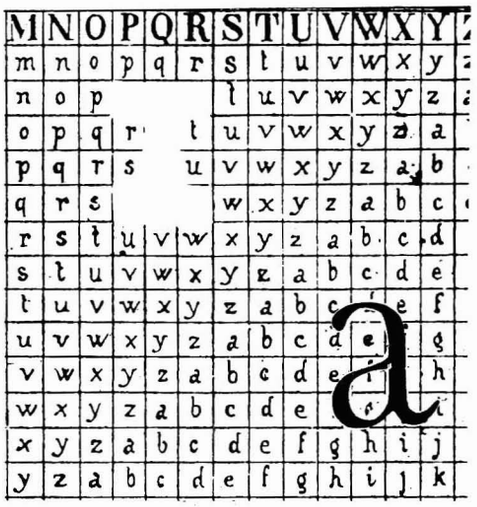
El autor maneja en toda la obra una gran metáfora, que conscientemente deja sin resolver en Santiago.

Las experiencias de Azuela lo han llevado a reedificar su realidad por la tácita vocación rebelde del escritor, sin apuntar normas, recetas o posibilidades. Su visión del mundo está ahí; cada quien que se vea: admitiéndose o rechazándose como posibilidades deformadas.

En estos términos estamos en consonancia con A. Rama cuando afirma que un novelista "es un productor que elabora conscientemente un objeto intelectual –la obra literaria– respondiendo a una demanda de la sociedad o de cualquier sector que está necesitado no sólo de disidencias, sino de interpretaciones de la realidad que por el uso de imágenes persuasivas permita comprenderla y situarse en su seno válidamente".[1] Nunca más ciertas estas reflexiones que con Arturo Azuela y su obra.

Retomando a Santiago, diremos que es el personaje de las mil posibilidades, a quien el autor sólo lo conforma y delínea para cerrar el círculo novelístico. La novela se muerde la cola en Santiago: "A medida que pasan los días, Santiago se transforma en un espectro que nos taladra las conciencias y nos recuerda los perfiles de la sombra del tío Jesús. Yo no creo que la historia se repita, es absolutamente imposible. . ." (p. 416), o ". . .Sin embargo, los días pasan, los años se estiran y no sabemos nada de Santiago. Dicen que del medio Oriente se fue a Indochina y que ahora está muy cerca de la frontera de Pakistán. . . Se me rompen todos los cabos y cada día estoy más seguro de que Santiago nunca podrá leer este libro. . ." (p. 416)

Existe en la obra una cierta conciencia por parte del narrador, de destruir el mito del resucitado Lázaro en el trasvase de algunas de sus características al hijo de Julián e Isabel; pero en éste totalmente arraigadas en una realidad cotidiana, sin los visos oníricos con que el lenguaje suele



envolver a Jesús en su constante magnificación.

Santiago es el único a quien no le interesa saber nada del regreso del tío Jesús: ". . .me importa un comino todo ese desmadre; ustedes son pura momiza, no entienden lo que pasa en nuestro mundo y no lo entenderán nunca" (p. 264); y no le interesa por la simple razón de que sus intereses no están con las elucubraciones millonarias de sus familiares. Santiago se ha forjado –a su edad– un rumbo diferente a todos los del clan de los Olivos; no quiere apartarse de su realidad más inmediata, de su México en sus injusticias e iniquidades y, solitario emprende el camino de la protesta social. Por asumir dicha actitud es el "raro" de los Olivos, el "descarriado" y el "inadaptado" a la vida familiar. Estallan los sucesos del sesenta y ocho y Tlatelolco y lo obligan a exilarse en Cuba para luego seguir su peregrinación como un Ulises chilango. Pareciera que su incapacidad para la integración endógena critica el hecho –una vez más en la novela– del fracaso de la familia mexicana, nacida a la sombra de la Revolución. La única alternativa de este personaje es dejar las cosas como están en su país –dejarlas por incapacidad de colaborar en su transformación– y salir a vivir fuera, en sociedades nacionales que él ha avizorado más justas.

Como personaje literario, Santiago contiene unas potencialidades apenas explotadas por Azuela. El tono de su personalidad –pensamos– debió ser más aprovechado por su creador y no deshacerse de él para ponerlo a rodar en una cola que se muerde con la cabeza de Jesús. Si bien es cierto que ello confiere un perfecto cierre de ciclo a la historia del discurso, reduce las perspectivas de Santiago de tal manera que lo confirman como un simple "oveja negra", sin importancia cuando en verdad comenzaba a funcionar como una honesta actitud antitética de las descritas en los demás cofrades tecolotes; siendo asimismo su fracaso una reconfirmación de la negatividad familiar.

Su tecolote disecado es la burla más clara a la simbología del animal familiar.

A PROPOSITO DEL LENGUAJE

Hacia 1940, la novela latinoamericana estaba representada por escritores que constituyen la gran constelación: Mariano Azuela y Martín Luiz Guzmán por México. Ninguno de sus integrantes escapa a una categorización heroica, a una visión arquetípica, cuyo realismo está de tal modo deformado por la concepción mitológica que escapan a la calificación de documento o testimonio que querían poseer (sobre todo *Doña Bárbara, La Vorágine* o *Don Segundo Sombra*).

Contra estos maestros se alzará la generación de Asturias, Borges, Carpentier, Marechal y Agustín Yáñez. Estos escritores efectúan una verdadera operación crítica, señalando lo que su anterior generación tenía de retórico y obsoleto; pero siempre buscando otras salidas. Además de ser renovadores de una visión de América, detentan a la vez un concepto del lenguaje americano. Yáñez, por ejemplo, enseña a México a ver sus propias caras y, sobre todo, sus seculares máscaras superpuestas.[2]

Esta es la tradición de que se nutre –resumiéndola– Arturo Azuela, salpimentada con la prosa más vigorosa de Rulfo, Revueltas y Arreola.

El lenguaje de *El tamaño del Infierno* es el mismo que le conviene al tono en que el narrador presenta los acontecimientos. Detectamos una intención deliberada en el narrador de prestar su palabra a cada uno de los personajes, convirtiéndose su voz en metalenguajes. Dicha técnica no tiene más consecuencia –por la extensión de la narración– que hacer perder la pista de quien esté hablando en ciertos momentos, sobre todo en los inicios de la novela; más tarde, cuando el lector llega a matizar los idiolectos de cada quien, es ya fácil seguirle sus actuaciones.

Cada habla contiene morfemas, giros, frases o intenciones lingüísticas claves que denuncian al personaje según el índice de repetición de sus indicios significativos, en una seria coherencia con su diastratía, diatopía y sincronía.

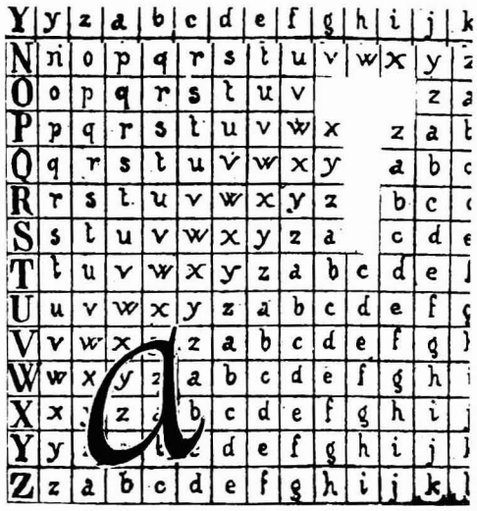
En su obra, Azuela maneja el castellano de México en forma diacrónica, a través de aproximadamente setenta u ochenta años de experiencia lingüística.

Presentamos, *grosso modo,* algunos ejemplos para corroborar lo antes mencionado.

a) Idiolecto del Colibrí: "Aquellos combates en Cuba eran como pa ponerle a cualquiera los pelos de punta. Haga de cuenta que el cuerpo se hace de puros pedazos de carbón, bien encendido. El sudor jode... y sólo siente los calores por dentro, una güeva que pesa en el aire, en los pies, en el viento." (p. 307-308)

"Quizá dos o tres años después de la guerra, allá por Camagüey, nos volvimos a encontrar al español. El barro del pleito se desbarató en astillas y se sembró en un surco donde crecieron las cañas de azúcar... Lo que yo le he contado fue lo que viví, la puritita verdad..." (p. 308).

b) Clotilde: "...pa que sepa lo que son



las brujerías de verdad y la priesa que tienen todos estos por atragantarse los diamantes..." (p. 238)

"¡Caray! A poco se están acordando de las cresis; pos qué se me hace que están ahorita mesmo en manos de malos pensamientos; palabra que que les agarró re juerte lo que venía en ese telegrama; güeno, con tal de que no vayamos de mal en pior;" (p. 187)

Manuel Pata de Palo: "–Oyeme tú; qué sorpresota, mi hermano. En la Providencia no pudimos dormir de la pura impresión. Aquí estoy en Lagunillas para servir a ustedes en todo lo que me digan." (p. 221)

"–Pero óyeme, Luis Felipe. A poco crees tú que ya perdí el gusto por la vida. No, nada de eso, tú. Así como me ves, con más de noventa años, todavía me queda mucha hilacha para divertirme en grande..." (p. 223)

Santiago: "Me importa un comino todo ese desmadre, ustedes son pura momiza, no entienden lo que está pasando en nuestro mundo y no lo entenderán nunca" (p. 264)

"–Claro que me interesa, mi cuatarracho. Lo que pasa es que estoy esperando que la familia desempolve sus triques, mueva con paciencia el trasero y después manden a la tiznada al tío Jesús. Cuando eso pase, te aseguro que estaré puestísimo tratando de conocer los líos de todas esas leyendas..." (p. 322)

De esta manera, creemos apuntar la coherencia de los idiolectos de cada personaje. Ameritaría, no obstante, un serio estudio lingüístico para determinar en cada caso los indicios que singularizan cada metalenguaje. Sin embargo, ya se puede observar en éstos una perfecta coherencia.

El lenguaje de la novela siempre está dirigido a un referente que lo denota y connota, llegando incluso a momentos de climas oníricos cuando interesa magnificar la posición narrativa, en especial, del tío Jesús.

En el capítulo V de la tercera parte de la obra, todas las hablas se aprietan en un haz, a manera de aluvión lingüístico, donde cada individualidad busca su última expresión, ...su última oportunidad de confesión. Y es en el último capítulo de la novela donde afloran como crestas entrelazadas todas las posibilidades de expresión manejadas por el autor.

ASUMIR Y RESUMIR

Argumenta Antonio Candido[3] que, en su aspecto más grosero, la imitación servil de los estilos, temas, actitudes y usos literarios tiene un no se qué de risible o constringente de provincialismo, después de haber sido mero aristocratismo compensatorio de país colonial.

Azuela salva ileso el puente que construyeron sobre bases falsas los escritores mexicanos de la llamada generación del *boom*. Ninguno de sus integrantes ha logrado crear una obra tan vigorosa y original –la novela que ambiciona una generación literaria– como *El tamaño del Infierno.* El autor, en esta su primera obra, asume y resume lo mejor de la narrativa mexicana, desde Mariano Azuela hasta Juan Rulfo, pasando por Martín Luis Guzmán, Revueltas y Arreola. Es Azuela un digno continuador de esta narrativa que ha dado títulos, ora con visión romántica, "indianista", pero con la autenticidad y vigor de sus talentos narrativos, ya con una participación decidida en los conflictos y en las corrientes del pensamiento de hoy.

En *El tamaño del Infierno* no hay voluntad de lenguaje, aunque sí mucha voluntad de contar, donde el contexto admite historia y mito, protesta y confesión, alegoría y realidad, y todo ello expuesto a través de un antiquísimo arte que, cuando se logra tonificar, vence las fórmulas más sofisticadas importadas de Europa: el viejísimo secreto de ser auténtico con la narración, en un esfuerzo por superar la perspectiva de este mundo, que hoy por hoy es del tamaño del infierno.

El tecolote Moisés murió de viejo al ver cumplida la diáspora familiar; el tecolote Justiniano se "indigestó" de rabia diamantífera y el tecolote disecado se burla desde su pedestal de la incapacidad familiar para endogenarse, símbolo rebelde de los nuevos tiempos que acechan a la sociedad mexicana; por ello, cuando Luis Felipe "subía la escalerilla nos alcanzó a decir: regreso pronto, en menos de seis meses me tendrán de nuevo, ojalá puedan conseguir otro tecolote: se avecina otra época, el renacimiento del tercer milenio; pónganle Maquiavelo, pónganle Maquiavelo..." (p. 413)

Notas

1 Rama-Vargas Llosa. *García Márquez y la problemática de la novela* Marcha-ediciones. Buenos Aires. 1973.

2-3 Fernández Moreno, Barreiro Saguer, Cándido y otros. *América Latina en su Literatura.* Siglo veintiuno editores. México 1973.

■ Azuela, Arturo. *El tamaño del Infierno.* Joaquín Mortiz. México. 1973.

Nota: El autor de este breve trabajo sobre la obra de Arturo Azuela desea señalar que, en cuanto a resúmenes de lenguas literarias en la novela mexicana, es muy importante *José Trigo* (1966) de Fernando del Paso, donde se utiliza casi toda la técnica narrativa conocida para comunicar un interesante problema de la actualidad mexicana.

OCTAVIO IANNI: EL COLAPSO DEL POPULISMO EN BRASIL

por Miguel Angel Flores

Con casi seis años de retraso se publica en español el libro del sociólogo brasileño Octavio Ianni *El colapso del populismo en Brasil.* Es este uno de los estudios más importantes que se han escrito sobre la política de masas. Su importancia reside en que el autor busca las bases económicas que han hecho posible determinados fenómenos políticos.

El subdesarrollo ha engendrado dos grotescas criaturas: el paternalismo y la dictadura; hijo del primero es el populismo. Ianni analiza todas las causas que provocan su aparición en Brasil. Expone las limitaciones y contradicciones que hacen que el populismo pierda toda su vitalidad; su decadencia es aprovechada por los grupos más retrógrados para imponer la dictadura.

El populismo surge con Getulio Vargas en los años treintas; desde entonces, este nuevo movimiento político dominará la escena. Vargas será el protagonista más destacado de la historia reciente del país lusoamericano. Curioso personaje: a él se debe la creación de una conciencia nacional que mira hacia dentro del país y que busca inscribirse dentro de la realidad de la nación, pero es al mismo tiempo el constructor de un camino que al final sólo tenía dos alternativas: el socialismo o la dictadura militar.

En 1945 Vargas es derrocado pero vuelve al poder mediante las elecciones de 1950 y el año de 1954, ante las fuertes presiones que enfrenta, se suicida dejando una carta-testamento en el que explica por qué tomó tan drástica determinación. Su sombra se proyecta sobre los años posteriores a su muerte y su herencia política conforma los actos de los gobiernos que le suceden, pero su gran anhelo de hacer del Brasil un país independiente en lo económico y con un gobierno apoyado en las masas trabajadoras rurales y urbanas, es liquidado el 1o. de abril de 1964 por un golpe militar. Para los militares y los empresarios más conservadores, el golpe militar era la solución más viable para superar la crisis que el desfallecimiento del populismo había engendrado. Se inicia así una etapa de férreo control sobre las masas y de militarización de la vida política.

Ianni presenta una amplia documentación que permite seguir sistemáticamente las diferentes etapas por las que ha atravesado la economía brasileña. El modelo más antiguo de ésta es el exportador, en él es el sector agrícola donde se localiza la mayor productividad y está orientado a la satisfacción de la demanda externa de productos básicos, su contrapartida es la importación de manufacturas. Este modelo acentúa la dependencia externa pues las ventas de café, sobre todo en los mercados internacionales, determinan la estabilidad o inestabilidad de la economía. Vargas consideró que era insoportable para el futuro del país seguir dependiendo tan vitalmente de centros de decisión extranjeros, los que en gran medida dictaban las políticas económicas del Brasil. Son los comienzos de la década de los treintas; los países europeos pierden terreno en la escena internacional mientras un nuevo país se perfila como centro hegemónico: los Estados Unidos. En esos años comienza a impulsar la industrialización. Vargas decide que lo más conveniente para el país es la elaboración de un modelo de sustitución de importaciones que permita "atender las exigencias crecientes y multiplicadas de la economía y de la sociedad nacional". Según este modelo, la sustitución de importaciones tiene como fin reducir la dependencia externa y así obtener una autonomía política que contribuya al fortalecimiento de un estado nacionalista. Uno de los aspectos más interesantes del modelo es que busca una interrelación dinámica entre los sectores agrícola e industrial: las divisas generadas por el primero se asignan a las inversiones destinadas a atender el mercado interno.

Después de 1945 se aprovecha la oportunidad de que la economía de guerra de los países industrializados no les permite cubrir la demanda de manufacturas de los países pobres. La industrialización empieza a adquirir importancia en la economía brasileña: crecen las capas obreras, la agricultura tradicional sufre una ruptura y nacen las ligas agrarias y los primeros sindicatos agrícolas. La base del proyecto económico "getulista" es la democracia populista. Se confía la actividad política a los líderes carismáticos, quienes se encargan de movilizar a la sociedad por medio de la política de masas. El populismo está en la base de un comportamiento político-económico. Las masas trabajadoras ocuparán hasta abril de 1964 un lugar destacado en la vida social del país. Son ellas el apoyo para liquidar a la sociedad tradicional que impide la consolidación de un nacionalismo poderoso que quiere ser independiente en las relaciones internacionales. A las masas se les promete llevarlas al poder pero es la élite gobernante la que impone los dirigentes que deberán ejercerlo por ellas. Este es el origen del peleguismo, práctica viciosa que nunca permitió la libre actuación de los obreros. El pecado más grande del populismo consistió ciertamente en la manipulación de la clase obrera. Siempre existió un hermano mayor o un padre, encargado de dirigirlos y de indicarles cuáles eran los términos de su asociación con el gobierno. En el periodo 1945-1964, las huelgas obedecen a motivos económicos, escasamente están relacionadas con razones políticas: en 1952 hubo 264 huelgas, de ellas 96, que representaron el 36% del total, tuvieron como fin el aumento de salarios.

La clase obrera fue el coco que pintó el gobierno para infundir miedo a los grupos que se oponían a la política económica nacionalista.

Después de la muerte de Vargas se flexibiliza la política nacionalista: afluyen en mayor cantidad las inversiones extranjeras, pero todavía la democracia populista domina las relaciones sociales y económicas. Sin embargo, cada vez más da signos de agotamiento: el líder carismático ignora en toda su profundidad los cambios de las relaciones internacionales y es incapaz de buscar una alternativa a la democracia populista.

Los Estados Unidos, en la segunda mitad de los años cincuenta, se afirma como la potencia mundial que asume la responsabilidad de defender la "civilización" occidental. La guerra fría será una pesada carga para los países pobres: en nombre de ella se les obliga a reformular sus vínculos con el centro imperial: Washington.

Los que dentro y fuera del Brasil propugnaban por un modelo de desarrollo y organización de la economía en que se asocian capitales nacionales y extranjeros, explotaron el temor de la clase media por la proletarización. La inflación provocó la disminución de la tasa de crecimiento de la economía. En 1963 hubo un incremento de sólo el 2%, contra el 3.7% y 7.7% en 1962 y 1961, respectivamente. Las agrupaciones sindicales organizaron huelgas para exigir aumento de salarios, mientras que la clase media no tenía forma de sostener siquiera su poder de compra a un nivel un poco superior al de los obreros; el horror que les causa verse superadas por las masas trabajadoras abona el terreno para la fértil actuación de los empresarios y militares que consideran que la dictadura y la internacionalización de la economía son los medios para superar la crisis economico-política en que se hunde el país.

La implantación del patrón de desarrollo combinado requirió la liquidación de la democracia populista que condicionaba la estructura política nacional. Los empresa-

rios elaboran la doctrina de la interdependencia para justificar la entrada de las inversiones extranjeras a suelo brasileño; los militares, por su parte, exponen una interpretación geopolítica en la que se afirma que Brasil juega un papel muy importante en la defensa del hemisferio occidental debido a su estratégica posición en la cuenca del Atlántico. Cambian los términos: el concepto de defensa es reemplazado por el de seguridad nacional: dentro de las fronteras se lleva a cabo un movimiento auspiciado desde fuera para acabar con el orden institucional de la dictadura: la represión halla la forma de justificarse. En lo externo, los militares se identifican con las prácticas imperialistas de la potencia del norte, en lo interno insisten en la militarización de la política: la tortura y el atropello a la dignidad humana son sus mejores armas para acallar cualquier manifestación de disidencia. Los ideólogos de los empresarios arguyen que la crisis económica será superada sólo si se obliga a trabajar a los obreros y a los campesinos dentro de un rígido patrón de organización que ignora las peculiaridades de las clases y los conflictos sociales. Se confisca el salario de los trabajadores: deben pagar los errores de la democracia populista y los onerosos costos de una política económica que sólo retribuye a los empresarios. Nada los salva del martirio que representa producir para las compañías trasnacionales.

Los empresarios y los militares sólo cuentan con la represión para conseguir sus espectaculares "progresos"; acólitos del imperialismo norteamericano, su fin es conseguir altas tasas de productividad mediante la reintegración del sistema político y económico en el plano del capitalismo mundial.

El populismo, que dominó la escena política desde 1930, no encontró las alternativas que le permitieran superar las contradicciones internas. Señala Ianni que el populismo fue un movimiento político en permanente crisis: los dueños del poder político y económico debieron atender dos frentes, simultáneamente: por un lado, se enfrentaron con las presiones de los sectores más reaccionarios y conservadores de la sociedad brasileña que nunca vieron con simpatía la política de masas; por el otro, la burguesía comprometida con el populismo siempre fue ambigua y dividida, en relación a las consecuencias y límites de su juego con las masas. A éstas siempre se les trató paternalistamente y sirvieron en la mayoría de los casos para legitimizar la estructura política-económica. Tal situación llevó al populismo a la parálisis. La izquierda, señala el autor, tuvo un desempeño lamentable: cuando se agudizaba la crisis que desembocaría en el golpe militar del 1o. de abril de 1964, no supo actuar oportunamente. Comprometida con la democracia populista –pues consideró que era más efectivo luchar desde dentro del sistema–, "confundió fines y medios, se enredó en las técnicas, en el lenguaje y en las interpretaciones del populismo". La izquierda llegó a confundir los conceptos de masas sociales con el de clases sociales. Uno de los aspectos doctrinarios más importantes del populismo es la supresión de la lucha de clases; la izquierda, al involucrarse con este movimiento social, pierde la perspectiva de su acción y cae en el error de querer concientizar a las masas en vez de a la clase trabajadora. Los militares y los empresarios, interesados en la "modernización" de la economía, les ganan la partida e instauran la dictadura.

Ianni presenta una amplia documentación que nos informa con detalle sobre la ideología tanto del populismo como de la dictadura. Nunca descuida mencionar la dinámica de las relaciones económicas que hacen posible determinados comportamientos políticos y sociales, y para darle mayor firmeza a su análisis presenta cuadros y cifras que ayudan a comprender la magnitud de los movimientos sociales que se han desarrollado en Brasil.

* Octavio Ianni, *El colapso del populismo en Brasil*, UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, México, 1974.

LIBORIO VILLALOBOS CALDERÓN: LAS MATERIAS PRIMAS EN LA ENCRUCIJADA INTERNACIONAL

por Miguel Angel Flores

En abril, en la sesión especial de la Asamblea General de la ONU, Kissinger advirtió que en una "inflación global" todos los países resultan perdedores; pero lo que no quiso agregar es que los países ricos y los que exportan petróleo sólo resienten una pérdida mínima, mientras que, como de costumbre, los países pobres deben pagar el mayor monto de ésta.

En el periodo 1972-1974, los países pobres han sufrido más por el aumento del precio de comestibles, fertilizantes y bienes manufacturados, los cuales importan en gran escala de los países ricos, que por el incremento en el precio del petróleo. Los efectos en las balanzas de pagos de los países pobres han sido desastrosos. Sus ingresos por exportación son cada vez menores y no alcanzan para cubrir los gastos de consumo, de inversión y deuda pública. Recientemente se da la paradoja de que ante una alza en el precio de las materias primas, estos países, tradicionalmente proveedores de ellas, no tienen la suficiente producción para exportar, y en muchos casos ni para su consumo propio, debido en gran parte a la sequía que ha azotado a extensas áreas del planeta. Los países ricos, por el alto grado de tecnificación de su agricultura, se hayan menos expuestos a los daños que causan las fluctuaciones climatológicas. Para estos, la ganancia es doble: exportan bienes de capital y productos básicos.

Los países pobres se enfrentan a conflictos verdaderamente críticos; sus precarias condiciones económicas no serán aliviadas en un corto ni en un mediano plazo, todo lo contrario: por su débil posición en el mercado internacional es muy difícil que aumenten sus capacidades productivas.

Se dice: sólo por medio del desarrollo los países dependientes dejarán atrás la pesadilla de la pobreza y arribarán a los predios del progreso; para lograr tal fin los países necesitan incrementar y diversificar su comercio exterior. Debe mencionarse que uno de los más grandes anhelos de los países dependientes es el de la industrialización. Para lograrla necesitan importar los productos manufacturados que se requieren para hacerla posible, pues a causa de su pobreza carecen de ellos. La única forma de adquirirlos es vendiendo lo que se tiene en relativa abundancia: materias primas.

Dada su dependencia, los países pobres se ven sometidos a los caprichos de los gobiernos de las naciones desarrolladas. Fatalmente están condenados a subsidiar la riqueza de estos últimos, quienes manipulan los mercados para que no haya un libre intercambio, originándose así la inestabilidad de los precios, que beneficia a los centros consumidores de materias primas pues su costo de adquisición es bajo. Por otra parte, los países exportadores de ellas deben importar de esos centros productos manufacturados que en su mayoría se han elaborado con las mismas materias primas que antes vendieron. La relación de intercambio que se establece entre estas dos clases de mercancías resulta bastante desventajosa para los países dependientes: cada vez obtienen menos ingresos por sus exportaciones y deben a cambio pagar sumas mayores por concepto de importaciones.

Liborio Villalobos Calderón examina cómo se desarrolla este complejo problema de la comercialización de las materias primas. Su preocupación principal está en encontrar las medidas jurídicas y económicas que pongan fin a la inestabilidad de los precios de las materias primas.

Desde siempre, la anarquía es la peculiaridad más destacada de los mercados internacionales de materias primas, y condiciona las relaciones económicas internacionales. Pero la anarquía no se presenta como un

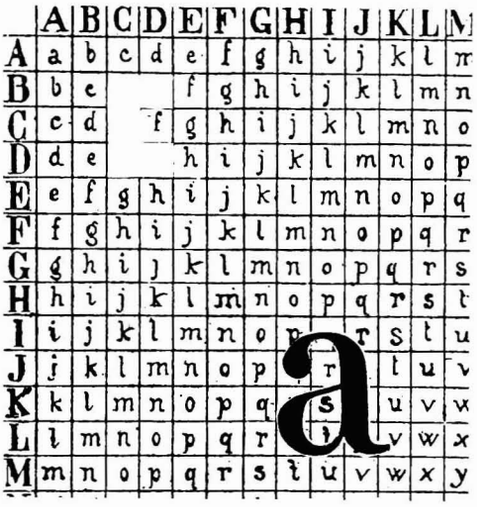
hecho espontáneo: obedece a un proyecto muy bien meditado de los países ricos que con ello buscan pagar la menor cantidad posible por los productos básicos que necesitan. El hecho de ser los únicos compradores de las ventas de los países pobres, les confiere un poder de negociación que siempre han utilizado en perjuicio de éstos.

Las materias primas revisten una gran trascendencia para los países que las producen. De ellas dependen el ingreso de divisas y el cumplimiento de sus planes de desarrollo. El autor menciona las clasificaciones que de los productos básicos ha hecho la UNCTAD y destaca que el crecimiento de la demanda mundial es lento. Señala, además, que los países exportadores de materias primas dependen en alto porcentaje del comercio de cuando mucho tres productos. Por ejemplo, Panamá concentra el 90% de sus exportaciones en tres mercancías: fruta, petróleo y pescado. Y en condiciones semejantes se hallan los otros países. Esta situación los hace más vulnerables a las fluctuaciones de los precios, pues una baja afecta notablemente a los habitantes de esos países, ya que en las "actividades del sector primario, labora la mayor parte de la población económicamente activa que es, al mismo tiempo, la que genera la parte principal del porcentaje del ingreso nacional y, paradójicamente, la que obtiene los ingresos más bajos". Se entiende así la imperiosa necesidad de estabilizar los precios, cosa muy difícil de lograr principalmente por dos motivos: las materias primas no son homogéneas y su comercialización no puede seguir métodos uniformes.

A últimas fechas, las materias primas han enfrentado la fuerte competencia de los productos sintéticos y sucedáneos. A finales de la década de los treintas, el progreso científico y tecnológico permitió la elaboración de materias sintéticas que por su bajo costo de producción resultaban más baratas. Pronto fueron aceptadas por los consumidores. Después de la segunda guerra se acrecentó la fabricación de materias sintéticas, lo que contribuyó al derrumbe de los precios de los productos básicos.

Las materias sintéticas han jugado un papel muy importante en la inestabilidad de los precios, pues si los productos básicos elevan su precio se encontrarán en una posición desventajosa frente a las materias sintéticas, ya que los consumidores las preferirán debido a su menor precio. De este modo, no hay forma de competir ventajosamente. Además, las políticas comerciales de los grandes centros consumidores están encaminadas a obstaculizar la liberación del comercio de productos básicos. Esto les permite que se deteriore cada vez más la relación de intercambio entre esas dos clases de mercancías: los productos manufacturados experimentan una alza sostenida de sus precios, mientras que los de las materias primas disminuyen paulatinamente. Los países ricos han contribuido todavía más a este deterioro colocando excedentes y reservas en los mercados.

Villalobos, después de mencionar los obstáculos que se oponen al comercio de las materias primas y de examinar cómo se



origina la fluctuación de sus precios, hace una relación de las posibles soluciones que podrían darse a tal problema, dentro del marco de la cooperación internacional. Elabora un buen resumen de las resoluciones y observaciones que la UNCTAD, principalmente, ha hecho con respecto a la azarosa situación de las materias primas, y señala que la solución de tan difícil problema se inscribe dentro del terreno de la cooperación y la *buena voluntad.* Villalobos hace suyos los pronunciamientos de las diversas agencias de la ONU que se encargan de estudiar las condiciones de subdesarrollo en que se encuentran la mayor parte de sus miembros asociados. No se discute el carácter de los pronunciamientos de esas agencias: los anima sin duda la mejor de las intenciones para mejorar las cosas. Pero la solución del problema del comercio exterior de las materias primas implica la desaparición de su heterogenidad y la reglamentación de las actividades de las compañías trasnacionales.

Eliminar lo heterogéneo de las materias primas es imposible. Esta característica no permite que se les considere globalmente para trazar políticas económicas, lo que dificulta determinar los precios, y el mecanismo para su fijación se vuelve muy complejo; esa complejidad es uno de los problemas mayores para el establecimiento de un sistema general de precios. Los países ricos se aprovechan de esta circunstancia para manipular las fuerzas del mercado, es decir, la oferta y la demanda. El autor no olvida, por cierto, el papel que juegan las compañías trasnacionales en la producción y comercialización de muchas de las materias primas: mientras existan y actúen tan destacadamente en el comercio internacional es inútil cualquier iniciativa de reglamentación. Reconoce, por lo demás, que hasta el momento no hay poder que esté dispuesto a frenar las actividades de esos monstruos del siglo veinte que se llaman compañías trasnacionales.

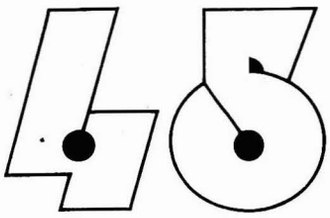
El autor aconseja a los países pobres que diversifiquen tanto sus mercados como sus producciones, pues esta es la única manera de superar la dependencia y el atraso económico. Sin embargo, Villalobos no hace hincapié suficiente al señalar que tal fin se alcanzará solamente si se corrigen las deformaciones estructurales que la dependencia ha impuesto a las economías de los países en vías de desarrollo, como se les prefiere llamar. Para que logren una explotación más racional de sus recursos, sobre todo los agrícolas, es necesario que instituyan métodos de producción que tomen en cuenta las peculiaridades culturales y económicas de cada región. Pero la producción agrícola, que ocupa la mayor parte de la lista de las materias primas que se exportan, está orientada a satisfacer la demanda de los grandes centros consumidores. Los ingresos que se obtienen por esa actividad benefician en mínima parte a las personas ocupadas en los trabajos del sector primario. Hasta donde se sabe, ningún país pobre ha realizado efectivas políticas de redistribución del ingreso. Por ello, es muy importante señalar que, mientras no se modifiquen las estructuras económicas y políticas de los países abastecedores de materias primas, cualquier beneficio por la comercialización de éstas será en provecho de los grupos privilegiados. Se establece entonces que la mayoría de la población obtendrá ventajas del comercio exterior sólo si se dejan de reproducir dentro de las fronteras de sus países las grotescas relaciones que se llevan a cabo entre los países poderosos y los desarrapados.

El autor muestra las ventajas y las desventajas de los convenios internacionales, y señala que su imperfección se debe a que quienes participan en ellos no siempre están dispuestos a cooperar. Insiste que la aplicación del derecho internacional económico y social evitará que las relaciones entre países con diferentes niveles de desarrollo resulten desventajosas para los más débiles. Es decir, que con medidas jurídicas se sentarán las bases de una cooperación económica y social más justa y que promoverá el progreso entre todas las naciones.

Villalobos acepta que la norma jurídica sólo tiene validez cuando hay modo de castigar a los transgresores. El derecho internacional supone entonces una suerte de supranacionalidad que impida que los países actúen sin tomar en cuenta las obligaciones que un convenio les exige. Nos preguntamos qué caso tiene hacer proyectos de derecho internacional si las economías de los países están dirigidas por élites de poder que utilizan, precisamente, el nacionalismo para mantener sus privilegios.

El libro de Villalobos es interesante en cuanto describe y explica muy bien la problemática de las materias primas en las relaciones internacionales, pero no se justifican las desmedidas esperanzas que deposita en una cooperación internacional basada en la buena voluntad, cuando cada día somos testigos de la codicia y poca disposición de los países ricos para ayudar a quienes por años han contribuido a que gocen de una posición económica envidiable.

■ Liborio Villalobos Calderón, *Las materias primas en la encrucijada internacional,* Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 1974.



FONDO DE CULTURA ECONOMICA
NOVEDADES Y REIMPRESIONES

Montes de Oca, Marco Antonio:
EL SURCO Y LA BRASA
446 pp. $ 125.00

Weber, Max:
ECONOMIA Y SOCIEDAD
dos tomos, $ 150.00

Varios autores (entrevistas obtenidas por Rosa Castro):
LA EXPLOSION HUMANA
63 pp. $ 15.00

Mendoza T., Vicente:
EL CORRIDO MEXICANO
467 pp. $ 35.00

Bodenheimer, Edgar:
TEORIA DEL DERECHO
418 pp. $ 40.00

Azuela, Mariano:
PAGINAS AUTOBIOGRAFICAS
276 pp. $ 20.00

N. Abbagnano y A. Visalberghi:
HISTORIA DE LA PEDAGOGIA
709 pp. $ 150.00

García Riera, Emilio:
EL CINE Y SU PUBLICO
64 pp. $ 15.00

De la Fuente Muñiz, Ramón:
PSICOLOGIA MEDICA
444 pp. $ 80.00

Veblen, Thorstein:
TEORIA DE LA CLASE OCIOSA
406 pp. $ 40.00

Lange, Oskar:
ECONOMIA POLITICA
332 pp. $ 40.00

PIDALOS EN LAS LIBRERIAS DEL FONDO DE CULTURA ECONOMICA
Y EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS Y TIENDAS DE AUTOSERVICIO
LLAMENOS AL TEL. 524-49-24

todos los VIERNES a las 9:00 de la noche

LA HAZAÑA DE MEXICO

El proceso creador de nuestro pueblo... y la confrontación de nuestro destino y nuestra historia.

con

Ignacio López Tarso, Carlos Bracho, Norma Lazareno, José Baviera, Claudio Obregón, Sergio Jiménez, Omar Jasso, Gonzalo Martínez, Norma López Hernández, Ballet Folclórico de México y Mariachi México 70.

Conductor y Director General: MARIO EZCURDIA

Con la colaboración de los Institutos Nacional de Antropología e Historia y Nacional de Bellas Artes y Literatura; museos de Historia (de Chapultepec), de Antropología y de la Ciudad de México; Biblioteca del Congreso de la Unión; H. Colegio Militar; F.A.O.; Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; Colegio de Economistas; Academia de Ciencias Agrícolas y Fondo de Fomento de Artesanías.

CUADERNOS POLITICOS

Revista trimestral de Ediciones Era

1

Octavio Ianni▸América Latina: ¿crisis de la hegemonía norteamericana? ⓔ Andre Gunder Frank: Hipótesis sobre la crisis mundial ⓔ Ruy Mauro Marini▸ Dos estrategias en el proceso chileno ⓔ Felipe Portocarrero▸ La economía peruana en 1973 ⓔ Carlos Pereyra▸ México: Los límites del reformismo ⓔ Carlos Monsiváis▸ Clasismo y novela en México

Precio del ejemplar: $ 25.00 M. N. / US. Dls. 2.50
Suscripción por cuatro números:
México, correo ordinario: $ 80.00 M. N.
México, correo aéreo: $ 100.00 M. N.
Centroamérica, EUA y Canadá: US. Dls 11.00
Sudamérica y Europa: US. Dls. 12.00

ⓔ EDICIONES ERA/AVENA 102/MEXICO 13, D.F. ☎ 582-03-44

NOVEDADES

CHOMSKY, N.
Vietnam y España:
los intelectuales liberales ante la revolución
160 pp. $ 30.00

ROFMAN, A. B.
Dependencia, estructura de poder y formación regional en América Latina
264 pp. $ 47.00

ROA BASTOS, A.
Yo el Supremo
468 pp. $ 80.00

KOFMAN, S.
El nacimiento del arte:
Una interpretación de la estética freudiana
208 pp. $ 36.00

KULA, W.
Teoría económica del sistema feudal
250 pp. $ 50.00

DUCROT, O. y TODOROV, T.
Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje
424 pp. $ 110.00

BAMBIRRA, V.
El capitalismo dependiente latinoamericano
192 pp. $ 30.00

LEVINAS, E.
Humanismo del otro hombre
144 pp. $ 30.00

DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS O EN:
SIGLO XXI EDITORES, S. A. – AV. CERRO DEL AGUA 248
MEXICO 20, D. F. – TELEFONO 550-25-71

María Luisa Mendoza
DE AUSENCIA

Gustavo Sainz
LA PRINCESA DEL PALACIO DE HIERRO

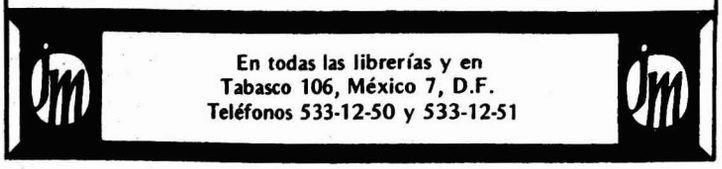
Juan Gil-Albert
VALENTIN

José Agustín
CIRCULO VICIOSO

Ivan Illich
ALTERNATIVAS

Daniel Cosío Villegas
EL SISTEMA POLITICO MEXICANO
(sexta edición)

EL ESTILO PERSONAL DE GOBERNAR
(cuarta edición)



Plural No. 39, diciembre de 1974

Homenaje a Joseph Cornel: *Dore Ashton, Octavio Paz, Jones Mekos*
Poemas: *John Asberry, Stanley Kunitz, Richard Howerd*
Angel Rama: *Cuatro poetas venezolanos*
Rubén Bonifaz: *Poemas de Propercio*
Yese Amory: *Textos*
Jorge Rufinelli: *Entrevista a Juan García Ponce*
Esther Seligson: *Cuento*
Suplemento artístico:
Fermín Fevre: *Sobre Roberto Aizenberg*
Suplemento literario:
Tomás Segovia e Inés Arredondo: *Gilberto Owen*

Director: Octavio Paz
Jefe de Redacción: Kazuya Sakai
Reforma 12-505, México 1, D. F.

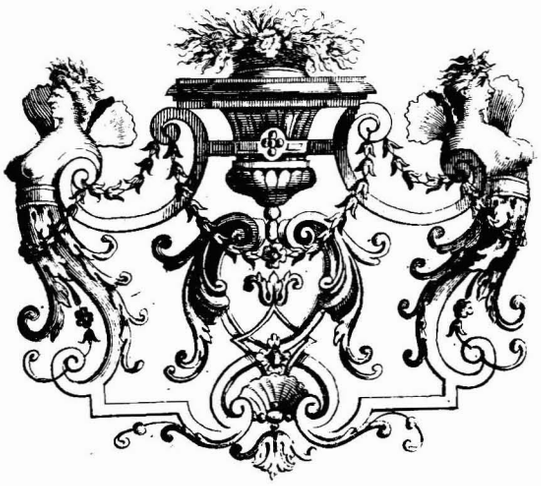
COMEDIA

VIDA DE SANTA MARIA EGIPCIACA

(Fragmento)

Las orejas de María eran redondas,
blancas como leche de ovejas.
Sus ojos y sus cejas eran negros.
Su frente era blanca,
su cabellera abundante,
y sus mejillas eran
como una rosa que se entreabre.
Su boca era pequeña y su semblante hermoso;
sus tetas eran como la flor de la espina
y sus brazos y su cuerpo eran blancos
como el cristal.
No era gruesa ni delgada.
ni alta ni baja,
sino de buena estatura.
No usaba vestido de paño
ni en el peor día de la semana
y se aderezaba con joyas de oro y plata.
Se cubría con un manto de armiño
y calzaba finas zapatillas
de cordobán tallado.
Sabía expresarse con elegancia
y agradar al culto y al rudo,
y un hijo de emperador
la hubiese tomado por esposa.
Todos decían:

–"¡Lástima que hembra de tanta calidad,
que parece entender de tantas cosas,
lleve en su vida maldad"!



■ *Anónimo, versión moderna de Manuel Núñez Nava*

ISM
Imprenta Madero, S. A.
Avena 102
México 13, D. F.